AGATHA CHRISTIE

INOCENCIA TRAGICA

Selecciones de Biblioteca Oro

Al recuperarse de su amnesia, el doctor Arthur Calgary descubre que podría haber ofrecido una coartada para el escandaloso juicio en el que Jacko Argyle fue acusado de asesinar a su madre. Lo peor de todo es que este murió en prisión. Pero si el joven Jacko era inocente, entonces otra persona asesinó a su madre, y seguramente volverá a hacerlo para permanecer oculto en las sombras.

Agatha Christie

Inocencia trágica

ePub r1.1
Titivillus 30.05.16

Título original: *Ordeal by Innocence*
Agatha Christie, 1958
Traducción: Guillermo de Boladeres

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Poe
ePub base r1.2

Para Billy Collins
con afecto y gratitud

Si mi alegato fuera justo,
mi boca me condenaría.
Temo por todas mis penas;
sé que Tú no me declararás inocente.

JOB

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ARGYLE, Leo: Hombre de negocios y de generosos sentimientos.

ARGYLE, Rachel: Esposa.

ARGYLE, Christine (Tina), **Hester**, **Jack** (Jacko) y **Michael** (Micky): Hijos adoptivos de Leo y Rachel.

CALGARY, Arthur: Médico y físico, llegado recientemente de una expedición a la Antártida.

CLEGG, Joe: Casado con la viuda de Jack Argyle.

CLEGG, Maureen: Viuda de Jack y esposa actual de Joe.

CRAIG, Donald: Médico y novio de Hester Argyle.

DURRANT, Mary: Hija adoptiva del matrimonio formado por Leo y Rachel.

DURRANT, Philip: Esposo inválido de Mary.

FINNEY: Jefe de la policía local.

GOOD: Policía local.

GREEN, Cyril: Niño de la localidad.

HUISH: Superintendente de policía.

LINDSTROM, Kirsten: Servidora de los Argyle a quien llaman Kirsty.

MACMASTER: Médico de los Argyle.

MARSHALL, Andrew: Antiguo abogado defensor de Jack Argyle en el juicio por asesinato.

PEASMARSH: Viejo canónigo, poseedor de una valiosa biblioteca.

REGINALD: Fiscal.

VAUGHAN, Gwenda: Secretaria de Leo Argyle.

CAPÍTULO I

1

Anochecía cuando llegó al transbordador. Podía haber llegado allí mucho antes. La verdad era que lo había retrasado todo lo posible.

Primero, el almuerzo con unos amigos en Redquay, la charla frívola, el intercambio de chismorreos sobre amistades comunes. Todo aquello significaba que, en su fuero interno, estaba esquivando lo que tenía que hacer. Sus amigos le invitaron a tomar el té y él aceptó. Pero por fin llegó el momento en que comprendió que no podía postergarlo más.

El coche de alquiler le estaba esperando. Se despidió de sus amigos y el chófer le condujo a lo largo de siete millas por la frecuentadísima carretera de la costa, tomando luego, tierra adentro, por el boscoso camino que acababa en el pequeño embarcadero de piedra sobre el río.

En el embarcadero había una gran campana, que el chófer hizo sonar con energía para llamar al transbordador, que estaba en la otra orilla.

—¿Desea que le espere, señor?

—No —respondió Arthur Calgary—. He pedido un coche que vendrá a recogerme dentro de una hora para llevarme a Drymouth.

El hombre recibió la tarifa y la propina.

—Ya viene el transbordador, señor —anunció, atisbando el río en la oscuridad.

Le deseó buenas noches con voz suave, dio la vuelta con el coche y se marchó colina arriba. Arthur Calgary se quedó solo,

esperando en el embarcadero. Solo con sus pensamientos y con el miedo que le producía lo que tenía ante sí. Qué salvaje era aquel lugar, pensó. Podría uno creerse en un lago de Escocia, lejos del mundo. Y, sin embargo, a unas pocas millas, estaban los hoteles, las tiendas, los bares y las multitudes de Redquay. Reflexionó, no por vez primera, sobre los extraordinarios contrastes del paisaje inglés.

Oyó el suave chapoteo de los remos al arrimarse el transbordador al muelle. Arthur Calgary bajó la rampa y saltó a la embarcación, mientras el barquero la mantenía firme con el bichero. Era un hombre viejo, y Calgary tuvo la fantástica impresión de que él y su embarcación eran uno e indivisible.

Según avanzaban, una brisa fresca subió susurrando desde el mar.

—Una noche fría —comentó el barquero.

Calgary respondió adecuadamente. Luego concedió que hacía más frío que el día anterior.

Vio, o le pareció ver, una velada curiosidad en los ojos del barquero. Era un forastero. Y un forastero que venía después de terminada la temporada turística propiamente dicha. Además, el turista cruzaba el río a una hora desusada, demasiado tarde para tomar el té en el bar del malecón. No llevaba equipaje, de modo que no iba a quedarse. (¿Por qué, se preguntaba Calgary, había venido tan tarde? ¿Sería, en realidad, porque inconscientemente había estado retrasando el momento, dejando lo que tenía que hacer para lo más tarde posible?). Cruzando el Rubicón… el río… el río… Sus pensamientos se dirigieron hacia otro río: el Támesis.

Había mirado el río sin verlo (¿era posible que hubiera sido ayer?), y luego había mirado de nuevo al hombre sentado al otro lado de la mesa. Aquellos ojos pensativos, con una expresión que no había podido comprender. Era una expresión reservada, como si estuviera pensando algo que no expresaba.

«Me figuro —pensó— que aprenden a no mostrar nunca lo que piensan».

Pensándolo bien, todo el asunto era horrible. Tenía que hacer lo que había que hacer y luego *¡olvidarlo!*

Frunció el entrecejo, recordando la conversación del día anterior. La voz agradable, apacible y tranquila, reservada, había dicho:

—¿Está usted decidido, doctor Calgary, a hacer lo que tiene pensado?

Él había contestado vivamente.

—¿Qué otra cosa *puedo* hacer? Supongo que está de acuerdo conmigo. No puedo desentenderme de una cosa así.

Pero no había comprendido la expresión distante de los ojos grises, y le había sorprendido un poco la respuesta.

—Hay que mirarlo desde todos los ángulos, considerarlo desde todos los puntos de vista.

—¿Cómo puede haber más de un aspecto, desde el punto de vista de la justicia?

Había hablado con fogosidad, convencido por un instante que le proponían «tapar» innoblemente el asunto.

—En un aspecto, así es. No sólo es eso lo que hay que tener en cuenta en este caso. No sólo es cuestión de justicia.

—No estoy de acuerdo. Hay que tener en cuenta a la familia.

—Eso es. Exacto. *Estaba* pensando en ellos.

¡A Calgary le había parecido una tontería! Porque pensando *en ellos*…

Pero inmediatamente el otro hombre había dicho con el mismo tono agradable:

—Es asunto suyo, doctor Calgary. Naturalmente, tiene usted que hacer exactamente lo que considere más adecuado.

El transbordador varó en la playa. Había cruzado el Rubicón. El barquero dijo con la voz suave típica de la región oeste:

—Son cuatro peniques, señor, o ¿quiere usted de ida y vuelta?

—No. No hay vuelta. —¡Qué palabras tan fatídicas!—. ¿Conoce usted una casa llamada Sunny Point? —preguntó mientras pagaba.

La curiosidad del hombre se mostró abiertamente. A los ojos del viejo asomó un ávido interés.

—Claro que la conozco. Está allí, a su derecha, la puede ver entre los árboles. Suba usted la colina y siga la carretera de la derecha y luego coja la carretera nueva que atraviesa la colina. Es la última casa, al final de todo.

—Gracias.

—¿Dijo usted Sunny Point, señor? ¿Donde Mrs. Argyle…?

—Sí, sí —le interrumpió Calgary bruscamente. No quería hablar del asunto—. Sunny Point.

Una sonrisa lenta y extraña asomó en el rostro del barquero. De pronto, parecía un astuto fauno.

—Fue *ella* la que la llamó así durante la guerra. Era una casa nueva, claro, acababan de construirla, no tenía nombre. Pero el terreno en que está, esa punta de tierra cubierta de árboles, se llama Viper's Point. Pero Viper's Point no le gustaba, no quiso que su casa se llamara así. Y le puso Sunny Point. Pero *nosotros* la llamamos siempre Viper's Point[1].

Calgary le dio las gracias bruscamente, dijo buenas noches y empezó a subir la colina. Todo el mundo parecía estar en sus hogares, pero tuvo la impresión de que ojos invisibles atisbaban a través de las ventanas de las casas, de que todos le observaban y sabían dónde iba: «Va a Viper's Point».

Viper's Point. El nombre resultaba horriblemente apropiado.

Porque, más afilado que los colmillos de una serpiente…

Controló sus pensamientos desbocados. Tenía que dominarse y decidir exactamente lo que iba a decir.

2

Calgary llegó al final de la carretera nueva, con bonitas casas nuevas a cada lado, cada una con su pequeño jardín donde su dueño o dueña desplegaba sus preferencias: jardines de rocalla, rupícolas, crisantemos, rosas, salvias y geranios.

Al final de la carretera, había una casa con el nombre Sunny Point escrito en letras góticas en la verja. Cruzó la verja y siguió por una corta avenida. Frente a él estaba la casa, una casa moderna y bien construida, con gabletes y porche. Podía haber estado situada en cualquier elegante barrio residencial o en una nueva urbanización. En opinión de Calgary, era indigna de la belleza del lugar. Porque la vista era magnífica. El río torcía bruscamente alrededor del promontorio, casi volviendo sobre sí mismo. Enfrente se alzaban las colinas cubiertas de árboles. Río arriba, hacia la izquierda, había otro meandro, con prados y huertos a lo lejos.

Calgary miró el río a derecha e izquierda. Allí debía haberse construido un castillo, pensó, un castillo imposible y ridículo de

cuento de hadas. Un castillo que pareciera de azúcar glaseado. En lugar de eso, había buen gusto, recato, moderación, mucho dinero y una absoluta falta de imaginación.

Claro que no podía culparse a los Argyle. Ellos habían comprado la casa, no la habían construido. Sin embargo, ellos o uno de ellos (¿Mrs. Argyle?) la había elegido.

«No puedes retrasarlo más», se dijo a sí mismo, y pulsó el timbre.

Se quedó allí, esperando. Tras un prudente intervalo, volvió a pulsar el timbre.

No oyó pasos dentro de la casa, pero, sin previo aviso, la puerta se abrió bruscamente.

Retrocedió un paso, alarmado. En su imaginación, ya sobreexcitada, le pareció como si la tragedia estuviera obstruyéndole el paso. Era un rostro joven, y en lo punzante de su juventud residía la esencia de la tragedia. La Máscara Trágica, pensó, debía de ser siempre la máscara de la juventud. Impotente, predestinada, viendo acercarse la destrucción.

Se rehizo y racionalizó sus sufrimientos: «Tipo irlandés». Los ojos azul oscuro, las ojeras, el pelo negro, la sombría belleza de los huesos de los pómulos y del cráneo.

La muchacha le miraba vigilante y hostil.

—¿Sí? ¿Qué desea?

—¿Está Mr. Argyle?

—Sí. Pero no recibe a nadie. Es decir, a desconocidos. A usted no le conoce, ¿verdad?

—No. No me conoce, pero…

Ella empezó a cerrar la puerta.

—Entonces es mejor que escriba.

—Lo siento, pero tengo interés especial en verle. ¿Es usted miss Argyle?

Ella lo admitió de mala gana.

—Sí, soy Hester Argyle. Pero mi padre no recibe a nadie si no ha sido citado. Es mejor que escriba.

—Vengo de muy lejos.

Ella permaneció inconmovible.

—Todos dicen lo mismo. Pero pensaba que habíamos terminado por fin con estas cosas, —continuó con tono acusatorio—: Es usted

periodista, supongo, ¿no?

—No, no, nada de eso.

Ella le miró con desconfianza, como si no le creyera.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

Detrás de Hester Argyle, en el vestíbulo, a cierta distancia, vio otro rostro. Un rostro chato y feo, chato como una torta, el rostro de una mujer de mediana edad y pelo gris amarillento, aplastado. Parecía en suspenso, esperando como un dragón vigilante.

—Se trata de su hermano, miss Argyle.

Hester Argyle contuvo la respiración.

—¿De Michael? —preguntó incrédula.

—No, de su hermano Jack.

—¡Lo sabía! *¡Sabía* que venía usted por Jack! ¿Por qué no nos deja en paz? Todo eso es asunto terminado. ¿Por qué seguir con eso?

—Nunca puede decirse que algo esté terminado realmente.

—¡Pero *éste* sí! Jack está muerto. ¿Por qué no lo deja en paz? Todo *ha pasado*. Si no es usted periodista, supongo que será médico, o psiquiatra, o algo así. Márchese, por favor. No se puede molestar a mi padre. Está ocupado.

Empezó a cerrar la puerta. Precipitadamente, Calgary hizo lo que debía haber hecho en un principio: sacó una carta del bolsillo y se la tendió.

—Tengo una carta de Mr. Marshall.

Ella mostró sorpresa. Cogió la carta con indecisión.

—De Mr. Marshall, ¿de Londres?

En ese momento se unió a ella la mujer que había estado acechando al fondo del vestíbulo. Observó a Calgary con desconfianza y a él le recordó los conventos extranjeros. ¡Claro, éste era el rostro de una monja! Reclamaba la blanca cofia, o como se llamara, muy ajustada alrededor de la cara, y el hábito negro. No era un rostro contemplativo, sino el de la hermana lega, que escudriña con desconfianza, a través de la mirilla, antes de admitirle a uno de mala gana y conducirle a la sala de visitas o ante la presencia de la Madre Superiora.

—¿Viene usted de parte de Mr. Marshall?

Lo dijo casi como una acusación.

Hester miró el sobre que tenía en la mano. Luego, sin pronunciar

palabra, dio media vuelta y subió corriendo las escaleras.

Calgary permaneció en el umbral sosteniendo la mirada acusadora y desconfiada del cancerbero.

Buscó algo que decir, pero no se le ocurrió nada. Por lo tanto, guardó un prudente silencio.

Poco después, la voz de Hester, fría y distante, llegó hasta ellos.

—Dice papá que suba.

No de muy buena gana, el cancerbero se hizo a un lado. La expresión desconfiada de su rostro no había variado. Calgary pasó por su lado, dejó su sombrero en una silla y subió las escaleras, hacia donde le esperaba Hester.

El interior de la casa se veía demasiado limpio. Recordaba una clínica de lujo.

Hester le condujo a lo largo de un pasillo y bajó luego tres escalones. Entonces abrió una puerta, le invitó a pasar con un gesto y le siguió.

Estaban en una biblioteca. Calgary alzó la cabeza con satisfacción. El ambiente era completamente distinto al del resto de la casa. Era una habitación donde un hombre *vivía*, trabajaba y descansaba. Las paredes estaban cubiertas de libros, los butacones eran grandes, un poco gastados, pero cómodos. Reinaba un agradable desorden: papeles sobre el escritorio y libros por encima de las mesas. Calgary vislumbró por un instante a una mujer joven que salía por una puerta situada al fondo: una joven muy atractiva. Luego dedicó su atención al hombre que se levantó para saludarle con la carta en la mano.

La primera impresión que tuvo de Leo Argyle fue que era tan delgado, tan transparente, que apenas tenía presencia física. ¡Un espectro! La voz era agradable, pero carente de resonancia.

—¿Doctor Calgary? Siéntese.

Calgary se sentó y aceptó un cigarrillo. Su huésped se sentó frente a él. Todo se hizo sin prisa, como si aquel fuera un mundo donde el tiempo tuviera muy poca importancia. Al hablar, Leo Argyle sonreía suavemente, dando golpecitos sobre la carta con un dedo exangüe.

—Mr. Marshall dice que tiene usted que comunicarnos algo muy importante, aunque no especifica de qué se trata. —Su sonrisa se acentuó al añadir—: Los abogados tienen siempre tanto cuidado en

no comprometerse, ¿no es cierto?

Calgary pensó con cierta sorpresa que Argyle era un hombre feliz. No de un modo vivaz y entusiasta, que es como suele ser la felicidad, sino feliz en su propio mundo, algo nebuloso pero satisfactorio. Era un hombre a quien el mundo no le afectaba y estaba satisfecho de ello. Calgary no sabía por qué le sorprendía esto, pero le sorprendía.

—Es usted muy amable al recibirme. Me pareció mejor venir en persona que escribir. —Hizo una pausa—. Es difícil, muy difícil —dijo con súbita agitación.

—Tómese el tiempo que necesite.

Leo Argyle continuaba cortés y distante.

Se inclinó hacia delante. Con su modo tranquilo, era evidente que trataba de ayudar a Calgary.

—Puesto que trae una carta de Marshall, supongo que su visita tiene relación con mi desgraciado hijo Jacko… Jack, quiero decir. Nosotros le llamábamos Jacko.

Todas las palabras y frases que Calgary había preparado con tanto cuidado le abandonaron. Permaneció allí sentado, enfrentado con la espantosa realidad de lo debía decir. De nuevo, tartamudeó:

—Es… es tan sumamente difícil…

Hubo un momento de silencio.

—Si esto le sirve de ayuda —señaló Leo, escogiendo las palabras —, le diré que nosotros nos damos perfecta cuenta de que Jacko era… no era una persona completamente normal. No es fácil que nos sorprenda nada de lo que pueda usted decirnos. En medio de lo horrible de la tragedia, siempre he estado convencido de que Jacko no era en realidad responsable de sus actos.

—Claro que no lo era.

Fue Hester la que habló y Calgary se sobresaltó al oír su voz. Por un momento había olvidado su presencia. Se había sentado en el brazo de un sillón, un poco detrás de Calgary. Volvió la cabeza y Hester, como movida por un resorte, se inclinó hacia él con ansiedad.

—Jacko fue siempre terrible —afirmó en tono confidencial—. Ya era así de pequeño, quiero decir cuando se enfadaba. Cogía lo primero que encontraba y… y se tiraba sobre uno como…

—Hester, Hester, querida —protestó Argyle con voz dolida.

Alarmada, la muchacha se llevó la mano a la boca. Enrojeció y empezó a hablar con la precipitada torpeza de la juventud.

—Lo siento. No quería… no me di cuenta. Yo no debía haber dicho eso… quiero decir ahora que todo ha pasado y… y…

—Todo ha pasado para siempre —manifestó Argyle—. Todo esto pertenece al pasado. Yo quiero… todos queremos pensar que el muchacho debe ser considerado como un enfermo. Un fallo de la naturaleza. Creo que esto es lo que lo expresa mejor. —Miró a Calgary—. ¿No lo cree usted así?

—No —replicó Calgary.

Se produjo un silencio. La vehemente negativa había sorprendido a sus dos oyentes. Había sido pronunciada con una fuerza casi explosiva. En un intento por mitigar su efecto, Calgary añadió con torpeza:

—Lo… lo siento. Es que todavía no comprenden ustedes.

—¡Oh!

Argyle pareció quedarse pensativo. Luego miró a su hija.

—Hester, creo que será mejor que nos dejes.

—¡No me voy! Tengo que oírlo, tengo que saber de qué se trata.

—Puede que sea desagradable.

—¿Qué importancia tiene que Jacko haya hecho otras cosas horribles? —exclamó Hester impaciente—: Todo *ha terminado*.

—Créame, por favor —se apresuró a decir Calgary—, no se trata de nada que haya hecho su hermano, todo lo contrario.

—No comprendo.

La puerta del fondo se abrió y la joven, a quien Calgary había vislumbrado antes, entró de nuevo. Se había puesto un abrigo y llevaba una pequeña cartera de documentos.

Se dirigió a Argyle.

—Me marcho. ¿Hay algo más…?

Argyle titubeó un momento, debía titubear siempre, pensó Calgary, y luego puso una mano en el brazo de la joven y la hizo acercarse.

—Siéntate, Gwenda. Éste es… ejem… el doctor Calgary. Ésta es miss Vaughan, que es… que es… —de nuevo calló, como si dudara —… es mi secretaria desde hace varios años. El doctor Calgary ha venido a contarnos algo, o a preguntarnos algo con relación a Jacko.

—A contarles algo —interrumpió Calgary—. Y aunque no se dan cuenta de ello, están poniéndomelo ustedes más difícil por momentos.

Todos le miraron un poco sorprendidos, pero en los ojos de Gwenda Vaughan vio un destello de algo que semejaba comprensión. Era como si entre los dos existiera una alianza momentánea, como si ella hubiera dicho: «Sí, ya sé lo difíciles que son los Argyle algunas veces».

Era una joven atractiva, pensó, aunque no tan joven, treinta y siete o treinta y ocho años. Tenía una figura bien formada, el pelo y los ojos oscuros, y un aspecto general de vitalidad y buena salud. Daba la impresión de ser al mismo tiempo competente e inteligente.

Con una actitud un poco fría, Argyle dijo:

—No veo que le ponga las cosas más difíciles, doctor Calgary. Desde luego, no era ésa mi intención. Si tiene la bondad de ir al asunto.

—Sí, ya lo sé. Perdone que haya dicho lo que dije. Es esa insistencia con que usted y su hija subrayan una y otra vez que *todo ha terminado*, que *todo ha pasado*. Pero *no* ha acabado. ¿Quién fue el que dijo: *«Nada está resuelto hasta…»?*

—*Hasta que se resuelve bien* —terminó miss Vaughan—. Kipling.

Le hizo una seña, tratando de darle ánimos, y él se lo agradeció.

—Pero vamos al asunto —continuó Calgary—. Cuando oigan lo que tengo que decir comprenderán mi renuencia. Más aún, mi disgusto. Para empezar, debo mencionar algunas cosas sobre mí mismo. Soy geofísico y he tomado parte recientemente en una expedición a la Antártida. No regresé a Inglaterra hasta hace unas semanas.

—¿La expedición Hayes Bentley? —preguntó Gwenda.

Él volvió hacia ella su mirada agradecida.

—Sí. La expedición Hayes Bentley. Les digo esto para que conozcan mis antecedentes y también para explicar por qué, durante dos años aproximadamente, he estado desligado de… de las cosas corrientes.

Gwenda continuó ayudándole.

—¿Se refiere usted a cosas como juicios por asesinato?

—Sí, miss Vaughan, a eso precisamente.

Calgary se volvió hacia Argyle.

—Le ruego me perdone si este asunto le resulta penoso, pero tengo que comprobar con usted determinadas horas y fechas. El nueve de noviembre, hace dos años, a eso de las seis de la tarde, su hijo Jack Argyle, a quien ustedes llamaban Jacko, vino a esta casa y tuvo una entrevista con su madre, Mrs. Argyle.

—Sí, mi esposa.

—Le dijo que estaba en un apuro y le pidió dinero. Eso había ocurrido ya más veces.

—Muchas veces —dijo Leo suspirando.

—Mrs. Argyle se negó. Él se puso insolente, amenazador. Por último, se marchó, furioso, gritando que volvería y que haría bien en darle el dinero. Jack dijo: «No quieres que vaya a la cárcel, ¿verdad?», y ella contestó: «Estoy empezando a creer que esto sería lo mejor para ti».

Leo Argyle se movió incómodo.

—Mi esposa y yo habíamos hablado mucho de eso. Estábamos muy disgustados con el chico. Una y otra vez le habíamos ayudado, tratando de darle la oportunidad de volver a empezar. Nos parecía que quizá la impresión de ir a la cárcel, la disciplina… —Su voz se apagó—. Pero continúe, por favor.

—Aquella misma tarde, su esposa fue asesinada —continuó Calgary—. La atacaron con un atizador. Las huellas dactilares de su hijo estaban en el atizador y faltaba una elevada suma de dinero de un cajón del escritorio donde su esposa lo había guardado antes. La policía detuvo a su hijo en Drymouth. Tenía el dinero encima, la mayor parte en billetes de cinco libras, uno de los cuales tenía escrito un nombre y una dirección, lo que le permitió que en el banco lo reconocieran como uno que le habían dado aquella mañana a Mrs. Argyle. Se le acusó del crimen y fue juzgado por… —Calgary se detuvo un momento—… el veredicto fue de asesinato premeditado.

Ya había dicho la palabra funesta. *Asesinato*. No era una palabra resonante, sino sofocada que fue absorbida por las cortinas, los libros, la alfombra. La palabra podía ser sofocada, pero no el acto.

—Por lo que me dijo Mr. Marshall, el abogado defensor, tengo entendido que, al ser arrestado, su hijo declaró su inocencia de un modo alegre, por no decir engreído. Insistió en que tenía una coartada perfecta para la hora del asesinato, que la policía

estableció entre las siete y las siete y media. A aquella hora, afirmó Jack Argyle, se dirigía a Drymouth haciendo autostop y un coche le había recogido muy poco antes de las siete en la carretera principal de Redmyn a Drymouth, a cosa de una milla. No sabía de qué marca era el coche (era ya de noche), pero era un sedán negro o azul oscuro, y lo conducía un hombre de mediana edad. No se escatimó ningún esfuerzo para encontrar el coche en cuestión y al hombre que lo conducía, pero no hubo modo de confirmar la declaración de Jack Argyle, y los mismos abogados estaban convencidos de que el chico había inventado la historia, sin mucha habilidad, por cierto.

»En el juicio, la principal línea de defensa fue la declaración de varios psiquiatras, que trataron de demostrar que Jack Argyle había sido siempre un desequilibrado. El juez se mostró muy severo en sus comentarios a estas declaraciones y, en su resumen del caso, se mostró decididamente en contra del acusado. Jack Argyle fue condenado a cadena perpetua y murió de neumonía en la cárcel, a los seis meses de empezar a cumplir su condena.

Calgary se detuvo. Tres pares de ojos estaban clavados en él. En los de Gwenda Vaughan había interés y atención, en los de Hester seguía habiendo desconfianza y los de Leo Argyle no expresaban nada en absoluto.

—¿Está usted de acuerdo con mi exposición de los hechos? —preguntó Calgary.

—Por completo —respondió Leo—, aunque todavía no veo la necesidad de volver sobre unos hechos dolorosos que todos tratamos de olvidar.

—Perdone. Tenía que hacerlo. ¿Usted no disintió del veredicto?

—Reconozco que *los hechos* establecieron, si no se mira lo que había detrás, que fue un asesinato. Pero, si *escarba* un poco, verá que hay muchas circunstancias atenuantes. El chico era un desequilibrado aunque, por desgracia, no en el sentido legal de las palabras. Las reglas de McNaughten son muy estrictas y dejan mucho que desear. Le aseguro, doctor Calgary, que la misma Rachel, mi difunta esposa, hubiera sido la primera en perdonar y disculpar al desgraciado muchacho por su arrebato. Tenía ideas muy avanzadas y humanas, y un profundo conocimiento de los factores psicológicos. *Ella* no lo hubiera condenado.

—Ella sabía muy bien lo malo que podía ser Jacko —comentó Hester—. Siempre lo fue. Al parecer no podía remediarlo.

—¿De modo que ninguno de ustedes —preguntó Calgary lentamente— tuvo la menor duda? ¿Duda de su culpabilidad, quiero decir?

Hester se le quedó mirando.

—¿Cómo íbamos a tener dudas? Era culpable, naturalmente.

—En realidad no era *culpable* —contradijo Leo—. No me gusta esa palabra.

—Y además es falsa en este caso —Calgary aspiró profundamente—. ¡Jack Argyle era inocente!

CAPÍTULO II

1

Debía haber sido un anuncio sensacional, pero no produjo ningún efecto. Calgary había esperado asombro, una alegría incrédula, entre la confusión, preguntas ansiosas. No hubo nada de eso. Sólo vio cautela y desconfianza. Gwenda Vaughan fruncía el entrecejo. Hester le miraba con los ojos muy abiertos. Quizás era natural: semejante anuncio resultaba difícil de comprender, así de pronto.

—¿Quiere usted decir, doctor Calgary, que comparte mi actitud? ¿Que no le considera responsable de sus actos? —preguntó Leo Argyle vacilante.

—¡Quiero decir *que no la mató*! ¿No lo comprende, hombre? *No la mató. No pudo* haberla matado. Hubiera podido probar su inocencia, de no haber sido por la más extraordinaria y desdichada combinación de circunstancias. Yo pude haber demostrado su inocencia.

—¿Usted?

—*Yo era el hombre del coche*.

Lo dijo tan sencillamente que, por un momento, no lo comprendieron. Antes de que pudieran recobrarse, hubo una interrupción. La mujer de rostro vulgar entró en la habitación. Fue directamente al asunto.

—Lo he oído al pasar por delante de la puerta. Este hombre dice que Jacko no mató a Mrs. Argyle. ¿Por qué dice eso? ¿Cómo lo sabe?

Su rostro, antes fiero y belicoso, mostraba una expresión

conmovida.

—Tengo que oírlo también —añadió en tono lastimero—. No puedo quedarme fuera y no saber.

—Claro que no, Kirsty. Usted es de la familia.

Leo Argyle la presentó.

—Miss Lindstrom, el doctor Calgary. El doctor Calgary está diciendo cosas increíbles.

A Calgary le sorprendió el nombre escocés de Kirsty. Hablaba un inglés excelente, pero tenía un ligero acento extranjero.

La mujer se dirigió a Calgary en tono acusatorio.

—No debía haber venido aquí a decir esas cosas, a sobresaltar a la gente. Han aceptado sus tribulaciones. Ahora viene usted a trastornarlos con lo que está diciendo. Lo que ocurrió fue voluntad de Dios.

A Calgary le repelió la oronda complacencia en la declaración que formuló. Posiblemente, pensó, era una de esas personas morbosas que se recrean en las tragedias. Pues se iba a quedar sin espectáculo.

—Aquella noche, a las siete menos cinco —manifestó Calgary—, recogí en la carretera de Redmyn a Drymouth a un joven que hacía autostop. Lo llevé hasta Drymouth. Hablamos. Me pareció un joven muy agradable y simpático.

—Jacko tenía un gran encanto —dijo Gwenda—. Todo el mundo lo encontraba atractivo. Fue su carácter lo que le perdió. Y además, no era honrado, desde luego —añadió pensativa—. Pero la gente no se daba cuenta de eso hasta pasado algún tiempo.

Miss Lindstrom se volvió hacia ella.

—No debería hablar así, ahora que está muerto.

—Continúe, por favor, doctor Calgary —intervino Leo Argyle con cierta aspereza—. ¿Por qué no se presentó en aquel momento?

—Sí —dijo Hester, jadeante—. ¿Por qué se desentendió del asunto? Se le reclamó en los periódicos, se pusieron anuncios. ¿Cómo pudo usted ser tan egoísta, tan malvado?

—Hester, Hester —la atajó su padre—. El doctor Calgary no ha terminado de contarnos su historia.

Calgary se dirigió directamente a la muchacha.

—Sé muy bien lo que siente. Y sé lo que siento yo, lo que siempre sentiré. —Se dominó—. Continuaré con mi relato. Aquella

noche había mucho tráfico en las carreteras. Eran bastante más de las siete y media cuando dejé al joven, cuyo nombre no conocía, en el centro de Drymouth. Creo que eso le redime por completo, ya que la policía está segura de que el crimen fue cometido entre las siete y las siete y media.

—Sí —dijo Hester—. Pero usted…

—Tenga paciencia, por favor. Para que comprenda, tengo que retroceder un poco. Llevaba dos días en Drymouth en el piso de un amigo. Este amigo, que es marino, estaba en el mar. Me había dejado también su coche, que guardaba en un garaje particular. Aquel día, nueve de noviembre, tenía que regresar a Londres. Decidí volver en el tren de la noche y emplear la tarde en visitar a una anciana criada a quien mi familia quería mucho y que vivía en una casita en Polgarth, a unas cuarenta millas al oeste de Drymouth. Cumplí mi programa. Aunque muy anciana y con la mente un poco vaga, me reconoció y se alegró mucho de verme. Estaba muy excitada porque había leído en los periódicos que me iba al Polo. Sólo me quedé un rato, para no cansarla y, al marcharme, decidí no volver directamente a Drymouth siguiendo la costa, como había hecho a la ida, sino al norte hasta Redmyn y ver al viejo canónigo Peasmarsh, que tiene en su biblioteca algunos libros muy raros, entre ellos un incunable tratado de navegación del que tenía gran interés en copiar un párrafo. El anciano se niega a tener teléfono, por considerarlo invento del diablo, lo mismo que la radio, la televisión, los cines y los aviones a reacción. Así que tuve que arriesgarme a ir a verle sin saber si lo encontraría o no. No tuve suerte. La casa estaba cerrada a cal y canto. Entré un momento en la catedral y luego emprendí el regreso a Drymouth por la carretera principal, completando así el tercer lado del triángulo. Me quedaba tiempo suficiente para recoger mi maleta, devolver el coche al garaje y coger el tren.

»En el camino, según les he dicho, recogí a un desconocido autostopista y, después de dejarlo en la ciudad, llevé a cabo mi programa. Después de llegar a la estación, todavía me sobraba algún tiempo y salí a la calle principal a comprar cigarrillos. Al cruzar la calle, un camión dio la vuelta a la esquina a gran velocidad y me tiró al suelo.

»Según las declaraciones de varios transeúntes, me levanté, al

parecer, sin sufrir herida alguna y portándome de modo completamente normal. Dije que estaba muy bien, que tenía que coger un tren y volví corriendo a la estación. Cuando el tren llegó a Paddington, estaba inconsciente y me llevaron al hospital, donde me diagnosticaron conmoción cerebral. Al parecer, ese efecto retardado es algo bastante común.

»Cuando recobré el conocimiento, días más tarde, no recordaba nada del accidente ni de mi regreso a Londres. Lo último que recordaba era el momento de ponerme en camino para ir a visitar a la anciana en Polgarth. Después de eso, nada. Me tranquilizaron, diciéndome que eso es muy corriente. No había razón alguna para creer que las horas perdidas de mi vida tuvieran la menor importancia. Ni yo mismo ni nadie tenía la más remota idea de que hubiera circulado por la carretera de Redmyn a Drymouth aquella tarde.

»Faltaba muy poco tiempo para la fecha en que tenía que salir de Inglaterra. Me tuvieron en el hospital, en reposo absoluto, sin periódicos. Al marcharme, fui directamente al aeropuerto para coger el avión que me llevaría a Australia y unirme a la expedición. Hubo ciertas dudas sobre si estaría en condiciones de ir, pero no hice caso de ellas. Estaba demasiado ocupado con los preparativos y los problemas como para interesarme en lo más mínimo por noticias de asesinatos y, en cualquier caso, la excitación pasó después del arresto y, cuando llegó el juicio, yo estaba camino de la Antártida.

Se detuvo un momento. Todos escuchaban con atención.

—Fue hace cosa de un mes, recién llegado a Inglaterra, cuando hice el descubrimiento. Me hacían falta periódicos viejos para envolver unas muestras. La casera me trajo un montón de periódicos. Al extender uno en la mesa, vi la foto de un joven cuyo rostro me resultó muy conocido. Traté de recordar dónde lo había visto y quién era. No lo conseguí y, sin embargo, ¡cosa rara!, recordaba haber sostenido con él una conversación sobre anguilas. Le había intrigado y fascinado oír las hazañas de la vida de una anguila. ¿Pero cuándo? ¿Dónde? Leí la noticia: aquel joven era Jack Argyle, acusado de asesinato. Le había dicho a la policía que le había recogido un hombre al volante de un coche negro.

»Y entonces, de pronto, recuperé aquel trozo de mi vida. Recordé haber recogido a aquel joven, la despedida en Drymouth, el

regreso al piso, el momento de cruzar la calle para comprar cigarrillos. Vislumbré por un momento el camión que me atropello y, después de eso, nada hasta el hospital. Seguía sin recordar cómo fui a la estación y cogí el tren de Londres. Leí el párrafo una y otra vez. El juicio se había celebrado hacía más de un año y el caso estaba casi olvidado. «Un muchacho que mató a su madre —recordaba la dueña de la casa vagamente—. No sé lo que pasó luego. Creo que lo colgaron». Busqué en las hemerotecas para enterarme de las fechas, y luego fui a ver a Marshall & Marshall, los abogados defensores del muchacho. Me enteré de que era demasiado tarde para poner en libertad al desgraciado joven. Había muerto de neumonía en la cárcel. Aunque ya no se le podía hacer justicia a él en persona, podía hacerse justicia a su memoria. Fui con Mr. Marshall a la policía. El caso ha sido presentado a la fiscalía y Marshall está seguro de que el caso pasará al secretario del Interior.

»Naturalmente, recibirán ustedes información completa de Mr. Marshall. El motivo de su retraso ha sido mi gran interés por ser el primero en hacérselo saber. Consideré mi deber pasar por el desagradable trance. Estoy seguro de que comprenderán ustedes que siempre me pesará en la conciencia. Si hubiera tenido más cuidado al cruzar la calle… —Se interrumpió—. Comprendo que nunca podrán sentir benevolencia hacia mí, aunque, en rigor, no soy culpable, Sin embargo, ustedes, todos ustedes, *tienen* que considerarme responsable.

Gwenda Vaughan dijo rápidamente con voz cálida y amable:

—¡Cómo vamos a considerarle responsable! Es una de esas cosas que pasan. Una cosa trágica, increíble, nada hay que reprocharle.

—¿Le creyeron? —preguntó Hester.

Él la miró sorprendido.

—¿Le creyeron? La policía. Podía estar inventándolo todo, ¿verdad?

Calgary no pudo evitar una sonrisa.

—Soy un testigo muy fiable —contestó suavemente—. No tengo ningún interés personal en el asunto y, además, la policía ha comprobado mi historia concienzudamente: declaraciones de los médicos, información obtenida en Drymouth, etcétera. Desde luego, Marshall se mostró muy cauto, como todos los abogados. No quería

hacerles concebir esperanzas hasta estar seguro del éxito.

Leo Argyle se removió en su butaca.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso de *éxito*?

—Perdone —respondió Calgary con presteza—. No es la palabra apropiada. Su hijo fue acusado de un crimen que no cometió, fue juzgado por ese crimen, lo condenaron y murió en la cárcel. La justicia ha llegado demasiado tarde para él. Pero la clase de justicia que aún puede hacérsele, es casi seguro que se hará y haremos todo lo posible por que se haga. El secretario del Interior aconsejará probablemente a la reina que conceda una absolución total.

Hester se rió.

—¿Absolución por algo que no ha cometido?

—Ya lo sé. La terminología siempre resulta poco adecuada. Pero tengo entendido que es costumbre en estos casos que se haga una interpelación en el Parlamento, y en la respuesta quedará bien claro que Jack Argyle no cometió el crimen por el que fue sentenciado y los periódicos informarán de la decisión.

Se calló. Nadie dijo nada. Les había causado una gran impresión, pensó. Pero, después de todo, había un motivo de alegría.

Se puso de pie.

—Creo que no tengo nada más que decir —manifestó vacilante —. Repetirles cuánto lo siento. La tristeza que me causa todo esto, pedirles perdón, son cosas que ya saben ustedes muy bien. La tragedia que puso fin a su vida ha oscurecido la mía. Pero, por lo menos —añadió suplicante—, debe significar *algo* para ustedes saber que no cometió aquella horrible acción, saber que su nombre, el nombre de ustedes, quedará limpio a los ojos del mundo.

Si esperaba una respuesta, no la obtuvo.

Leo Argyle permaneció hundido en su butaca. Gwenda tenía los ojos fijos en el rostro de Leo. Hester miraba el vacío con expresión trágica. Miss Lindstrom gruñó algo entre dientes y meneó la cabeza.

Calgary permaneció junto a la puerta, mirándolos con expresión de desamparo.

Fue Gwenda Vaughan la que se hizo cargo de la situación. Se acercó a él, puso una mano sobre su brazo y le dijo en voz baja:

—Es mejor que se vaya ahora, doctor Calgary. Ha sido una impresión demasiado fuerte. Necesitan tiempo para asimilar la noticia.

Él asintió. Miss Lindstrom se le acercó en el descansillo.

—Le acompañaré a la puerta.

Al volver la cabeza, antes de que la puerta de la habitación se cerrara, vio a Gwenda Vaughan arrodillada junto a la butaca de Leo Argyle. Esto le sorprendió un poco.

Miss Lindstrom le esperaba rígida como un centinela.

—No puede usted devolverle la vida —señaló con voz ronca—. ¿Por qué traerles de nuevo esos recuerdos? Hasta ahora, estaban resignados. Ahora sufrirán. Siempre es mejor dejar las cosas como están.

Habló con resquemor.

—Hay que rehabilitar su memoria —afirmó Arthur Calgary.

—¡Hermosos sentimientos! Todo eso está muy bien. Pero no tiene usted en cuenta lo que significa. Los hombres nunca piensan. —Golpeó el suelo con el pie—. Quiero a esta familia. Vine para ayudar a Mrs. Argyle en 1940, cuando instaló aquí un asilo para huérfanos de guerra. Nada le parecía demasiado para aquellos niños. Se les daba todo y más. Han pasado casi dieciocho años, y todavía ahora, después de su muerte, sigo aquí, para cuidar a la familia, para mantener la casa limpia y confortable, para ocuparme de que coman bien. Los quiero a todos ellos, y Jacko ¡no era bueno! Sí, sí, también a él lo quería, ¡pero no era bueno!

Se volvió bruscamente. Parecía haber olvidado su ofrecimiento de acompañarle a la puerta. Calgary bajó lentamente las escaleras. Mientras manipulaba la puerta, que tenía un cierre de seguridad cuyo mecanismo no entendía, oyó unos pasos ligeros detrás suyo. Era Hester, que llegaba corriendo.

Descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Se miraron. Calgary no comprendía por qué le miraba con aquellos ojos trágicos y llenos de reproches.

—¿Por que ha venido? —dijo Hester dijo en un susurro—. ¡Oh! ¿Por qué ha venido?

Él la miró indefenso.

—No la comprendo. ¿No quiere que el nombre de su hermano quede limpio de mancha? ¿No quiere que se le haga justicia?

—¡Oh, justicia! —le espetó ella.

—No lo comprendo.

—¡Venga a hablar de justicia! ¿Qué le importa a Jacko? Está

muerto. Jacko ya no importa. ¡Somos *nosotros* los que importamos!

—¿Qué quiere usted decir?

—No es el culpable el que importa, son los inocentes.

Ella le cogió por un brazo, clavándole los dedos.

—Somos *nosotros* los que importamos. ¿No ve usted lo que nos ha hecho a todos?

Él la miró atónito.

Una figura se acercó por el jardín.

—¿El doctor Calgary? Aquí está el taxi para llevarle a Drymouth, señor.

—Ah, sí, gracias.

Calgary se volvió de nuevo hacia Hester, pero ella ya se había retirado.

La puerta se cerró con un golpe.

CAPÍTULO III

1

Hester subió lentamente las escaleras, apartándose el pelo negro de la amplia frente. En el rellano se encontró con Kirsten Lindstrom.

—¿Se ha marchado?

—Sí, se ha marchado.

—Has recibido una impresión muy fuerte, Hester —Kirsten le puso una mano en el hombro—. Ven conmigo. Te serviré un coñac. Todo esto ha sido demasiado.

—No quiero coñac, Kirsty.

—Puede que no lo quieras, pero te sentará bien.

La muchacha dejó que la condujeran por el pasillo hasta la pequeña salita de Kirsten Lindstrom. Aceptó el coñac y empezó a beberlo despacio. Kirsten manifestó irritada:

—Todo ha sido demasiado repentino. Debería habernos advertido. ¿Por qué no nos escribió primero Mr. Marshall?

—Me figuro que el doctor Calgary no le habrá dejado. Quería venir aquí a decírnoslo él mismo primero.

—Quería venir a decírnoslo, ¿eh? ¿Cómo se esperaba que recibiríamos la noticia?

—Me figuro —contestó Hester con una voz extraña, sin entonación— que pensaría que nos iba a alegrar mucho.

—Nos alegrara o no, tenía que ser una impresión muy fuerte. No debía haberlo hecho.

—Pero, en cierto modo, fue valiente al hacerlo —protestó Hester, y su rostro enrojeció—. Quiero decir que no tiene que haber

sido *fácil*. Ir a decirle a una familia que uno de ellos, condenado por asesinato y muerto en la cárcel, era inocente. Sí, creo que tuvo mucho valor, pero preferiría que no lo hubiera hecho.

—Eso lo hubiéramos preferido todos —afirmó miss Lindstrom vivamente.

Hester la miró interesada, dejando de pensar por un momento en su propia preocupación.

—¿De modo que tú también sientes lo mismo, Kirsty? Pensé que a lo mejor era yo sola.

—No soy tonta —replicó miss Lindstrom con acritud—. Entreveo ciertas posibilidades en las que tu doctor Calgary no parece haber pensado.

Hester se puso de pie.

—Tengo que ir a ver a papá.

Kirsten Lindstrom asintió.

—Sí. Ya habrá tenido tiempo de pensar en lo que se debe hacer.

Hester entró en la biblioteca. Gwenda Vaughan estaba llamando por teléfono. Su padre le hizo una seña y Hester se acercó a él, sentándose en el brazo de su butacón.

—Estamos tratando de comunicar con Mary y con Micky —comentó Leo Argyle—. Hay que comunicárselo en seguida.

—Oiga —dijo Gwenda Vaughan—. ¿Es Mrs. Durrant? ¿Mary? Habla Gwenda Vaughan. Tu padre quiere hablar contigo.

Leo se acercó al teléfono.

—¿Mary? ¿Cómo estás? ¿Cómo está Philip…? Me alegro… Acaba de ocurrir algo de lo más extraordinario. Me pareció que debías saberlo en seguida. Un tal doctor Calgary acaba de estar aquí. Traía una carta de Andrew Marshall. Era sobre Jacko. Parece… en realidad resulta increíble, parece que aquella historia que contó Jacko en el juicio, sobre un coche que le había llevado a Drymouth, era completamente cierta. Ese doctor Calgary es el hombre que lo llevó.

Se calló para escuchar lo que le decía su hija.

—Sí, bueno, Mary, no voy a entrar ahora en los detalles de por qué no se presentó en su momento. Tuvo un accidente, conmoción cerebral. Todo parece auténtico. Te llamo para decirte que creo que debemos reunimos aquí todos lo antes posible. A ver si conseguimos que Marshall venga también para discutir el asunto con nosotros.

Creo que debemos ser aconsejados legalmente. ¿Podéis tú o Philip…? Sí, ya lo sé. Pero la verdad, querida, me parece que esto es *importante*… Sí… Bueno, llámame más tarde, si quieres. Voy a tratar de comunicar con Micky.

Gwenda Vaughan se acercó de nuevo al teléfono.

—Trata ahora de ponerme al habla con Micky.

—Como va a tardar un poco, ¿puedo llamar antes, papá, por favor? —dijo Hester—. Quiero hablar con Donald.

—Claro —contestó Leo—. ¿Vas a salir hoy con él?

—*Iba* a salir —admitió Hester.

Su padre le dirigió una mirada aguda.

—¿Te ha disgustado mucho esto?

—No lo sé. No sé muy bien lo que siento.

Gwenda le hizo sitio junto al teléfono y Hester marcó un número.

—¿Puedo hablar con el doctor Craig, por favor? Sí, sí. De parte de Hester Argyle. —Tras una breve pausa, Hester continuó—: ¿Eres tú, Donald? Creo que no podré ir contigo esta noche a la conferencia. No, no estoy enferma: no es eso, es que… bueno, es que hemos… es que hemos recibido una noticia muy extraña.

El doctor Craig habló de nuevo.

Hester se volvió hacia su padre.

—No es un secreto, ¿verdad?

—No. No es exactamente un secreto, pero… bueno, dile a Donald que no hable de ello por el momento, por favor. Ya sabes cómo son los rumores, siempre se exagera.

—Sí, ya sé. —Hester volvió a hablar con Donald—. En cierto modo, supongo que podrían llamarse buenas noticias, Donald, pero nos han sobresaltado. Preferiría no hablar de ello por teléfono. No, no, *no* vengas. *No vengas*, por favor. Esta noche no, mañana a cualquier hora. Es sobre Jacko. Sí, sí, mi hermano. Es que acabamos de enterarnos de que no mató a mi madre. Pero, por favor, Donald, no cuentes nada ni hables de esto con *nadie*. Mañana te lo contaré todo… No, Donald, *no*. Sencillamente, no puedo ver a nadie esta noche, ni siquiera a ti. Por favor. Y no cuentes nada de esto.

Colgó el teléfono y le hizo seña a Gwenda de que lo cogiera.

Gwenda pidió un número de Drymouth.

—¿Por qué no vas a la conferencia con Donald, Hester? —

preguntó Leo—. Te evitaría pensar en otras cosas.

—No quiero, papá. No podría.

—Hablaste… le diste la impresión de que no era una buena noticia —comentó Leo—. Pero no es así, Hester. Nos sorprendió la noticia. Pero todos estamos muy contentos, muy contentos. ¿Cómo no íbamos a estarlo?

—Eso es lo que tenemos que decir, ¿no? —dijo Hester.

—Pero, hijita… —comenzó Leo en tono de advertencia.

—Pero no es cierto. No es una buena noticia. Es horrible.

—Micky está al teléfono —anunció Gwenda.

Leo se puso. Le hablo a su hijo en términos muy parecidos a los que había empleado con su hija. Pero Micky recibió la noticia de un modo muy distinto a como la había recibido Mary Durrant. No hubo protesta, sorpresa o incredulidad. Aceptó en seguida el hecho.

—¡Qué diablos! —exclamó la voz de Micky—. ¿Después de todo este tiempo? ¡El testigo perdido! ¡Vaya, vaya, Jack no estaba de suerte aquella noche!

Leo volvió a hablar. Micky escuchó.

—Sí. Estoy de acuerdo contigo. Será mejor que nos reunamos todos lo antes posible y que Marshall nos aconseje.

Se rió de pronto, con una risa que Leo recordaba tan bien en el chiquillo que jugaba en el jardín, junto a la ventana.

—¿Por quién apuestas? *¿Cuál de nosotros fue?*

Leo soltó el auricular y se apartó bruscamente del teléfono.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Gwenda.

Leo se lo dijo.

—Me parece una broma muy tonta —comentó Gwenda.

Leo le dirigió una rápida mirada.

—Puede que no estuviera bromeando en absoluto —replicó suavemente.

2

Mary Durrant cruzó la habitación y recogió unos pétalos de crisantemos caídos de un florero, que colocó con cuidado en la papelera. Era una mujer alta, de aspecto sereno y que, a pesar de la

falta de arrugas, representaba más de los veintisiete años que tenía, probablemente debido a una gravedad que parecía formar parte de su maquillaje. Era guapa, pero carecía del menor encanto. Tenía las facciones regulares, el cutis bonito, los ojos de un azul intenso y el pelo rubio recogido en un gran moño, el peinado de moda, aunque no era ésta la razón de que ella lo llevara. Era una mujer que mantenía siempre un estilo propio. Su aspecto externo era como su casa: pulcro y cuidado. El polvo y el desorden de cualquier clase le desagradaban.

El hombre sentado en una silla de ruedas que la observaba mientras recogía los pétalos, sonrió con una sonrisa un poco aviesa.

—Siempre la misma criatura meticulosa. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.

Se rió y en su risa podía apreciarse cierta malicia. Pero Mary Durrant no se inmutó.

—Me gusta que todo esté ordenado. Sabes, Phil, tampoco a ti te gustaría que la casa pareciera un campo de batalla.

Su marido replicó con una nota de amargura:

—Bueno, por lo menos *yo* no tengo oportunidad de convertirla en un campo de batalla.

Philip Durrant había sufrido un ataque de poliomielitis que le había dejado paralítico poco después de su matrimonio. Para Mary, que le adoraba, era tanto su hijo como su marido. A él a veces le avergonzaba un poco el amor absorbente de su esposa. Mary no tenía la imaginación suficiente para comprender que a veces le fastidiaba su satisfacción al verle depender de ella.

Philip prosiguió con rapidez, temiendo escuchar algunas palabras de conmiseración o simpatía.

—¡La verdad es que no hay palabras con que calificar la noticia que nos ha dado tu padre! ¡Después de tanto tiempo! ¿Cómo puedes quedarte tan tranquila?

—Será porque me cuesta trabajo comprenderlo. ¡Es tan extraordinario! Al principio no podía creer lo que mi padre decía. Si hubiera sido Hester, pensaría que lo estaba inventando todo. Ya sabes como es Hester.

El rostro de Philip Durrant perdió algo de su amargura.

—Una vehemente y apasionada criatura que empieza la vida, buscando problemas que seguro que encontrará —comentó

suavemente.

Mary descartó su análisis con un gesto. El carácter del prójimo no le interesaba.

—Supongo que es *cierto* —opinó dubitativa—. ¿No crees que ese hombre puede habérselo inventado todo?

—¿El científico distraído? Sería agradable creerlo, pero parece que Andrew Marshall se ha tomado en serio el asunto. Y tratándose de Marshall, Marshall & Marshall, la cosa ofrece garantías.

—¿Qué consecuencias *traerá* esto, Phil? —preguntó Mary Durrant, frunciendo el entrecejo.

—Significa que Jacko será exculpado. Es decir, si las autoridades están satisfechas, y creo que puede contarse con que lo estarán.

—Supongo que todo será *muy agradable* —Mary exhaló un suspiro.

Philip Durrant volvió a reír, con la misma risa amarga.

—Polly, eres un caso.

Nadie, salvo su marido, había nunca llamado Polly a Mary Durrant. El nombre resultaba ridículamente inapropiado para su belleza estatuaria. Ella le miró un poco sorprendida.

—No sé qué he dicho que pueda divertirte tanto.

—¡Lo dices con un tono tan aristocrático! Parecías lady Fulanita de Tal alabando las labores de artesanía de los escolares del pueblo en la venta de caridad.

—¡Pero es que *es* de verdad agradable! —exclamó Mary desconcertada—. No me digas que era satisfactorio tener un asesino en la familia.

—No estrictamente *en* la familia.

—Viene a ser lo mismo. Era muy molesto y se sentía uno muy incómodo. ¡Todo el mundo estaba tan excitado y sentía tanta curiosidad! Me resultó insoportable.

—Te portaste muy bien. Los dejaste helados con esa mirada glacial tuya. Les hiciste bajar el tono y avergonzarse de sí mismos. Es extraordinario como te las arreglas para no mostrar nunca la menor emoción.

—Me desagradó mucho todo aquello, pero como quiera que sea, murió y todo había terminado. Y ahora… ahora supongo que habrá que desenterrar de nuevo todo el asunto. Un fastidio.

—Sí —Philip Durrant, pensativo, movió los hombros con un leve

gesto de dolor. Su mujer se acercó, presurosa.

—¿Te ha dado un calambre? Espera. Déjame que cambie este cojín. Así. ¿Estás mejor?

—Deberías haber sido enfermera.

—No tengo el menor deseo de cuidar a un montón de gente. Sólo a ti.

Lo dijo con sencillez, pero detrás de las escuetas palabras había mucha pasión.

Sonó el teléfono y Mary atendió la llamada.

—Diga… sí, al habla… Ah, eres tú. —Le dijo a Philip—. Es Micky… Sí, sí, ya lo sabemos. Papá ha telefoneado. Sí, claro… Sí… Sí… Philip dice que si los abogados están satisfechos, la cosa debe de ser cierta… La verdad, Micky, no sé por qué te impresiona tanto. No veo por qué he de ser obtusa… La verdad, Micky, creo que… ¡Oye! ¡Oye! —Frunció el entrecejo enfadada—. Ha colgado.

Colgó el teléfono.

—La verdad, Philip, es que no comprendo a Micky.

—¿Qué dijo exactamente?

—¡Se ha puesto de una manera! Dijo que era una obtusa, que no me daba cuenta de las consecuencias. ¡Será un infierno! Ésa fue su expresión. ¿Por qué? No lo comprendo.

—Está asustado, ¿eh?

—¿Por qué?

—La verdad es que tiene razón. Traerá consecuencias.

Mary parecía un poco aturdida.

—¿Quieres decir que volverá a despertarse el interés de la gente por el asunto? Naturalmente, me alegro de que Jacko sea exculpado, pero sería muy desagradable que la gente empezara a hablar otra vez.

—No se trata sólo de lo que digan los vecinos. Es más grave que eso.

Ella le miró, interrogante.

—¡La policía también se interesará en el asunto!

—*¿La policía?* —exclamó Mary con viveza—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Querida mía, *piensa*.

Mary se acercó lentamente y se sentó a su lado.

—Ahora vuelve a ser un crimen sin resolver, ¿comprendes? —

comentó Philip.

—¡No me digas que van a volver a ocuparse de esto después de tanto tiempo!

—Ésa es una idea muy bonita, pero me temo que sea completamente errónea.

—Pero después de haber sido tan estúpidos, equivocándose de ese modo con respecto a Jacko, no querrán desenterrar el asunto.

—¡Puede que no quieran desenterrarlo, pero probablemente tendrán que hacerlo! El deber es el deber.

—Oh, Philip, estoy segura de que te equivocas. Se hablará un poco del asunto y luego todo se olvidará.

—Y entonces viviremos muy felices por siempre jamás, amén —replicó Philip con su voz burlona.

—¿Por qué no?

Él meneó la cabeza.

—No es tan sencillo como eso. Tu padre tiene razón. Tenemos que reunimos todos y deliberar. Será bueno que vaya Marshall, como dijo él.

—¿Quieres decir ir a Sunny Point?

—Sí.

—Pero no podemos.

—¿No?

—Es imposible. Eres un inválido y…

—No soy un inválido —Philip habló con cierta irritación—. Estoy fuerte y sano. Sólo he perdido el uso de las piernas. Podría ir a Tumbuctú con el transporte adecuado.

—Estoy segura de que no te sentará nada bien ir a Sunny Point. Con este asunto tan desagradable…

—No tengo la mente enferma.

—Y además, no veo que podamos dejar la casa. Últimamente se han producido muchos robos.

—Que venga alguien a dormir aquí.

—Eso se dice pronto, como si fuera una cosa muy fácil.

—Esa señora No-sé-cuántos podría venir todos los días. Deja ya de plantear pegas domésticas, Polly. Lo cierto es que no quieres ir.

—No, no quiero ir.

—No estaremos mucho tiempo —la tranquilizó Philip—. Pero creo que debemos ir. Ésta es una ocasión en la que la familia tiene

que presentarse unida ante el mundo. Tenemos que saber exactamente qué terreno pisamos.

3

En el hotel de Drymouth, Calgary cenó temprano y subió a su habitación. Se sentía profundamente afectado por lo ocurrido en Sunny Point. Había esperado que la misión le resultara penosa y había necesitado armarse de todo su valor para llevarla a cabo. Pero la entrevista había resultado penosa y perturbadora de un modo completamente distinto al que había previsto. Se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo y empezó a darle vueltas y más vueltas al tema.

La imagen que se le presentaba con mayor claridad era el rostro de Hester en el momento de separarse. ¡Con qué desprecio había rechazado su deseo de justicia! ¿Qué era lo que había dicho? «No es el culpable el que importa, son los inocentes». Y luego: «¿No ve usted lo que nos ha hecho a todos?». Pero ¿qué era lo que había hecho? No lo comprendía. Se devanaba los sesos por comprenderla.

Y los demás. La mujer a la que llamaban Kirsty (¿por que Kirsty? Era un nombre escocés. Y ella no era escocesa. ¿Danesa, quizá noruega?). ¿Por qué había hablado tan duramente, recriminándole de aquel modo?

También había habido algo raro en la actitud de Leo Argyle: un retraimiento, una vigilancia. Nada de: «Gracias a Dios que mi hijo era inocente», lo que hubiera sido la reacción natural.

Y la joven, la secretaria de Leo. Había estado amable con él y había tratado de ayudarle. Pero también había reaccionado de un modo extraño. Recordó cómo se había arrodillado junto al sillón de Argyle. Como si… como si le comprendiera y quisiera consolarlo. ¿Consolarlo, por qué? ¿Porque su hijo no era un asesino? Y si, además, sus sentimientos no eran puramente los de una secretaria, aunque llevara varios años en el puesto. ¿Qué significaba *todo aquello*?

Sonó el teléfono de la mesilla de noche.

—¡Diga!

—¿Doctor Calgary? Hay un señor que pregunta por usted.

—¿Por mí?

Le sorprendió. Que él supiera, nadie estaba enterado de que iba a pasar la noche en Drymouth.

—¿Quién es?

—Mr. Argyle —contestó el empleado.

—¡Ah! Dígale…

Arthur Calgary se detuvo en el momento en que iba a decir que ahora mismo bajaba. Si por alguna razón Leo Argyle le había seguido a Drymouth y se había enterado de dónde se hospedaba, seguramente sería embarazoso discutir en el concurrido salón del hotel el asunto que le llevara allí. En su lugar, dijo:

—¿Quiere decirle que suba a mi habitación?

Se levantó de la cama y empezó a pasearse por la habitación, hasta que oyó un golpe en la puerta.

Cruzó la habitación y abrió.

—Pase Mr. Argyle. Yo…

Se calló, sorprendido. No era Leo Argyle. Era un joven de unos veinticinco años, moreno y bien parecido, pero con una expresión de amargura que le afeaba. Un rostro inquieto, violento y desgraciado.

—No me esperaba, ¿verdad? Creía que era mi padre. Soy Michael Argyle.

—Pase. ¿Cómo se enteró usted de que estaba aquí? —preguntó, ofreciéndole la pitillera.

Michael Argyle cogió un cigarrillo y rió de modo desagradable.

—¡Muy fácil! Llamé a los principales hoteles, por si se quedaba a pasar la noche. Di con usted en el segundo.

—¿Y por qué quería verme?

—Quería saber qué clase de tipo era usted —replicó Michael Argyle lentamente.

Sus ojos miraron a Calgary de arriba abajo y observó los hombros ligeramente hundidos, el pelo con las primeras canas y el rostro delgado y sensible.

—¿De modo que es usted uno de los que fueron al polo Sur con la Hayes Bentley? No parece usted muy duro.

Arthur Calgary sonrió débilmente.

—Algunas veces, las apariencias engañan. Fui lo bastante duro

para hacerlo. No es sólo fuerza muscular lo que hace falta. Hay otros requisitos muy importantes: resistencia, paciencia, conocimientos técnicos…

—¿Qué edad tiene usted, cuarenta y cinco?

—Treinta y ocho.

—Representa más.

—Sí, sí, puede que sí.

Por un instante, le asaltó un sentimiento de tristeza muy agudo, al enfrentarse con la juventud acusadamente viril del muchacho.

—¿Por qué quería verme? —preguntó con cierta brusquedad.

El otro torció el gesto.

—Es natural, ¿no? Al enterarme de la noticia que trajo. La noticia sobre mi querido hermano.

Calgary no contestó.

—Le llegó un poco tarde al pobre, ¿verdad? —continuó Michael.

—Sí —manifestó Calgary en voz baja—. Demasiado tarde para él.

—¿Por qué cerró el pico? ¿Qué significa todo eso de la conmoción?

Pacientemente, Calgary se lo contó. Cosa extraña, la brusquedad y la descortesía del muchacho le resultaban reconfortantes. Por lo menos, había encontrado alguien que sentía gran interés por su hermano.

—Con eso Jacko tiene una coartada, ¿eh? ¿Cómo sabe usted que no se equivoca en lo de las horas?

—Estoy completamente seguro respecto a las horas —afirmó Calgary.

—Puede haberse equivocado. Ustedes los científicos son muy distraídos algunas veces con las cosas pequeñas, como horas y lugares.

Calgary mostró cierto regocijo.

—Se ha hecho usted una idea del distraído profesor de las novelas, que lleva los calcetines de distinto color y no sabe qué día es o por dónde anda, ¿verdad? Mi querido joven, el trabajo técnico requiere mucha precisión, cantidades exactas, horas, cálculos. Le aseguro que no existe la menor posibilidad de que haya cometido un error. Recogí a su hermano inmediatamente antes de las siete y lo dejé en Drymouth cinco minutos después de las siete y media.

—Su reloj podía andar mal. ¿O se fió usted del reloj del coche?

—Mi reloj y el reloj del coche estaban perfectamente sincronizados.

—Jacko pudo haberle dado gato por liebre de algún modo. Sabía muchos trucos.

—No hubo el menor truco. ¿Por qué tiene usted tanto interés en demostrar que estoy equivocado? Esperaba que quizá fuera difícil convencer a las autoridades de que habían condenado injustamente a un hombre. ¡No esperaba que su propia familia fuera tan difícil de convencer!

—¿De modo que nos ha encontrado a todos un poco difíciles de convencer?

—La reacción me pareció un poco anormal.

Micky fijó en él una mirada penetrante.

—¿No quisieron creerle?

—Así me lo pareció.

—No lo pareció solamente. Así fue. Y es natural, además, si se para usted a pensar un poco.

—¿Por qué? ¿Por qué es natural? Asesinan a su madre. Su hermano es acusado del asesinato y condenado. Ahora resulta que era inocente. Deberían estar ustedes contentos, agradecidos. Su propio hermano…

—No era mi hermano. Y ella no era mi madre.

—¿Cómo?

—¿Nadie se lo ha dicho? Todos éramos hijos adoptivos. Todos nosotros, Mary, mi «hermana» mayor, fue adoptada en Nueva York. El resto durante la guerra. Mi «madre», como usted la llama, no podía tener hijos propios. De modo que se buscó una bonita familia adoptiva. Mary, yo, Tina, Hester y Jacko. Un hogar confortable y lujoso y un derroche de amor maternal. Yo creo que al final llegó a olvidarse de que no éramos sus propios hijos. Pero tuvo mala suerte cuando escogió a Jacko para convertirlo en uno de sus queridos niñitos.

—No tenía la menor idea —dijo Calgary con energía.

Micky le miró y asintió.

—Bueno. Usted lo dice y nada le hará cambiar de opinión. Jacko no la mató. Muy bien, entonces, *¿quién la mató?* Eso no se le había ocurrido, ¿verdad? Piénselo ahora. Piénselo y empezará a

comprender lo que nos está haciendo a todos.

Giró sobre sus talones y salió bruscamente de la habitación.

CAPÍTULO IV

1

—Es usted muy amable al recibirme de nuevo, Mr. Marshall —manifestó Calgary en son de disculpa.

—Nada de eso.

—Como usted sabe, fui a Sunny Point y vi a la familia de Jacko Argyle.

—Sí.

—Supongo que a estas horas ya sabrá cómo se desarrolló la entrevista.

—Sí, doctor Calgary, supone usted bien.

—Lo que quizá le resulte difícil de comprender es por qué he vuelto aquí. Es que las cosas no resultaron exactamente como yo esperaba.

—No, no. Puede que no.

Su voz era como siempre, seca y desprovista de emoción, pero Calgary percibió algo en ella que le animó a continuar.

—Yo creía que aquello sería el final. Estaba preparado para encontrar cierto… cómo diría yo, cierto resentimiento natural por parte de ellos. Aunque aquella conmoción pueda considerarse un acto divino, se les podría perdonar que abrigaran cierto resentimiento contra mí, desde su punto de vista. Como digo, estaba preparado. Pero, al mismo tiempo, esperaba que quedaría compensado por la satisfacción que sentirían al saber que el nombre de Jacko Argyle iba a quedar impoluto. Pero las cosas no resultaron como yo imaginaba. En absoluto.

—Comprendo.

—Mr. Marshall, ¿suponía usted que iba a ocurrir algo así? Recuerdo que su actitud me desconcertó en mi primera visita. *¿Preveía* usted la actitud con que iba a encontrarme?

—Todavía no me ha dicho usted, doctor Calgary, cuál fue esa actitud.

Calgary acercó su silla.

—Yo creía que estaba *concluyendo* algo, que daría un final distinto a un capitulo ya escrito. Pero se me hizo sentir, se me hizo *ver* que, en lugar de «concluir» algo, lo estaba «empezando». Algo completamente nuevo. ¿Cree usted que esto describe con exactitud la postura que adoptaron?

Marshall asintió lentamente.

—Sí, puede expresarse así. Supuse, lo admito, que no se daba usted cuenta de las consecuencias. No podía esperarse que lo previera porque, naturalmente, no sabía nada de los antecedentes ni de los hechos, excepto lo que decían los informes legales.

—No. No, ahora lo veo. Ahora lo veo bien claro. —Alzó la voz con excitación—. No fue consuelo lo que sintieron en realidad, no fue satisfacción. Fue recelo. Miedo de lo que queda por venir. ¿Estoy en lo cierto?

—Yo diría que es probable que esté usted en lo cierto —señaló Marshall con cautela—. Claro que no hablo por conocimiento propio.

—Y de ser así —continuó Calgary—, no puedo volver a mi trabajo con la satisfacción de haber reparado en lo posible el daño hecho. Sigo complicado en el asunto. Soy responsable de haber introducido en las vidas de varias personas una preocupación nueva. No puedo lavarme las manos.

El abogado se aclaró la garganta.

—Ése, doctor Calgary, es un punto de vista un poco caprichoso.

—No estoy de acuerdo. Uno debe ser responsable de sus actos, y no sólo de sus *actos*, sino del *resultado* de sus actos. Hace dos años dejé subir en mi coche a un joven que iba haciendo autostop por la carretera. Al hacerlo, puse en marcha una serie de acontecimientos. No creo que pueda desentenderme de ellos.

El abogado meneó la cabeza.

—Muy bien —dijo Arthur Calgary, impaciente—. Llámelo punto

de vista caprichoso, si quiere. Pero mis sentimientos, mi conciencia, siguen complicados en el asunto. Mi único deseo era reparar algo que no había estado en mi mano evitar. No he reparado nada. En cierta manera, he puesto las cosas peor, haciendo sufrir a personas que ya han sufrido mucho. Pero sigo sin comprender claramente *porqué*.

—No, no puede usted comprender porqué. Durante los últimos dieciocho meses aproximadamente, no ha tenido usted contacto con la civilización. No leyó usted los periódicos, la información sobre el proceso criminal y los antecedentes de la familia. Puede que no los hubiera leído de todos modos, pero creo que no hubiera podido evitar *oír* hablar de todo ello. Los hechos son muy sencillos, doctor Calgary. No son confidenciales. Se hicieron públicos en su momento. El problema se concreta de este modo: Si Jacko Argyle no cometió el crimen (y, según su declaración, no puede haberlo cometido), *¿quién lo cometió?* Esto nos lleva de nuevo a las circunstancias en que el crimen fue cometido. Ocurrió una tarde de noviembre, entre las siete y las siete y media, en una casa donde la muerta estaba rodeada de los miembros de su familia. La casa estaba bien cerrada y, si alguien entró, tuvo que dejarle entrar la propia Mrs. Argyle o utilizar su propia llave. En otras palabras, tiene que haber sido una persona que conocía. Se parece, en ciertos aspectos, al caso Borden, en Estados Unidos. Mr. Borden y su esposa fueron asesinados a golpes de hacha un domingo por la mañana. Nadie en la casa oyó nada, nadie vio a nadie que se acercara a la casa. ¿Comprende, doctor Calgary, por qué la familia se sintió, según dice usted, más disgustada que consolada con la noticia que les dio?

—¿Quiere usted decir que preferirían que Jacko Argyle fuera culpable?

—¡Oh, sí! Sí, sin duda alguna. Si se me permite expresarme de un modo un tanto cínico, déjeme que le diga que Jack Argyle era la perfecta solución para el desagradable hecho de tener un asesino en la familia. Había sido un niño difícil, un delincuente juvenil y un hombre de carácter muy violento. Podía disculpársele y se le disculpó en el circulo familiar. ¡Pudieron sufrir por él, comprenderle, declararse a sí mismos, unos a otros y al mundo en general, que no había sido *realmente* culpa suya, que los psiquiatras

podían explicarlo! Sí, muy convincente.

—Y ahora… —Calgary dejó la frase sin terminar.

—Y ahora, es diferente, claro. Muy diferente. Puede decirse que es alarmante.

—También usted recibió mal la noticia, ¿verdad?

—Sí, tengo que admitirlo. Sí, tengo que admitir que me disgustó. Un caso que había terminado satisfactoriamente… sí, continuaré empleando esta palabra, tiene que ser revisado.

—¿Lo sabe usted oficialmente? —preguntó Calgary—. ¿Quiero decir que revisará el caso la policía?

—Oh, sin duda alguna. Cuando Jacko fue declarado culpable a la vista de las abrumadoras pruebas que le condenaban, el jurado estuvo deliberando un cuarto de hora tan sólo. El asunto terminó allí en lo que concierne a la policía. Pero ahora, al concederse la absolución póstuma, el caso se abre de nuevo.

—¿Y la policía volverá a investigar?

—Es casi seguro, creo yo. Claro que —añadió Marshall, frotándose la barbilla, pensativo— es dudoso que consigan ningún resultado práctico, después de tanto tiempo y dadas las peculiares características del caso. En mi opinión, no creo que lo consigan. Puede que sepan que alguien de la casa es culpable. Puede incluso que lleguen a tener una idea bastante clara de quién es ese alguien. Pero conseguir pruebas concretas no será fácil.

—Comprendo, comprendo. Sí, eso es lo que quiso decir.

El abogado preguntó vivamente:

—¿De quién está usted hablando?

—De la chica. De Hester Argyle.

—Ah, sí, Hester. ¿Qué le dijo? —preguntó con curiosidad.

—Habló de los inocentes. Dijo que no era el culpable el que importaba, sino los inocentes. Ahora comprendo lo que quiso decir.

Marshall clavó en él una mirada penetrante.

—Sí, es posible.

—Quiso decir exactamente lo que está usted diciendo. Quiso decir que de nuevo la familia será sospechosa.

—De nuevo, no —afirmó Marshall—. Antes no hubo *tiempo* de que la familia fuera sospechosa. Jack Argyle fue el único sospechoso desde el primer momento.

Calgary hizo un gesto, desechando la aclaración.

—La familia será sospechosa, y puede que siga siéndolo durante mucho tiempo, incluso durante toda la vida. Si uno de la familia es culpable, es posible que ellos mismos no sepan quién es. Se mirarán unos a otros preguntándose… sí, eso va a ser lo peor de todo. Ni siquiera ellos mismos sabrán *quién* fue.

Se produjo un silencio. Marshall observaba a Calgary con ojos tranquilos y penetrantes.

—Eso es terrible —dijo Calgary.

—Su rostro delgado y sensible mostraba una profunda emoción.

—Sí, es terrible. Seguir año tras año sin saber, mirándose los unos a los otros. Puede que la sospecha afecte a las relaciones familiares, destruya el cariño, destruya la confianza.

—¿No estará usted… ejem, cargando un poco las tintas?

—No. No lo creo. Permítame que le diga, Mr. Marshall, que puede que yo vea esto con mayor claridad que usted. Yo puedo imaginarme lo que esta situación va a significar.

De nuevo se produjo un momentáneo silencio.

—Significa —prosiguió Calgary— que son los inocentes los que van a sufrir. Y los inocentes no deben sufrir. Solamente el culpable. Es por eso por lo que no me es posible lavarme las manos. *No puedo largarme* y decir: «He hecho lo que debía hacer, he reparado el mal en la medida de lo posible, he servido a la causa de la justicia», porque lo que yo he probado *no* ha servido a la causa de la justicia. No ha probado la culpabilidad del asesino, no ha librado de sospechas a los inocentes.

—Creo que está usted excitándose indebidamente, doctor Calgary. Lo que dice tiene, sin duda, un fondo de verdad, pero no veo que… bueno, no veo qué es lo que puede usted hacer.

—No. Yo tampoco —respondió Calgary con franqueza—. Pero tengo que intentarlo. Por eso es por lo que he venido a verle, Mr. Marshall. Quiero… creo que tengo derecho a conocer los antecedentes.

—Ah, bueno —manifestó Marshall un poco más animado—. *Eso* no es ningún secreto. Puedo informarle a usted de todos los hechos que quiera saber. Es de lo único de que puedo informarle, de los hechos. Nunca he tenido gran intimidad con la familia. Nuestra firma ha actuado en nombre de Mrs. Argyle durante muchos años. Hemos cooperado con ella en el establecimiento de varios

fideicomisos y nos hemos ocupado de sus asuntos legales. A Mrs. Argyle en particular la conocía bastante bien y también a su marido. De la atmósfera de Sunny Point, del temperamento y el carácter de las diferentes personas que viven allí, sólo tengo un conocimiento de oídas, de Mrs. Argyle.

—Comprendo perfectamente todo eso, pero tengo que empezar por algo. Tengo entendido que los chicos no eran hijos suyos, que eran hijos adoptivos.

—Sí. El nombre de soltera de Mrs. Argyle era Rachel Konstam. Era hija única de Rudolph Konstam, un hombre muy rico. Su madre era norteamericana y también millonaria. Rudolph Konstam hacía muchas obras filantrópicas y educó a su hija de modo que se interesara en esas generosas actividades. Él y su esposa murieron en un accidente de aviación y Rachel dedicó entonces la gran fortuna que heredó de su padre y de su madre a lo que podemos llamar, en líneas generales, empresas filantrópicas. Se interesaba personalmente por estas obras de caridad y fundó varias instituciones de esta índole. Precisamente en estas últimas actividades conoció a Leo Argyle, que era profesor en Oxford, muy interesado en la reforma social y económica. Para que comprenda usted a Mrs. Argyle, tiene que tener en cuenta que la gran tragedia de su vida fue el no poder tener hijos. Como les ocurre a muchas mujeres, esta frustración fue gradualmente ensombreciendo su vida. Cuando, tras visitar a especialistas de todas clases, tuvo que abandonar las esperanzas de ser madre, buscó un paliativo. Primero adoptó a una niña de un barrio pobre de Nueva York, que es la actual Mrs. Durrant. Mrs. Argyle se dedicó casi por entero a obras de caridad relacionadas con niños. Al estallar la guerra de 1939 fundó, con los auspicios del ministerio de Sanidad, un asilo para huérfanos de guerra, y compró la casa que ha visitado usted, Sunny Point.

—Que entonces se llamaba Viper's Point.

—Sí, sí, ése era el nombre original. Sin embargo, puede que al final el nombre resulte más apropiado que el que ella escogió, Sunny Point. En 1940 tenía de doce a dieciséis niños, la mayoría de los cuales habían sido recogidos por personas poco recomendables o que no habían podido ser evacuados con sus familias. A esos chicos no les faltó nada. Se les proporcionó un hogar lujoso. Yo se lo

reproché, haciéndole ver que a aquellos niños, después de la guerra, les iba a ser difícil dejar aquel ambiente de lujo e independizarse. No me hizo caso. Les tenía mucho cariño y, por último, concibió el propósito de adoptar a algunos de ellos, a huérfanos o niños procedentes de hogares poco recomendables. Así formó una familia de cinco. Mary, casada con Philip Durrant; Michael, que trabaja en Drymouth; Tina, una mestiza; Hester; y Jacko, claro. Crecieron considerando a los Argyle como a sus propios padres. Se les dio la mejor educación que el dinero puede conseguir. Si el entorno familiar sirve de algo, deberían haber llegado lejos. Desde luego, tuvieron todas las ventajas. Jack, o Jacko, como le llamaban ellos, siempre dejó que desear. En su primer año en la universidad se metió en líos. En dos ocasiones se libró de la cárcel por muy poco. Siempre había tenido un carácter imposible. Pero creo que todo esto ya lo habrá intuido usted. Cometió dos desfalcos que fueron pagados por los Argyle. Dos veces emplearon dinero en ponerle un negocio y los dos negocios fracasaron. Después de su muerte, se le concedió una pensión a su viuda y continúan pasándosela.

Calgary se echó hacia delante, asombrado.

—*¿Su viuda?* Nadie me dijo que se hubiera casado.

—Vaya, vaya. —El abogado chasqueó los dedos irritado—. Ha sido una negligencia por mi parte. Naturalmente, usted no leyó los periódicos. No creo que nadie de la familia tuviera la menor idea de su casamiento. Inmediatamente después del arresto, su mujer se presentó en Sunny Point muy angustiada. Mr. Argyle estuvo muy amable con ella. Era una joven que había trabajado en el Palais de Danse de Drymouth. Probablemente olvidé decírselo porque se volvió a casar unas semanas después de la muerte de Jack. Creo que su actual marido es electricista en Drymouth.

—Tengo que ir a verla, —dijo Calgary. Y añadió, en tono de reproche—: Es la primera persona a quien debería haber visto.

—Por supuesto, por supuesto. Le daré la dirección. En realidad, no sé *por qué* no lo hice cuando su primera visita.

Calgary permaneció en silencio.

—Ella era un factor tan poco importante —prosiguió el abogado, disculpándose—. Ni siquiera los periódicos lo explotaron mucho. No fue nunca a visitarle a la cárcel ni se tomó por él el menor interés.

Calgary salió de su ensimismamiento.

—¿Puede decirme usted con exactitud quién estaba en la casa la noche que Mrs. Argyle fue asesinada?

Marshall le dirigió una mirada penetrante.

—Leo Argyle, naturalmente, y la hija menor, Hester. Mary Durrant y su esposo estaban de visita. Él acababa de salir del hospital. Estaba además Kirsten Lindstrom, a quien probablemente conoció usted. Es una enfermera y masajista sueca, que fue llamada a Sunny Point para ayudar a Mrs. Argyle en el orfanato y que sigue allí desde entonces. Michael y Tina no estaban. Michael trabaja como vendedor de coches en Drymouth, y Tina tiene un empleo en la biblioteca municipal de Redmyn. Vive allí en un piso. Estaba también miss Vaughan, la secretaria de Mr. Argyle, pero se había marchado de la casa cuando descubrieron el cadáver.

—También la conocí —dijo Calgary—. Parece tenerle mucho afecto a Mr. Argyle.

—Sí, sí. Creo que pronto se anunciará el compromiso.

—¡Ah!

—Él estaba muy solo desde que murió su esposa —comentó el abogado con un matiz de reprobación en la voz.

—Claro. ¿Y quién tenía motivos para desear su muerte?

—¡Querido doctor Calgary, no debería especular sobre eso!

—Yo creo que sí. Como usted dijo, los hechos están al alcance de todos.

—No había un beneficio económico directo para ninguno de ellos. Mrs. Argyle había establecido una serie de fideicomisos discrecionales, fórmula que se emplea mucho en estos días. Los beneficiarios de estos fideicomisos son todos los chicos. Son administrados por tres depositarios. Yo soy uno de ellos, Leo Argyle es otro y el tercero es un abogado norteamericano, pariente lejano de Mrs. Argyle. Los tres depositarios administramos el dinero, una cantidad muy importante, de modo que beneficie a aquellos que más lo necesiten.

—¿Y Mr. Argyle? ¿Se benefició económicamente con la muerte de su esposa?

—No mucho. La mayor parte del dinero, como le he dicho, está en los fideicomisos. A él le dejó el resto de su fortuna, pero no supone gran cosa.

—¿Y miss Lindstrom?

—Mrs. Argyle le concedió una pensión vitalicia muy generosa varios años antes. —Marshall añadió, irritado—: ¿Motivo? No veo que nadie tuviera el menor motivo. Desde luego, nadie tenía motivos económicos.

—¿Y en cuanto a las relaciones personales? ¿Había algún roce?

—En eso, siento mucho no poder ayudarle. Nunca me he ocupado de su vida familiar.

—¿Conoce usted a alguien que haya podido hacerlo?

Marshall se quedó pensativo un momento. Luego dijo con desgana:

—Puede ir usted a ver al médico de la localidad. El doctor… MacMaster, creo que se llama. Está retirado ahora, pero sigue viviendo en la vecindad. Era el médico encargado del orfanato. Debe haber visto y oído muchas cosas sobre la vida en Sunny Point. Que pueda convencerle de que le cuente algo o no es cosa suya. Pero creo que si quisiera podría ser útil. Aunque perdone que le hable así, ¿cree usted posible llevar a cabo algo que no consiga la policía con mucha mayor facilidad?

—No lo sé. Probablemente, no. Pero lo que sí sé es que tengo que intentarlo. Sí, tengo que intentarlo.

CAPÍTULO V

1

Las cejas del jefe de policía local se enarcaron lentamente en un vano intento de alcanzar la línea del pelo gris que empezaba a clarear. Miró el techo y luego los papeles que tenía en el escritorio.

—¡No hay palabras para describirlo!

El joven, cuya ocupación consistía en contestar adecuadamente al jefe, dijo:

—Sí, señor.

—Nos ha tocado un buen hueso —murmuró el comandante Finney, dando golpecitos con los dedos en la mesa—. ¿Está aquí Huish?

—Sí, señor. El superintendente Huish ha llegado hace unos cinco minutos.

—Bien. Dígale que venga.

El superintendente Huish era un hombre alto, de aspecto tristón. Era tan profundo su aire de melancolía que nadie hubiera creído que pudiera ser el alma de las reuniones infantiles a las que asistía, contando chistes y sacando monedas de las orejas de los pequeños, con gran regocijo por parte de ellos.

—Bueno, Huish, nos ha tocado un buen hueso. ¿Qué opina usted?

El superintendente Huish respiró profundamente y se sentó en la silla que le indicaban.

—Parece que hace dos años cometimos un error. Ese individuo… ¿cómo se llama?

Finney rebuscó en los papeles.

—Calory… No, Calgary. Una especie de profesor. Uno de esos tipos despistados. Esa gente suele ser poco fiable respecto a horas y todo eso, ¿no?

En su voz había quizás un ruego que Huish no atendió.

—Tengo entendido que es una especie de científico.

—¿De modo que según usted debemos aceptar su versión?

—Parece ser que sir Reginald la aceptó, y no creo que *a él* se le pase nada.

Esta frase era un tributo al fiscal en jefe.

—No —dijo el comandante Finney de mala gana—. Si el fiscal está convencido, supongo que tendremos que aceptarlo. Eso significa revisar el caso. ¿Tiene usted ahí los datos pertinentes?

—Sí, señor. Aquí los tengo.

El superintendente extendió en la mesa varios documentos.

—¿Los ha examinado?

—Sí, señor, los examiné anoche. Los tenía bastante frescos en la memoria. Después de todo, no hace tanto tiempo.

—Bueno, vamos con ello, Huish. ¿Dónde estamos?

—Otra vez en el principio, señor. Lo malo es que *entonces* no hubo ni la menor duda.

—No. Parecía un caso clarísimo. No crea usted que estoy censurándole, Huish. Yo estaba con usted por completo.

—La verdad es que no podíamos creer otra cosa —señaló Huish pensativamente—. Recibimos una llamada, diciendo que la habían matado. Nos informamos de que el chico había estado allí, amenazándola, y luego las huellas dactilares encontradas en el atizador, y el dinero. Lo cogimos casi inmediatamente y llevaba el dinero encima.

—¿Qué impresión le causó a usted en aquel momento?

Huish consideró la cuestión.

—Mala. Insolente y con todas las respuestas a punto. Salió en seguida hablando de las horas y de sus coartadas. Descarado. Ya conoce usted el tipo. Los asesinos suelen ser descarados. ¡Se creen tan inteligentes! Creen que hagan lo que hagan *a ellos* les saldrán bien las cosas, aunque a los demás les salgan mal. Mala persona de pies a cabeza.

—Sí —concedió Finney—. Mala persona. Todo su historial lo

demuestra. Pero ¿se convenció usted en seguida de que era un asesino?

—No es una cosa de la que pueda uno estar seguro. Yo diría que pertenecía al tipo de los que suelen terminar en asesinos. Como Harmon, en 1938. En su largo historial figuraban robos de bicicletas, estafas, fraudes a mujeres de edad y, por último, mata a una mujer, la mete en ácido, se queda muy satisfecho de sí mismo y empieza a tomarlo por costumbre. Consideré a Jacko como uno de ese tipo.

—Al parecer —opinó el jefe lentamente— estábamos equivocados.

—Sí, sí, estábamos equivocados. Y el chico ha muerto. Mal asunto. Pero fíjese en lo que le digo —añadió con repentina animación—, era una mala persona de pies a cabeza. Puede que no haya sido un asesino, no lo ha sido, desde luego, según vemos ahora, pero sí un mal bicho.

—Bueno, vamos, diga —le espetó Finney—: ¿quién la mató? Dice usted que estuvo examinando el caso anoche. Alguien tuvo que matarla. No pudo darse ella misma en la nuca con el atizador. Alguien lo hizo. ¿Quién fue?

El superintendente Huish suspiró y se echó hacia atrás en la silla.

—No sé si llegaremos a saberlo nunca.

—¿Lo considera usted tan difícil?

—Sí, porque el rastro se ha perdido, porque poca información vamos a obtener y porque creo que nunca hubiéramos podido conseguir mucha.

—¿Quiere decir que fue alguien de la casa, un allegado?

—No sé qué otra persona pudo haber sido. O fue alguien de la casa o alguien a quien ella abrió la puerta y dejó entrar. Los Argyle son de esas personas que lo cierran todo a cal y canto. Cerrojos en las ventanas, cadenas, cerraduras adicionales en la puerta principal. Habían entrado a robarles un par de años antes y eso hacía que temieran a los ladrones. Lo malo es, señor, que en aquel entonces no investigamos nada más por otro lado. Estaba clarísimo que Jacko era el asesino, pero ahora vemos que el verdadero asesino se aprovechó de la ocasión.

—Se aprovechó del hecho de que el chico había estado allí, de

que había discutido con ella y la había amenazado.

—Sí. Todo lo que tuvo que hacer el asesino fue entrar en la habitación, coger el atizador con las manos enguantadas del lugar donde Jacko lo había tirado, acercarse a la mesa donde Mrs. Argyle estaba tranquilamente escribiendo y propinarle un golpe en la cabeza.

El comandante Finney se limitó a pronunciar dos palabras:

—¿Por qué?

El superintendente Huish asintió lentamente.

—Eso es lo que tenemos que averiguar, señor. Ésta será una de las dificultades: la falta de motivo.

—Entonces no parecía que nadie tuviera el menor motivo —señaló el jefe de policía—. Como la mayoría de las personas que tienen propiedades y una cuantiosa fortuna, empleó todos los recursos legales para evitar los derechos reales. Ya había un fideicomiso y los chicos estaban bien asegurados económicamente. No ganaron nada con su muerte. Y tampoco se trataba de una mujer desagradable, regañona o dominante. Nunca les negó nada: buena educación, capitales para emprender negocios y asignaciones importantes a todos ellos. Afecto, bondad, benevolencia.

—Es bien cierto, señor. Parece que no había razón para que nadie quisiera matarla. Claro que…

—¿Diga, Huish?

—Tengo entendido que Mr. Argyle piensa volverse a casar. Con miss Gwenda Vaughan, su secretaria desde hace años.

—Sí —consintió Finney pensativo—. Me figuro que ése sería un motivo del que no teníamos ni idea entonces. Dice usted que ha trabajado con él desde hace años. ¿Cree usted que había algo entre ellos cuando se cometió el asesinato?

—Lo dudo, señor. Esas cosas siempre dan que hablar en los pueblos. Quiero decir que nada de citas secretas. Nada que Mrs. Argyle pudiera haber descubierto y que la hubiera disgustado.

—No, pero puede que deseara muchísimo poder casarse con Gwenda Vaughan.

—Es una joven guapa. Nada espectacular, pero elegante, atractiva y con un trato agradable.

—Probablemente hace años que le quiere. Esas secretarias parece que siempre tienen que enamorarse de sus jefes.

—Bueno, tenemos un motivo para esos dos —señaló Huish—. Luego está la criada, la sueca. Quizá no quería a Mrs. Argyle tanto como aparentaba, o que estuviera resentida por desaires o supuestos desaires de Mrs. Argyle. No se benefició económicamente con la muerte, porque Mrs. Argyle había establecido para ella una generosa renta anual. *Parece* una mujer agradable, inteligente, no la clase de persona que puede uno imaginarse golpeando a nadie en la cabeza con un atizador. Pero nunca se sabe, ¿verdad? Fíjese en el caso de Lizzie Borden.

—No, nunca se sabe. ¿No hay la menor posibilidad de que se tratara de un extraño?

—No se encontraron rastros de ninguno. El cajón del que se llevaron el dinero estaba fuera de su sitio. El asesino trató de hacer creer que había entrado un ladrón, pero fue un trabajo de aficionado. Encaja perfectamente con la idea de que fue Jack el que trató de lograr ese efecto.

—Lo que me extraña es el dinero.

—Sí. Eso es difícil de entender. Uno de los billetes de cinco libras en posesión de Jack Argyle era, sin duda alguna, uno de los que le dieron a Mrs. Argyle aquella mañana en el banco. En el reverso tenía escrito el nombre de Mrs. Bottleberry. *Él* dijo que su madre le había dado el dinero, pero tanto Mr. Argyle como Gwenda Vaughan afirmaron que Mrs. Argyle entró en la biblioteca a las siete menos cuarto y les dijo que Jacko le había pedido dinero y afirmó de modo rotundo que se había negado a darle un penique.

—Es posible, naturalmente, sabiendo lo que sabemos ahora, que Argyle y la chica estuvieran mintiendo.

—Sí, cabe esa posibilidad. O a lo mejor… —El superintendente se calló de pronto.

—Diga, Huish —le animó Finney.

—Vamos a suponer que alguien, a quien llamaremos por el momento X, oyó la disputa y las amenazas de Jacko. Supongamos que ese alguien vio allí una oportunidad. Cogió el dinero, salió corriendo tras el chico, le dijo que su madre, a pesar de todo, había decidido dárselo y, así, preparó el terreno para envolver a Jacko en una trampa habilísima. Luego utilizó, con mucho cuidado para no borrar las huellas, el atizador que él había cogido para amenazar a Mrs. Argyle.

—Maldita sea. Nada de eso parece encajar con lo que sé de la familia. ¿Quién más había en la casa aquella noche, además de Argyle, Gwenda Vaughan, Hester Argyle y esa Lindstrom?

—La hija mayor, la casada, Mary Durrant, y su marido, estaban pasando allí unos días.

—Él está inválido, ¿verdad? Eso le deja al margen. ¿Y qué me dice de Mary Durrant?

—Es una mujer que parece muy tranquila, señor. No puede uno imaginársela excitada o… bueno, o matando a nadie.

—¿Y las criadas? —preguntó el jefe.

—Todas eran asistentas, señor, y a las seis ya se habían ido a sus casas.

—Déjeme que eche un vistazo a las horas.

El superintendente le tendió el papel.

—Hum, sí, ya veo. A las siete menos cuarto, Mrs. Argyle estaba en la biblioteca, contándole a su marido las amenazas de Jacko. Gwenda Vaughan estuvo presente durante parte de la conversación, y se marchó a su casa inmediatamente después de las siete. Hester Argyle vio viva a su madre dos o tres minutos antes de las siete. Después, nadie vio a Mrs. Argyle hasta que su cadáver fue descubierto por miss Lindstrom. Entre las siete y las siete y media hubo muchas oportunidades: Hester pudo haberla matado, Gwenda Vaughan pudo hacerlo después de salir de la biblioteca y antes de abandonar la casa. Miss Lindstrom pudo haberla matado «al descubrir el cadáver». Leo Argyle estuvo solo en la biblioteca desde las siete y diez hasta que miss Lindstrom dio la voz de alarma. Pudo haber ido a la sala de su esposa y matarla en esos veinte minutos. Mary Durrant, que estaba en el piso de arriba, pudo haber bajado y matar a su madre en esa media hora. Y la propia Mrs. Argyle pudo haber dejado entrar a alguien por la puerta principal, tal como creíamos que había dejado entrar a Jacko. Leo Argyle manifestó, como recordará usted, que *le pareció* oír el timbre de la puerta y el ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse, pero no estaba seguro respecto a la hora. Sacamos la conclusión de que había sido entonces cuando Jacko había vuelto y la había matado.

—Él no tenía necesidad de haber llamado. Tenía llave. Todos la tenían.

—Tienen otro hermano, ¿verdad?

—Sí, señor, Michael. Trabaja como vendedor de coches en Drymouth.

—Será mejor que se entere usted de lo que estuvo haciendo aquella noche.

—¿Después de dos años? —interrogó el superintendente Huish —. No es probable que nadie lo recuerde, ¿no le parece?

—¿No se lo preguntó entonces?

—Si no recuerdo mal, estaba probando el coche de un cliente. No había motivo para sospechar de él entonces, pero también tenía llave. Por tanto, *pudo* entrar y matarla.

El jefe suspiró.

—No sé por dónde va usted a empezar, Huish. No creo que podamos conseguir nada.

—Me gustaría saber quién la mató. Tengo entendido que era una mujer muy buena. Hizo mucho bien en su vida. Ayudó a los niños desgraciados y colaboró en toda clase de obras caritativas. Una persona como ésa no merece ser asesinada. Sí, me gustaría saberlo. Aunque no consigamos pruebas suficientes para satisfacer al fiscal en jefe, me gustaría *saberlo*.

—Bueno, le deseo mucha suerte, Huish. Afortunadamente, no tenemos gran cosa entre manos por el momento, pero no se desanime si no obtiene resultados prácticos. El rastro está muy frío. Sí, muy frío.

CAPÍTULO VI

1

En el cine se encendieron las luces y en la pantalla aparecieron los anuncios. Las vendedoras se pasearon por los pasillos, con las limonadas y los helados.

Arthur Calgary las observó con atención. Una de las vendedoras era una muchacha rellenita, de pelo castaño, otra era alta y morena y, una tercera, era bajita y rubia. A esta última era a la que había venido a ver. La mujer de Jacko. La viuda de Jacko, ahora esposa de un hombre llamado Joe Clegg. Tenía una cara bonita, más bien insulsa y muy maquillada, las cejas depiladas y el pelo horrible y tieso por culpa de una permanente barata. Arthur Calgary le compró un vasito de helado. Tenía la dirección de su casa y pensaba ir a visitarla, pero había querido verla antes, sin que ella supiera quién era. Bueno, allí estaba. Desde luego, no era la clase de nuera que le hubiera gustado a Mrs. Argyle. Seguramente habría sido por eso por lo que Jacko la había mantenido oculta.

Suspiró, escondió con cuidado el vasito debajo de la butaca y se recostó en su asiento, mientras las luces se apagaban y empezaba la proyección de una nueva película. Poco después se levantó y salió del cine.

A las once de la mañana siguiente se presentó en la casa cuya dirección le habían dado. Un chico de unos dieciséis años abrió la puerta y, en respuesta a la pregunta de Calgary, contestó:

—¿Los Clegg? En el último.

Calgary subió las escaleras. Llamó a una puerta y Maureen Clegg

abrió. Sin su elegante uniforme y con el rostro sin maquillar parecía otra persona. Tenía una carita de tonta, agradable, pero nada interesante. Le miró indecisa, frunciendo el entrecejo con desconfianza.

—Me llamo Calgary. Supongo que habrá recibido usted una carta de Mr. Marshall hablándole de mí.

Su rostro se iluminó.

—¡Ah, es usted! Pase, por favor. —Se hizo a un lado para dejarle pasar—. Perdone el desorden. Todavía no he tenido tiempo de meterme con la casa. —Recogió de una silla unas prendas sucias y despejó los restos del desayuno—. Siéntese. Es usted muy amable al venir.

—Creí que era lo menos que podía hacer.

Ella soltó una risita un poco nerviosa, como si no comprendiera bien lo que él quería decir.

—Mr. Marshall me escribió diciéndome que la historia que Jackie había inventado a fin de cuentas era cierta. Que fue verdad que alguien *le llevó* en coche hasta Drymouth. Así que fue usted quien le llevó, ¿eh?

—Sí. Fui yo.

—No puedo quitármelo de la cabeza. Joe y yo nos pasamos casi toda la noche hablando de ello. La verdad es que parece cosa de película. Hace dos años ¿verdad? O casi.

—Sí, alrededor de dos años.

—Es de esas cosas que ve uno en el cine y dice que son tonterías, que en la vida real no ocurren. ¡Y ahora mire! ¡Mire si ocurren! En cierto sentido es emocionante, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

Calgary la observaba con una vaga sensación de pena.

Ella siguió parloteando muy contenta.

—Y el pobre Jackie muerto y sin poder enterarse. Cogió una neumonía en la cárcel, ¿sabe? Yo creo que fue la humedad o algo así, ¿no le parece?

Calgary pensó que Mrs. Clegg se había hecho una idea muy prístina y romántica de la cárcel. Mazmorras subterráneas donde las ratas le mordían a uno los dedos de los pies.

—La verdad es que entonces —continuó ella— me pareció que morirse fue lo mejor que le podía pasar.

—Sí, me lo figuro. Sí, me figuro que debe haberle parecido lo mejor.

—Quiero decir que allí, en la cárcel, encerrado durante años y años, Joe dijo que lo mejor que podía hacer era divorciarme de él, y estaba a punto de iniciar los trámites.

—¿Quería usted divorciarse?

—Bueno, no tiene objeto estar atada a un hombre que se va a pasar tantos años en la cárcel, ¿verdad? Además, aunque le tenía cariño y todo eso, Jackie no era lo que se llama un hombre formal. Nunca creí que nuestro matrimonio fuera realmente a durar mucho.

—¿Había empezado ya a tramitar su divorcio cuando murió?

—Sí, en cierto modo. Quiero decir que había ido a ver a un abogado. Joe me hizo ir. Claro. Joe nunca había podido aguantar a Jackie.

—¿Joe es su marido?

—Sí. Es electricista. Tiene un empleo muy bueno y le aprecian mucho. Siempre me decía que Jackie no era bueno, pero claro, yo entonces no era mas que una chiquilla y no tenía cabeza. Jackie tenía su atractivo, ¿sabe?

—Eso parece, por lo que me han dicho.

—Era estupendo para ganarse a las mujeres. No sé por qué, la verdad. No era guapo ni nada de eso. Yo le llamaba muchas veces cara de mono. Pero, con todo, tenía su atractivo. Le hacía a una hacer todo lo que él quería. No crea que en una o dos ocasiones eso nos vino muy bien. Recién casados se metió en un lío en el garaje donde trabajaba, por culpa de no sé qué trabajo que había hecho en el coche de un cliente. Nunca lo entendí bien. Bueno, el caso es que el jefe estaba furioso. Pero Jackie engatusó a la mujer del jefe. Era una vieja. Debía de andar cerca de los cincuenta, pero Jackie empezó a decirle cosas, haciéndole la rosca hasta que la mujer ya no sabía por dónde andaba. Al final hubiera hecho por él lo que fuera. Luego ella engatusó a su marido y le convenció de que no denunciara a Jackie si le devolvía el dinero. ¡El pobre nunca supo de dónde salió el dinero! Fue su propia mujer la que se lo dio. ¡Lo que nos reímos Jackie y yo!

Calgary la miró con cierta repulsión.

—¿Era tan divertido?

—Sí, ¿no le hace gracia? Fue la monda. Una vieja como aquella

loca por Jackie y dándole sus ahorros.

Calgary suspiró. Las cosas nunca eran como uno imaginaba, pensó. Cada vez le resultaba menos atractivo el hombre cuyo nombre se había tomado tanto trabajo en reivindicar. No le faltaba mucho para comprender y compartir el punto de vista que tanto le había extrañado en Sunny Point.

—Mrs. Clegg, he venido únicamente para ver si había algo que pudiera… bueno, que pudiera hacer por usted para compensarla de lo ocurrido.

Maureen Clegg pareció un poco desconcertada.

—Vaya, es usted muy amable. Pero ¿por qué tiene usted que hacer nada? No necesitamos nada. Joe gana un buen sueldo y yo tengo mi empleo. Vendo helados y refrescos en el Picturedrome.

—Sí, ya lo sé.

—Vamos a comprar una tele el mes que viene —continuó la chica con orgullo.

—Me alegro mucho, más de lo que puedo expresar con palabras, de que este… este desgraciado asunto no haya dejado en usted… bueno, una sombra permanente.

Cada vez le resultaba más difícil encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a aquella chica que había estado casada con Jacko. Todo lo que decía resultaba pomposo, artificial. ¿Por qué no podía hablarle con naturalidad?

—Tenía miedo de que hubiera sido un disgusto horrible para usted.

Ella se le quedó mirando con sus ojos grandes y azules, que expresaban incomprensión total.

—Fue espantoso entonces. Todos los vecinos murmurando y la preocupación, aunque tengo que reconocer que la policía se portó muy bien. Me hablaron con mucha educación y fueron siempre muy agradables.

Él se preguntó si le habría causado el menor dolor la muerte de su marido. Bruscamente, le hizo una pregunta.

—¿Creyó usted que había sido él?

—¿Quiere usted decir si creí que había matado a su madre?

—Sí, eso es.

—Bueno, la verdad, sí. Me figuro que sí lo creí, en cierto modo. Claro, él *dijo* que no lo había hecho, pero nunca se podía creer nada

de lo que decía Jackie, y parecía como si lo hubiera hecho. ¿Sabe usted? Jackie se ponía a veces horrible si se enfrentaba una con él. Sabía que estaba metido en algún lío. No me dijo gran cosa y se puso a decir palabrotas cuando le pregunté qué le pasaba. Pero aquel día salió y dijo que todo iba a arreglarse, que su madre iba a soltar el dinero. Que tendría que soltarlo. Y yo le creí, claro.

—Creo que no le dijo nada a su familia de que se había casado con usted. ¿No los conocía usted?

—No. Eran gente de postín, ¿sabe usted? Con una casa muy grande y todo eso. No me hubieran recibido muy bien. Jackie pensó que era mejor mantenerlo en secreto. Además, dijo que, si me llevaba allí, su madre querría gobernar mi vida como gobernaba la suya. Dijo que no podía remediarlo, que tenía que gobernar a todo el mundo y que él ya estaba harto. Dijo que nos arreglábamos muy bien como estábamos.

No parecía sentir el menor resentimiento sino que, por el contrario, encontraba completamente natural la conducta de su difunto marido.

—Debió de ser un golpe duro para usted cuando lo arrestaron, ¿no es cierto?

—Bueno, claro. ¿Cómo *podía* haber hecho semejante cosa? Pero, me decía a mí misma, no se puede negar que siempre tuvo un genio terrible cuando alguien le molestaba.

—Vamos a decirlo de otro modo. ¿No le sorprendió a usted nada que su marido hubiera golpeado a su madre en la cabeza con el atizador y le robara una elevada suma de dinero?

—Bueno, señor… ejem, Calgary, perdone que le diga que eso es ponerlo de un modo bastante desagradable. No creo que pensara darle tan fuerte. No creo que quisiera matarla. Ella se negó a darle el dinero, él cogió el atizador y la amenazó y como ella no cedió, él perdió el control y la golpeó. No creo que quisiera matarla. Fue mala suerte. Le hacía mucha falta el dinero. Si no lo conseguía, hubiera ido a la cárcel.

—¿De modo que usted no lo censuró?

—Bueno, claro que lo censuré. No me gustan todas esas violencias. ¡Y además con su propia madre! Me pareció que estaba muy mal hecho. Empecé a pensar que Joe tenía razón cuando me decía que no debería haberle hecho caso a Jackie. Pero ya sabe

usted cómo son las cosas. ¡Nos es tan difícil a las chicas saber lo que queremos! Joe, sabe, siempre había sido de los constantes. Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Jackie era distinto. Era educado y todo eso. Además, parecía muy rico, siempre tirando el dinero. Y también, claro, tenía su atractivo, como ya le he dicho. Sabía cómo ganarse a todo el mundo. A mí me conquistó por completo. «Ya verás cómo te arrepientes, chica», me decía Joe. Yo creí que era porque estaba celoso. Pero, a fin de cuentas, resulta que Joe tenía toda la razón.

Calgary la miró. No estaba seguro de que Maureen hubiera comprendido todavía todo lo que su historia significaba.

—¿Tenía razón en qué sentido? —preguntó un tanto extrañado.

—Bueno, metiéndome en el lío en que me metió. Vamos, mi familia siempre había sido respetable. Mi madre nos educó muy bien. Nunca habíamos tenido líos ni habíamos dado que hablar ¡Y de pronto, la policía arresta a mi marido! Y todos los vecinos se enteraron. Salió en todos los periódicos. En el *News of the World* y en todos los demás. Y tantos periodistas que venían a hacer preguntas. Me puso en una situación muy desagradable.

—Pero ¿no se da cuenta de que no era culpable? —replicó Calgary.

Por un momento, su cara bonita pareció aturdida.

—¡No, claro! Me olvidaba. Pero, de todos modos… bueno, quiero decir que fue allí y armó un lío, la amenazó y todo eso. Si no hubiera sido por eso, no lo hubieran arrestado, ¿verdad?

—No. Eso es cierto.

Posiblemente, pensó, aquella muchacha bonita y tonta era más realista que él.

—¡Oh, fue espantoso! —continuó Maureen—. No sabía *qué* hacer. Y entonces mamá dijo que lo mejor era ir en seguida a ver a su familia. «Hija, tienes que hacer algo por tus derechos y es mejor que les demuestres que sabes hacerlos valer». Así que allí me fui. Fue esa señora extranjera la que me abrió la puerta y, al principio, no podía hacérselo comprender. Parecía como si no pudiera creerlo. No hacía más que decir: «Es imposible. Es completamente imposible que Jacko se haya casado *con usted*». De veras, eso me dolió un poco. Y yo le dije: «Pues bien casados que estamos, y no en el registro, sino por la iglesia». ¡Mamá quiso que nos casáramos por la

iglesia! Y ella dijo: «No es cierto. No lo creo», Y entonces vino Mr. Argyle y él sí estuvo muy amable. Me dijo que no me preocupara más que de lo indispensable y que se haría todo lo posible por defender a Jackie. Me preguntó cómo andaba de dinero y me mandó todas las semanas una cantidad respetable. Sigue mandándomela todavía ahora. A Joe no le gusta, pero yo le digo: «No seas tonto. Ellos pueden permitírselo, ¿verdad?». También me mandó un cheque por una cantidad muy bonita de regalo de boda, cuando Joe y yo nos casamos. Y dijo que se alegraba mucho y que esperaba que este matrimonio fuera más feliz que el otro. Sí, es muy buena persona Mr. Argyle.

Volvió la cabeza al abrirse la puerta.

—Ah. Aquí está Joe.

Joe era un joven rubio de labios finos. Recibió las explicaciones de Maureen y la presentación con el entrecejo ligeramente fruncido.

—Creía que todo eso se había terminado —manifestó en tono reprobatorio—. Perdone que hable así, señor. Pero no es bueno andar revolviendo el pasado. Eso es lo que yo pienso. Maureen tuvo mala suerte, y no hay más que hablar de eso…

—Sí. Comprendo muy bien su punto de vista.

—Claro, nunca debía haber tenido tratos con semejante tipo. *Yo sabía* que no era buena persona. Ya se hablaba de él entonces. Había estado dos veces en libertad bajo palabra. Cuando empiezan así, no se detienen. Primero cometen una estafa o les sacan a las mujeres sus ahorros, y terminan asesinando.

—Pero en este caso, Jack no la asesinó.

—Sí, eso dice usted. —Por el tono de su voz, Clegg demostraba que no estaba convencido en absoluto.

—Jack Argyle tiene una coartada perfecta para la hora en que el crimen fue cometido. Estaba en mi coche camino de Drymouth. Así que ya ve, Mr. Clegg: no hay posibilidad de que cometiera este crimen.

—Puede que no, señor. Pero, de todos modos, no está bien desenterrar otra vez el asunto, y perdone que se lo diga. Después de todo, él está muerto y ya no le importa nada. Y otra vez los vecinos empezarán a hablar y a pensar.

Calgary se levantó.

—Bueno, desde su punto de vista, usted lo considera así. Pero

existe algo llamado justicia, Mr. Clegg.

—Siempre he creído que los juicios en Inglaterra son la cosa más justa del mundo.

—Incluso el mejor sistema del mundo puede cometer un error —señaló Calgary—. Después de todo, la justicia está en manos de hombres y los hombres son falibles.

Después de separarse de ellos, mientras caminaba por la calle, se sintió más turbado de lo que suponía. ¿Hubiera sido mejor, se dijo a sí mismo, que los acontecimientos de aquel día continuaran en el olvido? Después de todo, según acaba de decir aquel presumido de labios apretados, el chico estaba muerto. Estaba ya ante un juez que no comete errores. Que se le recordara como un asesino o simplemente como un ladronzuelo, a él le daba ya lo mismo.

De pronto, una oleada de ira le invadió.

«Pero a *alguien* debe importarle —pensó—. Alguien debe alegrarse. ¿Por qué no se alegran? Esta chica, bueno, lo comprendo perfectamente. Puede que se haya entusiasmado por Jacko, pero nunca lo quiso realmente. Probablemente no es capaz de querer a nadie. ¡Pero los otros! Su padre, su hermana, su niñera, deberían alegrarse. Deberían haber pensado un poco en él antes de empezar a temer por sí mismos. Sí, a alguien debería haberle importado».

2

—¿Miss Argyle? Allí, en la segunda mesa.

Calgary se quedó un momento observándola.

Pulcra, pequeña, muy tranquila y eficiente. Llevaba un vestido azul oscuro, con cuello y puños blancos. Su cabello negro azulado estaba recogido en la nuca en un pulcro moño. Su piel era oscura, más oscura de lo que nunca podría ser una piel inglesa. También sus huesos eran más pequeños. Aquella era la chiquilla mestiza que Mrs. Argyle había adoptado como hija.

Los ojos que alzó hacia los suyos eran negros y opacos. Eran unos ojos que no decían nada.

Habló con voz baja y amable:

—¿Quería usted algo?

—¿Es usted miss Argyle? ¿Miss Christine Argyle?

—Sí.

—Yo soy Calgary, Arthur Calgary. Puede que haya oído usted…

—Sí, he oído hablar de usted. Mi padre me escribió.

—Me gustaría mucho hablar con usted.

Ella echó una ojeada al reloj de pared.

—La biblioteca cierra dentro de media hora. ¿Puede usted esperar hasta entonces?

—Desde luego. ¿Podría venir usted conmigo a tomar una taza de té en algún sitio?

—Gracias. —Se volvió hacia un hombre que había entrado detrás de Calgary—. ¿Quería usted algo?

Arthur Calgary se alejó. Anduvo dando vueltas por la biblioteca, examinando el contenido de los estantes, observando todo el tiempo a Tina Argyle. Continuaba igual de tranquila, competente, impasible. A Calgary se le hizo larga la media hora, pero por último sonó un timbre y Tina le hizo una seña.

—Me reuniré con usted fuera dentro de unos minutos.

No le hizo esperar. No llevaba sombrero, pero se había puesto un abrigo grueso y oscuro. Calgary le preguntó a dónde podían ir.

—No conozco muy bien Redmyn.

—Hay un salón de té cerca de la catedral. No está muy bien, pero precisamente por eso está menos lleno que los demás.

Poco después estaban sentados ante una pequeña mesa y una camarera reseca, de aspecto aburrido, les atendió sin el menor entusiasmo.

—El té no es muy bueno —comentó Tina en son de disculpa—, pero me pareció que quizá le gustaría estar en un sitio relativamente tranquilo.

—Exactamente. Le explicaré las razones que tengo para haber venido a verla. He conocido ya a los demás miembros de la familia, incluyendo a la mujer de su hermano Jacko, a su viuda. Usted era la única de la familia a quien no conocía. Bueno, me falta también su hermana, la casada, claro.

—¿Cree usted necesario conocerlos a todos?

Lo dijo muy cortésmente, pero con un desapego que hizo que Calgary se sintiera un poco incómodo.

—Desde luego, no se trata de una necesidad social —concedió

en tono breve—. Tampoco es simple curiosidad. (¿No era curiosidad?). Sólo quería expresar personalmente a todos ustedes lo mucho que siento no haber podido demostrar la inocencia de su hermano cuando fue juzgado.

—Comprendo.

—¿Le quería usted?

Ella meditó un momento.

—No, no quería a Jacko.

—Sin embargo, todo el mundo me dice que tenía gran atractivo.

Ella dijo claramente, pero sin pasión:

—Ni confiaba en él ni le quería.

—¿Nunca tuvo usted, perdone la pregunta, ninguna duda sobre su culpabilidad?

—Nunca se me ocurrió que pudiera haber otra explicación.

La camarera les llevó el té. El pan y la mantequilla estaban rancios, el jamón era una extraña sustancia gelatinosa, los pasteles muy caros y poco apetecibles, y el té flojo.

Calgary, tomando el té a pequeños sorbos, dijo:

—Parece, y eso me ha dado a entender, que esta información que les he traído y que limpia el nombre de su hermano de la acusación de asesinato puede tener consecuencias no muy gratas. Puede traerles a ustedes nuevas preocupaciones.

—¿Porque el caso tendrá que ser revisado?

—Sí. ¿Había pensado usted ya en eso?

—Mi padre parece que lo considera inevitable.

—Lo siento, lo siento mucho.

—¿Por qué lo siente, doctor Calgary?

—Siento mucho traerles a ustedes nuevos disgustos.

—¿Pero se hubiera quedado usted satisfecho guardando silencio?

—¿Piensa usted en términos de justicia?

—Sí. ¿Usted no?

—Naturalmente. La justicia me parecía muy importante. Ahora, estoy empezando a preguntarme si no habrá cosas mucho más importantes.

—¿Como por ejemplo?

Calgary pensó en Hester.

—Como, por ejemplo, quizá la inocencia.

La opacidad de los ojos de Tina se incrementó.

—¿Cuáles son sus sentimientos, miss Argyle?

Ella permaneció silenciosa un momento.

—Estoy pensando en las palabras de la Carta Magna[2]: *A ningún hombre negaremos justicia*.

—Comprendo —dijo Calgary—, ésa es su respuesta.

CAPÍTULO VII

1

El doctor MacMaster era un anciano de cejas abundantes, ojos grises de mirada astuta y barbilla luchadora. Se sentó en el destartalado sillón y observó a su visitante con atención. Lo que vio le gustó.

También a Calgary le gustó el médico. Casi por vez primera desde su regreso a Inglaterra, sintió que estaba hablando con alguien que comprendía sus sentimientos y su punto de vista.

—Es usted muy amable al recibirme, doctor MacMaster.

—Nada de eso. Me aburro de muerte desde que he dejado la profesión. Los médicos jóvenes me dicen que debo quedarme aquí sentado como una momia, cuidando mi vacilante corazón, pero no crea usted que me resulta fácil. Escucho la radio, bla, bla, bla, y algunas veces mi ama de llaves me convence de que mire la televisión, flic, flic, flic. Siempre he sido un hombre muy activo, toda mi vida corriendo. No me acostumbro fácilmente a estarme aquí sentado. Leer me cansa la vista. De modo que no se disculpe por robarme mi tiempo.

—Lo primero que tengo que hacerle comprender —comentó Calgary— es el motivo de que siga preocupándome por todo este asunto. Hice lo que tenía que hacer, conté la desagradable verdad de mi conmoción y pérdida de memoria, reivindicando al chico. Después de eso, lo lógico y lo sensato sería marcharme y tratar de olvidarlo todo. ¿No es cierto?

—Depende. ¿Le preocupa algo?

—Sí. Me preocupa todo. La noticia no fue bien recibida como yo

esperaba.

—Ah, bueno, eso no es extraño. Ocurre todos los días. Nos imaginamos la escena con anticipación, trátese de lo que se trate: una consulta con un colega, una proposición matrimonial a una señorita, una conversación con un hijo antes de que vuelva al colegio y, cuando la cosa ocurre, nunca resulta como uno esperaba. Uno estudia con todo cuidado las cosas que va a decir y, generalmente, creemos saber cuáles serán las respuestas. Y, claro, eso es lo que le desconcierta a uno. Porque las respuestas nunca son las que uno espera. Eso es lo que no entiende, supongo.

—Sí.

—¿Qué esperaba? ¿Un gran recibimiento?

—Esperaba… —Calgary consideró un momento este extremo— … ¿Censura, quizá? ¿Resentimiento? Muy probablemente. Pero también agradecimiento.

MacMaster lanzó un gruñido.

—¿Y encontró usted menos resentimiento del que creía usted que debía encontrar y ningún agradecimiento?

—Algo así —confesó Calgary.

—Eso es porque no conocía usted las circunstancias antes de ir allí. ¿Por qué ha venido usted a verme?

—Porque quiero comprender mejor a la familia. Sólo estoy enterado de los hechos conocidos. Una mujer muy buena y generosa, que hace todo lo que puede por sus hijos adoptivos, una mujer profundamente interesada por el bien de los demás. En contraposición, un chico problemático, un chico que va por mal camino. El delincuente juvenil. Eso es todo lo que sé. No sé nada más. Ni siquiera sé nada de la propia Mrs. Argyle.

—Tiene usted mucha razón —señaló MacMaster—. Está poniendo el dedo en la llaga. La personalidad de la víctima. ¡Todo el mundo se preocupa sólo de analizar la mente del asesino! Probablemente habrá pensado usted que Mrs. Argyle era una persona que nunca debía haber sido asesinada, ¿no?

—Parece que es eso lo que piensa todo el mundo.

—Desde un punto de vista ético —insistió MacMaster— tiene usted razón. Pero —se frotó la nariz—, ¿no son los chinos los que sostienen que la beneficencia debe ser considerada como un pecado, más que como una virtud? Hay algo de verdad en ello, ¿sabe? La

beneficencia desconcierta muchas veces a las personas. Todos sabemos cómo es la naturaleza humana. Le hace uno un gran favor a alguien y uno siente simpatía por ese alguien, le tiene cariño. ¿Pero la persona que ha recibido ese gran favor siente simpatía por uno? ¿Le tiene cariño a uno, en realidad? Debería tenérselo, ¿pero se lo tiene?

Hizo una breve pausa, y continuó:

—Bueno. Ahí tiene. Mrs. Argyle era lo que podríamos llamar una madre maravillosa. Pero exageró su impronta benefactora. No hay duda sobre eso. Quería exagerarla o hizo decididamente todo lo posible por exagerarla.

—No eran sus propios hijos —apuntó Calgary.

—No. Supongo que ésa sería la raíz del mal. No tiene usted más que mirar a una gata normal. Tiene sus gatitos, los protege con pasión, araña al que se acerca a ellos. Y luego, después de una semana poco más o menos, empieza a reanudar su propia vida. Sale, caza un poco, descansa algunos ratos del cuidado de sus crías. Sigue protegiéndolos si alguien los ataca, pero ya no está obsesionada por ellos todo el tiempo. Juega con ellos un poco. Luego, si se ponen pesados, se vuelve contra ellos y les da un zarpazo, diciéndoles que la dejen en paz un rato. Está volviendo a la naturaleza. Y, según van creciendo, se va despegando cada vez más de ellos y sus pensamientos se dedican cada vez más a los atractivos gatos de la vecindad. Eso es lo que podemos llamar el patrón normal de la vida femenina. He visto a muchas chicas y mujeres, con un fuerte instinto maternal, que tenían grandes deseos de casarse para ser madres. Vienen los hijos y se sienten felices y satisfechas. La vida para ellas vuelve a adquirir proporciones normales. Pueden interesarse por sus maridos, por los asuntos locales, por la chismografía de la vecindad y, naturalmente, por sus hijos. El instinto maternal, en el sentido físico, ha quedado satisfecho, como se ve.

»Sin duda, el instinto maternal de Mrs. Argyle era muy fuerte, pero la satisfacción física de tener uno o varios hijos, nunca llegó. Y su obsesión maternal nunca desapareció. Quería niños, muchos niños. Nunca le parecía que tenía bastantes. Todos sus pensamientos los tenía puestos en esos niños, noche y día. Su marido ya no tenía importancia para ella. Era tan sólo una

agradable distracción, siempre en segundo término. No, los niños lo eran todo. Su alimentación, sus vestidos, sus juegos, todo lo relacionado con ellos. Hizo demasiado por ellos. Lo que les hacía falta era que los descuidara un poco, dejándolos campar por sus respetos, y eso no lo hizo. No los mandaba al jardín a jugar como los niños corrientes de todo el país. No, tenían que tener toda clase de artilugios, taludes artificiales para trepar, una casa construida en un árbol y una playa con arena en el río. Su comida no era la normal. ¡Esos chiquillos tomaron verduras trituradas hasta que tuvieron casi cinco años, la leche esterilizada y el agua analizada, les contaban las calorías de los alimentos y les calculaban las vitaminas! No crea usted que estoy contraviniendo la ética profesional al hablar de este modo. Mrs. Argyle nunca fue paciente mía. Si tenía necesidad de un médico, iba a Londres. No es que fuera con frecuencia. Era una mujer robusta y saludable.

»Pero yo era el médico del pueblo y me llamaban para ver a los niños, aunque le parecía que los desatendía un poco. Le dije que les dejara comer algunas moras salvajes. Le dije que no les haría ningún daño que se mojaran los pies y cogieran de cuando en cuando un catarro y que no tiene mucha importancia que un niño tenga 37 de fiebre. ¡Que no tenía que alarmarse hasta que tuvieran 39! A esos niños los mimaron, los alimentaron con cuchara y los quisieron tanto que, en muchos sentidos, no les hizo ningún bien.

—¿Quiere decir que no le hizo ningún bien a Jacko?

—No estaba pensando únicamente en Jacko. En mi opinión, Jacko fue un riesgo desde el principio. Según la definición moderna, un chico problemático. Es una definición tan buena como cualquier otra. Los Argyle hicieron por él todo lo que pudieron, todo lo que era posible hacer. He conocido muchos Jackos en mi vida. Luego, cuando el chico crece y ya no tiene remedio, los padres dicen: «Si hubiera sido un poco más duro con él cuando era pequeño». O si no: «Fui demasiado duro, si hubiera sido un poco más blando…». Mi opinión personal es que todo es lo mismo. Los hay que van por mal camino porque han tenido un hogar desgraciado y les falta cariño. Y los hay que van por mal camino porque, al menor contratiempo, iban a hacerlo de todos modos. Yo considero a Jacko entre estos últimos.

—¿De modo que no se sorprendió usted cuando lo arrestaron

por asesinato? —comentó Calgary sin ocultar la extrañeza.

—Francamente, sí me sorprendió. No porque la idea de cometer un asesinato le repugnara mucho a Jacko. Era de esos jóvenes que no tienen conciencia. Pero me sorprendió la clase de asesinato cometido. Sí, ya sé que tenía un carácter violento y todo eso. De niño, muchas veces se abalanzaba sobre otro niño o le golpeaba con algún juguete pesado o con un trozo de madera. Pero generalmente lo hacía con niños más pequeños que él y no solía ser tanto por rabia como por el deseo de hacer daño o por conseguir algo que quería para sí. La clase de asesinato que hubiera esperado de Jacko, era de esos donde un par de chicos cometen un atraco y luego, cuando la policía los persigue, los Jacko dicen: «Atízale en la cabeza, muchacho. Dale. Tírale». Están dispuesto a incitar al asesinato, pero no tienen el coraje suficiente para cometerlo con sus propias manos. Eso es lo que yo diría. Y ahora —añadió el doctor—, parece que tenía razón.

Calgary tenía la vista fija en la alfombra, una alfombra muy gastada en la que apenas quedaba nada del dibujo original.

—No sabía con lo que me enfrentaba. No me daba cuenta de lo que iba a significar para los demás. No vi que podía… que debía…

El doctor asintió, moviendo suavemente la cabeza.

—Sí. Eso parece, ¿verdad? Parece como si tuviera que arreglar allí las cosas, entre ellos.

—Creo que de eso es de lo que he venido a hablar con usted en realidad. Aparentemente, ninguno de ellos tenía un motivo real para matarla.

—Aparentemente, no —concedió el doctor—. Pero si profundiza usted un poco… sí, sí creo que alguien podía haber tenido motivos suficientes para desear matarla.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Cree usted que es asunto suyo, ¿verdad?

—Sí, lo creo. No puedo evitarlo.

—Puede que en su lugar yo también lo creyera. No sé. Mi opinión es que ninguno de ellos se pertenecía realmente a sí mismo mientras viviera su madre. La llamo así para facilitar las cosas. Los seguía teniendo muy bien sujetos a todos ellos.

—¿En qué sentido?

—Económicamente no les faltaba nada. Fue muy generosa. Una

cantidad muy elevada estaba dividida entre ellos, en la proporción que los administradores consideraron justa. Pero, aunque Mrs. Argyle no era uno de los administradores, sus deseos, mientras vivió, eran los que se seguían.

Hizo una pausa y luego continuó:

—En cierto sentido, es interesante ver cómo todos trataron de evadirse, cómo lucharon para no someterse al patrón que ella les había trazado, y que era magnífico. Quería darles una buena casa, buena educación, un buen capital inicial y un buen comienzo en la profesión que había escogido para cada uno de ellos. Quería tratarlos exactamente como si fueran hijos suyos y de Argyle. Sólo que no eran hijos suyos. Tenían instintos, aptitudes, necesidades y sentimientos completamente distintos. El joven Micky vende coches. Hester se escapó de casa para trabajar en el teatro. Se enamoró de un sujeto indeseable y, como actriz, no valía nada. Tuvo que volver a casa y admitir, muy a su pesar, que su madre tenía razón. Mary Durrant se empeñó en casarse durante la guerra con un hombre con quien su madre le dijo que no debía casarse. Era un joven bravo e inteligente, pero completamente incapaz en cuestiones de negocios. Luego contrajo la polio. Pasó la convalecencia en Sunny Point. Mrs. Argyle los presionó para que se quedaran a vivir allí. El marido no tenía inconveniente, pero Mary luchó desesperadamente contra la voluntad de su madre. Quería su casa y su marido para sí, pero estoy seguro que hubiera cedido si su madre no hubiera muerto.

»Micky, el otro chico, siempre tuvo problemas. Se resentía amargamente de haber sido abandonado por su propia madre. Nunca superó el resentimiento infantil. Creo que en su interior, siempre odió a su madre adoptiva.

«Luego está la masajista sueca. No quería a Mrs. Argyle. Quería a los niños y a Leo. Recibió muchos beneficios de Mrs. Argyle y probablemente hizo lo posible por sentirse agradecida, pero no lo consiguió. Sin embargo, no creo que su antipatía la llevara a golpear a su benefactora en la cabeza con un atizador. Después de todo, *ella* podía irse en el momento en que quisiera hacerlo. En cuanto a Leo Argyle…

—¿Qué pasa con él?

—Se casará otra vez —respondió el doctor MacMaster—. Le deseo mucha suerte. Ella es una joven muy agradable. Cariñosa,

amable, buena compañera y muy enamorada de él desde hace mucho tiempo. ¿Cuáles serían sus sentimientos hacia Mrs. Argyle? Puede imaginárselo tan bien como yo. Naturalmente, la muerte de Mrs. Argyle simplificó mucho las cosas. Leo Argyle no es de esos hombres que tienen relaciones con su secretaria, teniendo a su mujer en la misma casa. Tampoco creo que hubiera dejado a su mujer.

—Los he visto a los dos, he hablado con ellos. No puedo creer que ninguno de ellos… —manifestó Calgary lentamente.

—Ya lo sé. No puede uno creerlo, ¿verdad que no? Y, sin embargo, uno de la casa lo hizo.

—¿Lo cree usted en serio?

—No creo que pueda pensarse de otro modo. La policía tiene la seguridad de que no fue obra de un extraño, y probablemente tiene razón.

—¿Pero cuál de ellos?

MacMaster se encogió de hombros.

—Eso no podemos saberlo.

—¿No tiene usted ninguna idea, conociéndolos como los conoce?

—Si la tuviera, no se la diría. Después de todo, ¿en qué puedo fundarme? A no ser que haya algún factor que me haya pasado inadvertido, ninguno de ellos me parece un probable asesino. Y sin embargo, no puedo descartar a ninguno como posibilidad. No —añadió lentamente—, mi opinión es que nunca lo sabremos. La policía investigará y todo eso. Harán todo lo que puedan, ¿pero conseguirán pruebas después de tanto tiempo y teniendo tan poco en qué fundarse? —Meneó la cabeza—. No, no creo que llegue a saberse nunca la verdad. Hay casos así. Yo he leído sobre unos cuantos. Casos ocurridos hace cincuenta, cien años, en los que de tres o cuatro o cinco personas, uno tuvo que haber cometido el asesinato, pero no hubo pruebas suficientes y nadie pudo decir con seguridad quién fue.

—¿Cree usted que éste será uno de esos casos?

—Sí, lo creo. —Dirigió a Calgary una mirada penetrante—. ¿Horrible, verdad?

—Horrible para los inocentes. Eso es lo que ella me dijo.

—¿Quién? ¿Quién le dijo qué?

—La chica, Hester. Me dijo que yo no comprendía que eran los inocentes los que importaban. Eso es lo que acaba de decirme usted. Que nunca sabremos…

—¿… quién es inocente? —terminó por él el doctor—. Sí, si al menos supiéramos la verdad. Aunque no se detenga a nadie, ni haya proceso o sentencia. Simplemente *saber*. Porque si no… —De pronto se calló.

—¿Sí?

—Piénselo usted mismo. No, no hace falta que se lo diga, ya lo ha pensado usted. ¿Sabe? Me recuerda el caso Bravo, hace ya casi cien años, pero siguen escribiéndose libros sobre él, queriendo demostrar que fue la mujer, o Mrs. Cox, o el doctor Gully, o incluso el propio Charles Bravo que se envenenó, a pesar del veredicto del juez. Todas las teorías eran verosímiles, pero nadie podrá saber nunca la verdad. Y así, Florence Bravo, Mrs. Cox, rechazada por todos y con tres niños pequeños, llegó a vieja y, durante toda su vida, fue mirada como una asesina por la mayor parte de la gente que la conocía, y el doctor Gully se arruinó profesional y socialmente. Alguno de ellos era culpable y se libró del castigo. Pero los demás eran inocentes y no se libraron de nada.

—Eso no puede ocurrir aquí —afirmó Calgary—. ¡No debe ocurrir!

CAPÍTULO VIII

1

Hester Argyle se miraba al espejo. En su mirada había poca coquetería. Era un interrogatorio ansioso respaldado por la humildad de quien ha estado verdaderamente seguro de sí mismo. Se apartó el pelo de la frente, lo echó hacia un lado y frunció el entrecejo, estudiando el resultado. Luego, al aparecer un rostro detrás del suyo en el espejo, se sobresaltó, retrocedió y se volvió rápidamente, llena de recelo.

—¡Ah! —exclamó Kirsten—. ¡Tienes miedo!

—¿Qué quieres decir con eso, Kirsty?

—Me tienes miedo. Crees que he venido por detrás sin hacer ruido y a lo mejor te voy a dar un golpe.

—Kirsty, no seas tonta. ¿Cómo voy a creer semejante cosa?

—Sí que lo creíste. Y además, tienes razón en pensar estas cosas. En mirar a las sombras y sobresaltarte cuando ves algo que no comprendes bien. Porque en esta casa hay algo que me da miedo. Ahora lo sabemos.

—De todos modos, Kirsty querida, no tengo por qué tener miedo *de ti*.

—¿Cómo lo sabes? Hace poco leí en el periódico el caso de una mujer que vivió con otra durante años y luego, un día, de pronto, la mató. La estranguló y trató de arrancarle los ojos. ¿Por qué? Porque le dijo a la policía, con un tono muy dulce, que desde hacía tiempo sabía que el diablo vivía en aquella mujer. ¡Había visto al diablo asomándose a los ojos de la otra y comprendió que tenía que ser

fuerte y valiente y matar al diablo!

—Ah, sí, ya lo recuerdo. Pero aquella mujer estaba loca.

—Ella no sabía que estaba loca. Y a los que vivían cerca de ella no les parecía loca, porque nadie sabía lo que pasaba en su pobre mente extraviada. Y eso mismo te digo a ti, tú no sabes lo que pasa en *mi* cabeza. Puede que esté loca. Puede que un día haya mirado a tu madre y pensado que era el Anticristo y la haya matado.

—Pero Kirsty, ¡qué tontería! ¡Qué tontería más grande!

Kirsten Lindstrom suspiró y se sentó.

—Sí, es una tontería. Le tenía mucho cariño a tu madre. Siempre había sido buena conmigo. Pero lo que estoy tratando de decirte, Hester, y lo que tienes que comprender y creer es que no debes considerar como una tontería a nada ni a nadie. No debes confiar en mí ni en nadie.

Hester se volvió a mirar a la otra mujer.

—Me parece que estás hablando en serio.

—Muy en serio. Todos tenemos que ponernos serios y exponer las cosas claramente. Es inútil pretender que aquí no ha pasado nada. Aquel hombre que vino aquel día ojalá no hubiera venido, pero vino, y ahora creo que ha quedado bien claro que Jacko no era un asesino. Muy bien, entonces otro tiene que ser el asesino, y ese otro tiene que ser uno de nosotros.

—No, Kirsty, no. Pudo haber sido alguien que…

—¿Alguien qué…?

—Alguien que quisiera robar algo o que tuviera algún antiguo resentimiento contra mamá por alguna razón.

—¿Crees que tu madre hubiera dejado entrar a alguien?

—Puede que sí. Ya sabes cómo era. Si vino alguien contándole desgracias, si alguien le habló de algún niño que no estaba bien atendido o que era maltratado, ¿no crees que mamá hubiera dejado entrar a esa persona, la hubiera llevado a su cuarto y escuchado lo que tenía que decir?

—Me parece muy poco razonable. Al menos, me parece improbable que tu madre se sentara ante su mesa, dejara que esa persona cogiera el atizador y le golpeara en la nuca. No, estaba tranquila, confiada, con alguien a quien conocía.

—¡Por favor, Kirsty! —gritó Hester—. Por favor, prefiero que no sigas. ¡Lo pones todo tan cerca!

—Porque así es como está. No, no voy a decir nada más ahora, pero ya te he advertido de que aunque creas que conoces bien a una persona, aunque creas que puedes confiar en ella, no puedes estar segura. Así que ponte en guardia. En guardia conmigo, con Mary, con tu padre, con Gwenda Vaughan, con todos.

—¿Cómo puedo continuar viviendo así, sospechando de todos?

—Si quieres seguir mi consejo, lo mejor es que te marches de esta casa.

—Ahora no puedo.

—¿Por qué no? ¿Por el joven doctor?

—No sé qué quieres decir. —El rubor encendió las mejillas de Hester.

—Quiero decir el doctor Craig. Es un joven muy agradable. Buen médico, amable y concienzudo. Podía haber escogido peor. Pero, de todos modos, creo que sería mejor que te marcharas de aquí.

—¡Todo eso son tonterías! —gritó Hester irritada—. ¡Tonterías, tonterías, tonterías! ¡Ay, ojalá no hubiera venido el doctor Calgary!

—Sí, ojalá. Yo siento lo mismo, con todo mi corazón.

2

Leo Argyle firmó la última de las cartas que Gwenda Vaughan había colocado ante él.

—¿Ésta es la última?

—Sí.

—Hoy no ha estado mal.

Después de uno o dos minutos, cuando acabó de sellar y ordenar las cartas, Gwenda preguntó:

—¿No es hora ya de que hagas aquel viaje al extranjero?

—¿Viaje al extranjero?

Leo Argyle lo dijo de un modo muy vago.

—Sí —insistió Gwenda—. ¿No te acuerdas de que ibas a ir a Roma y a Siena?

—Ah, sí, sí, es cierto.

—Ibas a ver en los archivos aquellos documentos de que te habló el cardenal Massilini.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Quieres que reserve un billete de avión o prefieres ir en tren?

Leo la miró como si volviera de muy lejos y sonrió débilmente.

—Parece que tienes muchos deseos de librarte de mí, Gwenda.

—No, no, cariño, no es eso.

Gwenda se acercó corriendo y se arrodilló a su lado.

—No quiero que me dejes nunca, nunca. Pero… creo que… bueno, creo que sería mejor que te marcharas de aquí después… después…

—¿Después de lo que ocurrió la semana pasada? —dijo Leo—. ¿Después de la visita del doctor Calgary?

—Preferiría que no hubiera venido. Preferiría que las cosas hubieran quedado como estaban.

—¿Y que Jacko continuara condenado injustamente por algo que no cometió?

—Podía haberlo hecho. Podía muy bien haberlo hecho, y creo que si no lo hizo fue por pura casualidad.

—Es raro —manifestó pensativo—. Yo nunca pude creer realmente que lo hubiera hecho. Como es natural, tuve que rendirme ante la evidencia, pero me parecía tan extraño, tan ilógico.

—¿Por qué? Siempre había tenido un carácter terrible, ¿no?

—Sí, sí, claro. Atacaba a otros niños, generalmente a niños más pequeños que él. Nunca creí que atacara a Rachel.

—¿Por qué no?

—Porque le tenía miedo. Era demasiado autoritaria, y Jacko lo percibía, como todos.

—¿Pero no crees que fue precisamente por eso por lo que… quiero decir…? —De pronto se calló.

Leo la miró con expresión interrogante. En su mirada había algo que hizo enrojecer a Gwenda. Dio media vuelta, se dirigió a la chimenea y se arrodilló ante ella, acercando las manos al fuego. «Sí —pensó—, ya lo creo que Rachel era muy autoritaria. Estaba tan satisfecha de sí misma, tan segura en su papel de abeja reina, mandándonos a todos. ¿No es eso bastante para que uno deseara coger el atizador, golpearla y hacerla callar para siempre? Rachel siempre tenía razón, Rachel siempre sabía mucho más que nadie, Rachel siempre se salía con la suya».

Se levantó bruscamente.

—Leo. ¿No podríamos… no podríamos casarnos antes, en lugar de esperar hasta marzo?

Leo la miró. Guardó silencio un momento.

—No, Gwenda, no. No creo que fuera conveniente.

—¿Por qué no?

—Creo que no es aconsejable precipitarse.

—¿Qué quieres decir?

Gwenda se acercó a él para arrodillarse de nuevo a su lado.

—Leo, *¿qué quieres decir?*

—Querida, sólo creo, como he dicho, que no debemos precipitarnos.

—¿Pero nos casaremos en marzo, como habíamos pensado?

—Espero que sí. Sí, espero que sí.

—Hablas como si no estuvieras muy seguro. Leo, ¿es que ya no me quieres?

—Querida —Leo puso las manos en los hombros de ella—, claro que te quiero. Lo eres todo para mí.

—Entonces…

—No —dijo Leo levantándose—. No, todavía no. Tenemos que esperar. Tenemos que estar seguros.

—¿Seguros de qué?

Él no contestó.

—No creerás… —vaciló ella—… No es posible que creas…

—No, no creo nada.

La puerta se abrió y Kirsten Lindstrom entró con una bandeja, que colocó en la mesa.

—Aquí tiene el té, Mr. Argyle. ¿Traigo otra taza para usted, Gwenda, o lo toma abajo con los demás?

—Bajaré al comedor. Me llevo estas cartas. Tienen que salir hoy.

Recogió las cartas que Leo acababa de firmar con manos un poco inseguras y salió de la habitación. Kirsten Lindstrom la siguió con la mirada. Luego se volvió a mirar a Leo.

—¿Qué le ha hecho usted? ¿Qué le ha hecho usted para disgustarla?

—Nada —contestó Leo con voz cansada—. Nada en absoluto.

Kirsten se encogió de hombros. Luego, sin más palabras, salió de la habitación. Pero, aunque no dijo nada más, Leo adivinó su

reproche. Suspiró, recostándose en su butaca. Se sentía muy cansado. Sirvió el té, pero no lo tomó. Se quedó allí, sentado, mirando sin ver, con la mente en el pasado.

El club que evocaba estaba en el East End de Londres. Era allí donde había conocido a Rachel Konstam. La veía claramente, con los ojos de la mente. Una muchacha de estatura mediana y figura maciza, que llevaba vestidos muy caros, cosa que él no había podido apreciar en el momento, pero los llevaba sin gracia. Una joven de cara redonda, seria, afectuosa, con una vehemencia y una ingenuidad que le habían atraído. ¡Había tanto que hacer, había tantas cosas que valía la pena hacer! Había hablado con un entusiasmo un poco incoherente y había conmovido el corazón de Leo. Porque él también pensaba que había mucho que hacer, mucho que valía la pena hacer, aunque su disposición natural hacia la ironía le hacía dudar de que las cosas que valía la pena hacer alcanzaran siempre el éxito que debían alcanzar. Pero Rachel no dudaba. Si hacías esto y lo otro, dotando a ésta o a aquella institución, los resultados beneficiosos se producirían automáticamente.

Nunca había tenido en cuenta, ahora lo veía, la naturaleza humana. Las personas habían sido siempre para ella casos, problemas que había que resolver. Nunca había comprendido que cada ser humano es diferente, reacciona de un modo distinto, tiene su propia idiosincrasia. Leo le había dicho que no esperara demasiado. Pero ella había esperado siempre demasiado, aunque se había apresurado a negar que lo hiciera. Siempre había esperado demasiado y, por eso, siempre se había llevado desilusiones. Leo había tardado muy poco en enamorarse de ella y se llevó una agradable sorpresa al saber que sus padres eran muy ricos.

Habían hecho planes para vivir una vida llena de pensamientos elevados y no precisamente muy sencilla. Pero Leo veía ahora claramente lo que le había atraído de ella más que nada: su corazón apasionado. Pero, y eso fue lo trágico, aquella pasión no iba dirigida a él. Le había querido, sí. Pero lo que en realidad quería de él y de la vida eran hijos. Y los hijos no habían venido.

Habían visitado muchos médicos, médicos respetables, médicos desacreditados e incluso curanderos y, al final, tuvo que aceptar el veredicto: nunca podría tener hijos. Leo lo había sentido por ella, lo

había sentido mucho, y había accedido de muy buen grado a la proposición de su esposa de adoptar un niño. Estaban ya en tratos con varias sociedades cuando, durante una visita a Nueva York, su coche había atropellado a una niña que escapaba de una casa, en uno de los barrios pobres de la ciudad.

Rachel había saltado del coche para correr y arrodillarse en la calle junto a la niña, que no estaba herida, sino sólo magullada. Era una niña muy guapa, de cabello dorado y ojos azules. Rachel había insistido en llevarla a un hospital, para asegurarse de que no tenía lesión alguna. Se había entrevistado con los parientes de la niña, una tía de aspecto desaliñado y el tío, a todas luces un borracho. Era evidente que no le tenían cariño a la niña, a la que habían llevado a vivir con ellos al morir los padres de la pequeña. Rachel había propuesto que la niña fuera a pasar unos días con ellos y la mujer había aceptado con presteza. «Aquí no puedo atenderla como es debido», les dijo.

Y se habían llevado a Mary a la suite que ocupaban en el hotel. A la niña le había gustado mucho la cama blanda y el lujoso cuarto de baño. Rachel le había comprado ropa nueva. Y llegó el momento en que la niña había dicho: «No quiero ir a casa. Quiero quedarme aquí, contigo».

Rachel había mirado a Leo, lo había mirado con un anhelo y un gozo apasionados.

«Vamos a quedarnos con ella —le dijo tan pronto como estuvieron a solas—. Lo podremos arreglar fácilmente. La adoptaremos y será nuestra propia hija. Esa mujer se quedará encantada de librarse de ella».

Él había aceptado de buen grado. La niña parecía tranquila y dócil y se portaba bien. Era evidente que no sentía el menor cariño por sus tíos. Si eso hacía feliz a Rachel, adelante. Consultaron abogados, firmaron papeles y, a partir de entonces, Mary O'Shaughnessy se convirtió en Mary Argyle y embarcó con ellos hacia Europa. Leo había creído que, por fin, la pobre Rachel sería feliz. Lo había sido. Con una felicidad agitada, casi febril, mimando a Mary y colmándola de juguetes caros. Mary lo había aceptado todo plácida, dulcemente. Y, sin embargo, pensó Leo, siempre había habido algo que le había inquietado un poco: la indiferencia con que la niña aceptaba lo que se le daba, su absoluta falta de nostalgia

por su casa y su familia. El verdadero afecto, pensaba Leo, vendría después, porque de momento no veía la menor muestra de cariño. Aceptaba los bienes que se le hacían y disfrutaba de las cosas que se le daban. ¿Pero cariño por su madre adoptiva? No, eso no lo había visto.

Fue a partir de entonces, pensó Leo, cuando, sin saber cómo, se había encontrado relegado a un segundo término en la vida de Rachel Argyle. Era una mujer que por naturaleza tenía mucho más de madre que de esposa. Al tener a Mary fue como si sus ansias maternales, en lugar de satisfacerse, hubieran sido estimuladas. Una niña no era suficiente para ella.

Desde entonces, todo lo que hacía tenía relación con niños. Dedicaba todo su interés a los orfanatos, a los niños inválidos, a los niños atrasados, a los espásticos y a los tullidos. Siempre niños. Era admirable, pero esas actividades habían llegado a ser el centro de la vida de Rachel.

Poco a poco, Leo empezó a dedicarse a sus propias actividades. Empezó a profundizar más en los antecedentes históricos de la economía, que siempre le habían interesado. Cada vez se encerró más en su biblioteca. Se dedicaba a la investigación y a escribir monografías con elegante estilo. Su esposa, atareada, feliz y llena de celo, llevaba la casa y ampliaba sus actividades. Él era cortés y complaciente. «Esa es una idea muy buena, querida —la animaba—. Sí, sí, yo la llevaría adelante». En algunas ocasiones, se deslizaba una palabra de advertencia: «Supongo que examinarás muy bien la proposición antes de comprometerte. No debes dejarte arrastrar».

Ella continuaba consultándole, pero algunas veces lo hacía por pura fórmula. Según iba pasando el tiempo, se hacía más autoritaria. Ella sabía lo que convenía, ella sabía lo que estaba bien.

Leo había dejado de hacer sus escasos comentarios o advertencias.

Rachel, pensaba, no necesitaba ayuda, no necesitaba su amor. Era feliz y desplegaba una actividad terrible.

A pesar de sentirse dolido, experimentaba compasión por ella. Era como si supiera que el camino que seguía podía resultar peligroso.

Al estallar la guerra en 1939, las actividades de Mrs. Argyle se vieron automáticamente redobladas. Decidió abrir un asilo para los

niños de los barrios pobres de Londres y se puso en contacto con muchas personas influyentes de la capital. El ministerio de Sanidad estaba muy bien dispuesto a colaborar, y Rachel había encontrado una casa adecuada para su propósito. Una casa recién construida, moderna, en un lugar de Inglaterra donde la posibilidad de un bombardeo era remota. Allí podía alojar hasta dieciocho niños, entre dos y siete años. Los niños procedían no únicamente de hogares pobres, sino también de hogares desgraciados. Eran huérfanos o hijos ilegítimos, cuyas madres no estaban dispuestas a ser evacuadas y que estaban cansadas de ocuparse de ellos. Niños de hogares donde habían sido maltratados o desatendidos. Tres o cuatro de los niños eran tullidos. Además de los trabajadores domésticos, contrató los servicios de una masajista sueca y de dos enfermeras diplomadas con mucha experiencia, para que se hicieran cargo de los tratamientos ortopédicos. Todo el plan fue realizado sin reparar gastos. En una ocasión, Leo le había reconvenido: «No debes olvidar, Rachel, que los niños tendrán que volver al ambiente de donde los hemos sacado. No hagas que les resulte demasiado difícil». Ella había contestado con vehemencia: «Nada es demasiado para esos chiquitines. ¡Nada!».

«Sí, pero tienen que *volver*, recuérdalo», insistió él.

Pero ella había desechado la cuestión: «Quizá no sea necesario. Puede… bueno, ya veremos».

Pronto las exigencias de la guerra introdujeron cambios. Las enfermeras, molestas por tener que atender a niños completamente sanos cuando había tanto trabajo de verdad que hacer, tenían que ser reemplazadas con frecuencia. Al final, una enfermera de mediana edad y Kirsten Lindstrom fueron las únicas que se quedaron. Las sirvientas también se fueron y Kirsten Lindstrom había decidido ayudar en ese terreno. Trabajó con gran devoción y generosidad.

Y Rachel Argyle había estado ocupada y feliz. Desde luego, hubo algunos momentos de desconcierto. Un día Rachel, extrañada de ver cómo el pequeño Micky perdía peso y no tenía apetito, había llamado al médico. El doctor no pudo encontrar nada anormal en el niño, pero insinuó a Mrs. Argyle que quizá sintiera nostalgia de su hogar. Ella había rechazado la idea: «¡Imposible! No sabe usted de qué clase de casa viene. Le pegaban, le maltrataban. Debe haber

sido un infierno para él». El doctor MacMaster le respondió: «De todos modos, no me extrañaría. Lo que hay que hacer es conseguir que hable».

Y un día Micky habló. Sollozando en su cama, había gritado, apartando a Rachel con sus pequeños puños: «Quiero irme a mi casa. Quiero irme a mi casa, con mamá y con Ernie».

Rachel se disgustó mucho, apenas podía creerlo. «Es *imposible* que quiera volver con su madre —dijo—. A ella no le importaba un bledo. Le pegaba siempre que se emborrachaba». Y Leo le contestó suavemente: «Pero te enfrentas con la naturaleza, Rachel. Es su madre y la quiere». «¡Vaya madre!», exclamó Rachel.

Pero Leo insistió: «Es su carne y su sangre. Eso es lo que siente el niño. Y eso nada puede reemplazarlo». Y ella señaló: «Pero lo natural sería que ahora me considerara *a mí* como su madre».

Pobre Rachel, pensó Leo. Pobre Rachel, que podía comprar tantas cosas para los demás, que podía dar a los niños abandonados amor, cuidados, un hogar. Todo eso podía comprarlo, pero no podía comprarles su amor.

La guerra había terminado. Los niños habían ido volviendo a Londres, reclamados por sus padres o parientes. Pero no todos. Algunos de ellos habían sido abandonados por sus familias y entonces Rachel había dicho: «Sabes Leo, ahora es como si fueran nuestros propios hijos. Ahora es el momento en que podemos formar una auténtica familia. Cuatro, cinco de estos niños pueden quedarse con nosotros. Los adoptaremos, tendrán todo lo necesario y *serán* de verdad nuestros hijos».

Leo había sentido cierta intranquilidad, sin saber porqué. No es que tuviera nada en contra de la idea de adoptar a los niños, pero instintivamente le había parecido falso creer que era tan sencillo formar una familia propia por medios artificiales. «¿No crees —le había dicho— que esto supone mucho riesgo?». «¿Riesgo? —le reprendió ella—. ¿Qué importa que suponga un riesgo? Vale la pena arriesgarse».

Sí, posiblemente valía la pena, pero Leo no tenía la confianza que ella tenía. Se había alejado tanto, estaba tan distante en su propio mundo frío y nebuloso, que no se tomó el trabajo de hacer objeciones. Respondió como tantas otras veces:

«Haz lo que te plazca, Rachel».

Ella se había sentido triunfante, feliz, haciendo sus planes, consultando abogados, ocupándose de todo con su habitual eficiencia. Y así se había hecho con una familia. Mary, la niña de Nueva York; Micky, el niño con nostalgia de su hogar, que tantas veces había llorado hasta quedarse dormido, suspirando por su miserable hogar y por su madre, descuidada e irascible; Tina, la graciosa mestiza, hija de una prostituta y de un marinero de las Indias Occidentales; Hester, hija ilegítima de una joven irlandesa que quería rehacer su vida; y Jacko, el simpático chiquillo de cara de mono, cuyas payasadas hacían reír a todos, que siempre se valía de su labia para librarse de los castigos y que conseguía doble ración de caramelos, incluso de la rígida miss Lindstrom; Jacko, cuyo padre estaba en la cárcel cumpliendo una condena y la madre se había marchado con otro.

Sí, pensó Leo, probablemente acoger a esos niños era una tarea digna de ser realizada, proporcionándoles los beneficios de un hogar y el cariño de unos padres. Rachel, pensó, había tenido derecho a sentirse triunfante. Sólo que el plan no había resultado exactamente como se esperaba. Porque aquellos niños no eran los hijos que él y Rachel hubieran podido tener. Por sus venas no corría ni una gota de la sangre de los trabajadores y ahorradores antepasados de Rachel, ni el empuje y la ambición por los cuales otros miembros menos respetables de su familia se habían asegurado un puesto en la sociedad, ni la integridad moral que Leo recordaba en su padre y en los padres de su padre, ni la lucidez intelectual de sus abuelos maternos.

Se les dio todo lo que el entorno podía proporcionarles. Pudo mucho, pero no lo pudo todo. Tenían aquellas semillas de debilidad por las que precisamente habían ido al asilo y, en situaciones de tensión, esas semillas podían germinar. Quedó demostrado plenamente en el caso de Jacko: el ágil y encantador Jacko, con sus divertidas réplicas, su encanto, su facilidad para hacer de la gente lo que quería, era un delincuente. Se vio muy pronto en sus raterías infantiles, en sus mentiras, cosas que se achacaban a la deficiencia de su educación anterior y que fácilmente, decía Rachel, podían ser corregidas. Pero nunca se pudieron corregir.

Su historial en el colegio había sido malo. Había sido expulsado de la universidad y, a partir de entonces, se habían sucedido una

larga serie de penosos incidentes, en los cuales Rachel y él habían hecho todo lo posible por asegurar al muchacho su cariño y su confianza, tratando de encontrarle un trabajo adecuado, en el que pudiera tener esperanzas de éxito si ponía interés. Quizá, pensó Leo, habían sido demasiado blandos con él. Pero, blandos o rígidos, seguramente el final de Jacko hubiera sido el mismo. Todo lo que deseaba tenía que conseguirlo. Si no podía obtenerlo por medios lícitos, no tenía el menor reparo en conseguirlo por otros medios. No era lo bastante inteligente para tener éxito como criminal, ni siquiera como criminal en pequeña escala. Y había llegado aquel día en que se había presentado en Sunny Point sin un penique, temeroso de ir a la cárcel, exigiendo dinero airadamente, como si fuera su derecho, y profiriendo amenazas. ¡Se había marchado gritando que volvería y que sería mejor para ella que le tuviera el dinero preparado! *¡Porque si no…!*

Y entonces, Rachel había muerto. ¡Qué remoto le parecía el pasado! Aquellos años de la guerra, mientras los niños y las niñas crecían. ¿Y él? También se veía remoto, desdibujado. Parecía como si aquella energía vigorosa y aquel entusiasmo por la vida que sentía Rachel lo hubieran consumido y dejado debilitado y exhausto, teniendo como tenía tanta necesidad de calor y cariño.

No recordaba con claridad cuándo se había dado cuenta por primera vez de que aquel calor y aquel cariño estaban al alcance de la mano. No se los ofrecían, pero estaban allí.

Gwenda. La perfecta secretaria, trabajando para él, siempre amable y a su disposición. Tenía algo que le recordaba a la Rachel de la época en que se habían conocido: el mismo calor, el mismo entusiasmo, la misma efusión. Sólo que, en el caso de Gwenda, el calor, el entusiasmo, la efusión estaban destinados íntegramente a él. No a los hipotéticos hijos que pudieran tener un día, sino exclusivamente a él. Había sido como calentarse las manos en el fuego. Unas manos que estaban frías y rígidas. ¿Cuándo se había dado cuenta de que la quería? Era difícil decirlo. No había sido una revelación repentina.

Pero, de pronto, un día se dio cuenta de que la quería.

Y de que, mientras Rachel viviera, no podrían casarse.

Leo suspiró, se enderezó en la butaca y se tomó el té helado.

CAPÍTULO IX

1

Calgary se había marchado hacía sólo unos minutos cuando el doctor MacMaster recibió otra visita. Conocía bien a este visitante y le saludó con afecto.

—Ah, Don, me alegro de verte. Entra y dime lo que te pasa. Sé que algo te preocupa. Siempre te lo noto cuando frunces el entrecejo de ese modo especial.

El doctor Donald Craig le sonrió tristemente. Era un joven apuesto y formal, que se tomaba a sí mismo y su trabajo muy en serio. El médico jubilado tenía mucho cariño a su joven sucesor, aunque había momentos en que deseaba que le costara menos trabajo comprender una broma.

Craig rechazó una copa y fue directamente al grano.

—Estoy muy preocupado, Mac.

—Espero que no se trate otra vez de falta de vitaminas.

A su modo de ver, la falta de vitaminas había sido algo muy divertido. Se había dado el caso de que un veterinario le tuvo que indicar al joven Craig que el gato de una niña paciente suya sufría de la muy contagiosa tiña.

—No tiene nada que ver con mis pacientes. Es un asunto mío particular.

La expresión de MacMaster cambió inmediatamente.

—Lo siento, muchacho. Lo siento mucho. ¿Has tenido malas noticias?

El joven meneó la cabeza.

—No es eso. Es que… Mire, Mac, necesito hablarlo con alguien y usted lleva años aquí, los conoce a todos y sabe todo lo que hay que saber sobre ellos. Y yo también tengo que saberlo. Tengo que saber por dónde ando, saber con qué tengo que enfrentarme.

MacMaster enarcó las pobladas cejas.

—Venga el problema.

—Se trata de los Argyle. Ya sabe usted… supongo que lo sabe todo el mundo, que Hester Argyle y yo…

El anciano médico asintió.

—Sí, que habéis llegado a un cierto entendimiento —manifestó en tono aprobatorio—. Ésta es la expresión que usaban los antiguos, y era realmente buena.

—Estoy enamoradísimo de ella, y creo… sí, estoy seguro, de que ella me quiere también. Y ahora ocurre todo esto.

A los ojos del doctor MacMaster asomó una mirada de comprensión.

—¡Ah, sí! La absolución de Jacko Argyle. Una absolución que ha llegado demasiado tarde para él.

—Sí. Eso es lo que me hace pensar… Ya sé que está muy mal el pensar semejante cosa, pero no puedo remediarlo, que hubiera sido mejor que no hubiera sido presentada esta nueva prueba.

—No parece que seas tú el único que piensa así. A mi modo de ver, lo piensan desde el jefe de policía, pasando por toda la familia Argyle, hasta el hombre que vino de la Antártida y proporcionó la nueva prueba. Ha estado aquí esta tarde.

Donald Craig pareció sorprendido.

—¿Sí? ¿Ha dicho algo?

—¿Qué esperabas que dijera?

—¿Tenía alguna idea sobre quien…?

El doctor MacMaster meneó la cabeza lentamente.

—No. No tiene ninguna idea. ¿Cómo iba a tenerla, surgiendo así de la nada y viéndolos ahora por primera vez? Parece que nadie tiene la menor idea.

—No. Ya me figuro que no.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto, Don?

Donald Craig suspiró profundamente.

—Hester me telefoneó la noche en que ese Calgary estuvo allí. Ella y yo íbamos a ir a Drymouth, después de la consulta, a una

conferencia sobre tipos criminales en la obra de Shakespeare.

—Parece un asunto muy apropiado.

—Y entonces me telefoneó. Dijo que no iría, que había recibido una noticia que la había afectado mucho.

—Ah. La noticia que trajo el doctor Calgary.

—Sí, sí, aunque no lo mencionó en aquel momento. Pero estaba muy afectada. Parecía… no sé explicarlo…

—Sangre irlandesa.

—Parecía completamente perturbada, aterrorizada. Bueno, no sé explicarlo.

—Bueno ¿y qué esperabas? Todavía no tiene veinte años, ¿verdad?

—Pero *¿por qué* le afecta tanto? Le digo a usted, Mac, que está muerta de miedo por algo.

—Hum, sí, bueno, sí, es posible.

—¿Cree usted…? ¿Qué es lo que está pensando?

—Me parece que sería mejor saber lo que estás pensando tú.

—Me figuro que si no fuera médico ni siquiera se me pasaría por la imaginación semejante cosa —replicó el joven con amargura—. Hester es mi novia y mi novia no podría hacer nada malo. Pero siendo médico…

—Sí, vamos, será mejor que lo sueltes de una vez.

—Es que yo sé algo de lo que pasa en la mente de Hester. Es víctima de inseguridad precoz.

—Sí. Así es como lo llamamos ahora.

—No ha tenido tiempo todavía de formarse debidamente. Cuando se cometió el asesinato sufría un sentimiento muy natural en una adolescente, resentimiento contra la autoridad, deseo de escapar del amor asfixiante que tanto daño está haciendo en nuestros días. Quería rebelarse, huir. Todo eso me lo dijo ella misma. Se escapó y se incorporó a una compañía teatral de poca categoría. Creo que su madre se portó, dadas las circunstancias, muy bien. Propuso que Hester fuera a Londres a estudiar arte dramático, si ése era su deseo. Pero no era eso lo que Hester quería. Eso de escaparse para trabajar en el teatro fue sólo un gesto, en realidad. En el fondo, no quería prepararse para la escena y dedicarse en serio a la profesión. Sólo quería demostrar que era capaz de valerse por sí misma. De todos modos, los Argyle no

trataron de coaccionarla. Le pasaron una cantidad muy generosa.

—Lo cual fue muy inteligente por su parte —opinó MacMaster.

—Y entonces tuvo aquel estúpido romance con un actor de la compañía, un hombre de mediana edad. Por fin, ella misma se convenció de que aquel hombre no le convenía. Mrs. Argyle intervino y Hester volvió a casa.

—Después de haber aprendido su lección, como decían en mi juventud. Claro que uno nunca aprende su lección. Hester no la aprendió.

—Seguía llena de un secreto resentimiento —continuó Donald Craig con ansiedad—, empeorado por la evidencia de que su madre tenía toda la razón, que no valía nada como actriz y que el hombre a quien había entregado su afecto no se lo merecía. Además, ni siquiera lo quería realmente. La idea de que «mamá tiene razón» siempre les resulta de lo más irritante a los jóvenes.

—Sí. Ése fue uno de los problemas de la pobre Mrs. Argyle, aunque ella nunca lo consideró de ese modo: el hecho de que casi siempre *tenía* razón. Si hubiera sido una de esas mujeres que contraen deudas, extravían las llaves, pierden los trenes, cometen tonterías y tienen que sacarlas del atolladero otras personas, su familia la hubiera querido mucho más. Es triste y cruel, pero así es la vida. Y no tuvo la astucia de salirse con la suya con disimulo. Estaba orgullosa de su poder y su buen juicio, y tenía mucha seguridad en sí misma. Es bastante molesto encontrarse con esto cuando se es muy joven.

—Ya lo sé —afirmó Craig—. Me doy cuenta de todo eso. Por eso precisamente, porque me doy perfecta cuenta, creo… me pregunto… —De pronto se calló.

—Será mejor que lo diga yo por ti, ¿no te parece, Don? Tienes miedo de que haya sido tu Hester la que oyó la pelea entre su madre y Jacko, que se excitó mucho al oírla y que, en un arranque de rebelión contra la autoridad y contra la arrogante pretensión de omnisciencia de su madre, fuera a la habitación, cogiera el atizador y la matara. De eso es de lo que tienes miedo, ¿verdad?

El joven meneó la cabeza tristemente.

—No exactamente. No lo creo realmente, pero pienso que *pudo* haber ocurrido. No creo que Hester tenga el equilibrio necesario para… Me parece que es más joven de lo que le corresponde por su

edad, no tiene seguridad en sí misma, está predispuesta a tener problemas mentales. Me pongo a analizar a todos los de la casa y ninguno de ellos me parece capaz de hacer una cosa así, hasta que llego a Hester. Entonces no estoy seguro.

—Comprendo. Sí, comprendo.

—No la censuro realmente —se apresuró a decir el otro—. No creo que la pobrecilla supiera lo que hacía. No puedo considerarlo como un asesinato. Fue simplemente un acto de desafío emocional, de rebeldía, de ansia de libertad, convencida de que nunca sería libre hasta… hasta que su madre ya no estuviera allí.

—Y eso probablemente es muy cierto. Éste es el único motivo que existe y es algo peculiar. No vale mucho a los ojos de la ley. El deseo de ser libre, libre del sometimiento a una personalidad más fuerte. Como ninguno de ellos heredó una elevada suma de dinero a la muerte de Mrs. Argyle, la ley considerará que no tenían motivos. Pero incluso el control económico debía de estar en gran parte en manos de Mrs. Argyle, a través de su influencia sobre los administradores. Sí, su muerte fue una liberación para todos. No sólo para Hester, hijo mío. Dejó a Leo en libertad de casarse con otra mujer. Dejó a Mary en libertad de poder atender a su marido como ella quería. Dejó a Micky en libertad de vivir su propia vida del modo que le gustaba. Incluso Tina, sentada en su biblioteca, puede que haya deseado esa libertad.

—Tenía que venir a hablar con usted. Tenía que saber lo que usted pensaba, si cree que puede ser verdad.

—¿Lo de Hester?

—Sí.

—Creo que *pudo* ser verdad —manifestó MacMaster lentamente —, pero no sé si lo es.

—¿Cree usted que pudo haber ocurrido tal como he dicho?

—Sí. Creo que lo que has pensado no está muy traído por los pelos y que existe cierta posibilidad de que haya ocurrido así. Pero no es seguro ni mucho menos. Donald, medítalo mejor.

El joven suspiró.

—Tengo que *estar seguro*. Eso es lo que necesito de verdad. Tengo que *saberlo*. Si Hester me lo dice, si me lo dice ella misma, entonces… entonces todo se arreglará. Nos casaremos lo antes posible. Yo cuidaré de ella.

—Menos mal que el superintendente Huish no puede oírte —dijo MacMaster secamente.

—Por regla general, soy un ciudadano respetuoso con las leyes. Pero usted mismo sabe muy bien, Mac, cómo se trata a la psiquiatría en los tribunales. Según mi punto de vista, fue un accidente desgraciado, no un caso de asesinato a sangre fría, ni tampoco un asesinato cometido en un acaloramiento.

—Tú estás enamorado de la chica.

—Le estoy hablando a usted confidencialmente, recuerde.

—Eso tengo entendido.

—Lo único que digo es que si Hester me lo dice y yo sé la verdad, lo olvidaremos juntos. Pero tiene que decírmelo. No puedo vivir sin saber la verdad.

—¿Quieres decir que no estás dispuesto a casarte con ella con esa duda ensombreciendo su vida?

—¿Lo estaría usted en mi caso?

—No lo sé. En mis tiempos, si me ocurriera esto y estuviera enamorado de la chica, seguramente estaría convencido de que es inocente.

—No me importa gran cosa su culpabilidad o su inocencia, lo que necesito *saber* es la verdad.

—Y si hubiese matado a su madre, ¿estarías dispuesto a casarte con ella y ser muy feliz?

—Sí.

—No lo creas. Te preguntarías si el sabor amargo del café es sólo café y pensarías que el atizador de la chimenea es demasiado grande. Y ella adivinaría lo que estabas pensando. No resultaría.

CAPÍTULO X

1

—Estoy seguro, Marshall, de que comprenderá usted las razones que me han movido a pedirle que venga aquí para celebrar esta reunión.

—Sí, desde luego —respondió Marshall—. La verdad es que si no lo hubiera propuesto usted, Mr. Argyle, yo mismo lo hubiera hecho. La noticia aparece hoy en todos los periódicos y no hay la menor duda de que renacerá el interés de la prensa por el caso.

—Ya han llamado algunos solicitando entrevistas —intervino Mary Durrant.

—Sí, era de esperar. Yo aconsejaría que adoptaran ustedes la postura de los que no tienen nada que decir. Naturalmente, están ustedes encantados de recibirlos y muy agradecidos, pero prefieren no discutir el asunto.

—El superintendente Huish, que llevó el caso, vendrá mañana por la mañana para hablar con nosotros —señaló Leo.

—Sí, sí, me temo que reabrirán el caso, aunque la verdad es que no creo que la policía tenga muchas esperanzas de llegar a ningún resultado positivo. Después de todo, han pasado dos años y cualquier cosa que pudiera recordar la gente en aquel entonces, la gente del pueblo, quiero decir, habrá sido olvidada. En cierto sentido, claro, es una lástima, pero no se puede evitar.

—Todo está muy claro —señaló Mary—. La casa estaba bien protegida contra los ladrones, pero si alguien vino solicitando ayuda de mi madre en relación con algún caso especial o pretendiendo ser

amigo de ella, no tengo la menor duda de que esa persona hubiera sido admitida. Creo que eso es lo que pasó. Mi padre creyó oír un timbrazo un momento antes de las siete.

Marshall miró a Leo, interrogante.

—Sí, creo que dije eso. Naturalmente, no puedo recordarlo muy claramente ahora, pero en aquel entonces tuve la impresión de que había oído un timbrazo. Iba a bajar y entonces me pareció oír abrir y cerrar la puerta. No oí voces y nadie intentó entrar por la fuerza ni se introdujo de modo ilegal. Creo que de ser así lo hubiera oído.

—Claro, claro —manifestó el abogado—. Sí, creo que no existe duda alguna de que fue así como ocurrió. Por desgracia, sabemos demasiado bien con cuanta frecuencia una persona sin escrúpulos es admitida en una casa, contando una historia verosímil y, una vez dentro, esa persona no vacila en golpear al ama de casa y marcharse con todo el dinero que encuentra. Sí, yo creo que debemos dar por sentado que eso es lo que ocurrió.

Habló con una voz demasiado persuasiva. Mientras hablaba, dirigió una mirada a su alrededor y observó con atención a los allí reunidos, clasificándolos meticulosamente. Mary Durrant, guapa, desprovista de imaginación, imperturbable, incluso un poco distante, al parecer totalmente segura de sí misma. Detrás de ella, en su silla de ruedas, su esposo. Un hombre inteligente ese Philip Durrant, se dijo Marshall. Un hombre que podía haber hecho grandes cosas y llegado lejos de no ser por su mala cabeza en todo lo relacionado con los negocios. Durrant, pensó Marshall, no estaba tomándose el asunto con tanta calma como su mujer. Sus ojos tenían una expresión alerta y preocupada. Él, mejor que nadie, se daba cuenta de las consecuencias que podía traer todo aquello. Claro que podía ser que Mary Durrant no estuviera tan tranquila como aparentaba. Ya desde niña siempre había sabido ocultar sus sentimientos.

Philip Durrant se movió un poco en su silla y observó al abogado con una expresión inquieta en sus ojos vivos e inteligentes, y Mary volvió la cabeza con rapidez. La adoración total reflejada en la mirada que dirigió a su esposo casi asustó al abogado. Sabía, naturalmente, que Mary Durrant era una esposa abnegada. Pero, después de considerarla durante tanto tiempo como una criatura tranquila, poco apasionada, sin grandes afectos ni antipatías, le

sorprendió la súbita revelación. ¿De modo que ésos eran sus sentimientos hacia su marido? En cuanto a Philip Durrant, parecía intranquilo. Le preocupaba el futuro, pensó Marshall. ¡Y tenía razón para preocuparse!

Delante tenía a Micky: joven, bien parecido, amargado. ¿Por qué se habría vuelto tan amargado? ¿No le habían dado siempre todo lo que había querido? ¿Por qué tendría que tener esa expresión del que está perpetuamente contra el mundo? Al lado de Micky se sentaba Tina. Muy morena, de voz suave, con grandes ojos oscuros y una gracia sinuosa en sus movimientos. Parecía un elegante gatito negro. Estaba tranquila, aunque quizás hubiera una emoción oculta detrás de su aparente calma. Marshall sabía muy poco sobre Tina. Había aceptado el empleo de bibliotecaria en la Biblioteca Municipal que le había propuesto Mrs. Argyle. Tenía un piso en Redmyn y pasaba los fines de semana en Sunny Point. Era, al parecer, una persona dócil y feliz. Pero ¿quién sabe? En cualquier caso estaba fuera del asunto o debía estarlo. No había estado en Sunny Point aquella noche. Claro que, por otra parte, Redmyn sólo estaba a veinticuatro millas de distancia. Sin embargo, era de suponer que Tina y Micky no estuvieran complicados en el asunto.

Marshall dirigió una mirada rápida a Kirsten Lindstrom, que le observaba con cierta actitud beligerante. Supongamos, pensó, que hubiera sido ella la que perdió la cabeza y atacó a la señora. No le hubiera sorprendido mucho. Nada le sorprende a uno mucho cuando lleva muchos años en la profesión. La jerga moderna tiene una expresión para esas personas: solterona reprimida. Envidiosa, celosa, alimentando resentimientos justificados o no. Sí, tenían una expresión para calificar a esas personas. Y qué cómodo hubiera sido, pensó Mr. Marshall con cierta falta de decoro. Sí, muy cómodo. Una extranjera. Nadie de la familia. ¿Hubiera sido capaz Kirsten Lindstrom de envolver deliberadamente a Jacko en una trampa como aquella, aprovechándose de la circunstancia de haber oído la pelea? Eso era mucho más difícil de creer. Porque Kirsten Lindstrom adoraba a Jacko. Siempre había querido mucho a todos los niños. No, no podía creer eso de ella. Una lástima, porque… Pero no debía dejar que sus pensamientos tomaran aquel rumbo.

Su mirada se fijó en Leo Argyle y en Gwenda Vaughan. Su compromiso no había sido anunciado, lo que era preferible. Una

decisión muy prudente. Incluso había escrito a Argyle insinuándoselo. Claro que probablemente era un secreto a voces en la localidad y seguro que la policía lo tenía en cuenta. Desde el punto de vista de la policía, una solución adecuada. Había un sinnúmero de precedentes. Marido, mujer y otra mujer. Sólo que Marshall no podía creer que Leo Argyle hubiera atacado a su esposa. No, no podía creerlo. Después de todo, lo conocía desde hacía muchos años y siempre había tenido de él la mejor opinión. Era un intelectual. Un hombre interesado por sus semejantes, muy culto y con una actitud filosófica y distante ante la vida. No era de los que matan a su mujer con un atizador. Naturalmente, cuando un hombre de cierta edad se enamora… ¡Pero no! Todo eso estaba muy bien para los periódicos sensacionalistas, una placentera lectura dominical en toda Gran Bretaña. No podía imaginarse a Leo…

¿Y la mujer? A Gwenda Vaughan no la conocía tanto. Observó sus labios gruesos, su figura llena, bien formada. Estaba muy enamorada de Leo. Sí, probablemente hacía mucho tiempo que lo estaba. ¿Qué tal el divorcio? ¿Habría podido divorciarse Leo? ¿Qué hubiera pensado sobre esto Mrs. Argyle? No tenía la menor idea, pero no creía que este plan atrajera a Leo Argyle, un hombre chapado a la antigua. No creía que Gwenda Vaughan fuera amante de Leo Argyle, lo que hacía más probable que si Gwenda hubiera visto la oportunidad de eliminar a Mrs. Argyle, con la certidumbre de que las sospechas no recaerían sobre ella… Se detuvo sin continuar con el pensamiento. ¿Hubiera sacrificado a Jacko sin ningún escrúpulo? No creía que le tuviera cariño a Jacko. El encanto de Jacko no había tenido influencia sobre ella. Y las mujeres, Mr. Marshall lo sabía muy bien, eran despiadadas. Así que no podía eliminarse a Gwenda Vaughan. Era muy difícil que la policía consiguiera la menor prueba después de tanto tiempo. No veía qué pruebas podía haber contra ella. Había estado en la casa aquel día, había estado con Leo en la biblioteca, se había despedido de él y había bajado las escaleras. Nadie podía decir si había ido o no al salón de Mrs. Argyle, había cogido el atizador y acercado por la espalda a la confiada señora, inclinada sobre sus papeles. Después de golpear a Mrs. Argyle, Gwenda Vaughan no tenía más que tirar el atizador y marcharse a su casa, saliendo por la puerta principal. No veía posible que ni la policía ni nadie la descubriera si era eso lo

que había hecho.

Su mirada pasó a fijarse en Hester. Una muchacha bonita. No, no bonita, sino hermosa. Con una hermosura extraña y un poco inquietante. Le hubiera gustado saber quiénes habían sido sus padres. Parecía un poco salvaje y alocada. Sí, casi podía utilizarse la palabra desesperada. ¿Por qué estaba desesperada? Había cometido la tontería de escaparse de casa para trabajar en el teatro y había tenido unas relaciones estúpidas con un indeseable. Luego había recuperado el juicio, regresado a casa con Mrs. Argyle y vuelto a la rutina. De todos modos, no podía eliminar a Hester, porque no se sabía bien lo que pasaba por su cabeza. No sabía uno lo que podría hacer en un momento de desesperación. Pero tampoco lo sabría la policía.

En realidad, pensó Mr. Marshall, era muy improbable que la policía, aunque llegara a alguna conclusión sobre la personalidad del asesino, pudiera hacer nada. De modo que, en conjunto, la situación era satisfactoria. ¿Satisfactoria? Se sobresaltó un poco al analizar la palabra. ¿Era satisfactorio que todo terminara en un punto muerto? Se preguntó si los Argyle sabrían la verdad. No, no la sabían. Excepto, naturalmente, que uno de ellos la sabía muy bien. No, no sabían la verdad, pero ¿la sospechaban? Si no era así, no tardarían en hacerlo cuando comenzaran a revivir lo sucedido. Sí, era una situación muy molesta.

Todos estos pensamientos no le habían llevado mucho tiempo. Marshall salió de su ensimismamiento y vio que Micky le miraba con expresión burlona.

—¿De modo que ése es el veredicto, Mr. Marshall? —preguntó Micky—. ¿Cree usted en el extraño, el intruso desconocido, el traidor que asesina, roba y no es descubierto?

—Parece que eso es lo que tendremos que aceptar —contestó Marshall.

Micky se echó hacia atrás en su asiento y se rió.

—Ésa es nuestra historia y nos aferramos a ella, ¿verdad?

—Sí, Michael, eso es lo que yo aconsejaría. —En la voz de Marshall había una nota de advertencia.

Micky meneó la cabeza.

—Comprendo. Eso es lo que usted aconseja. Sí, sí creo que tiene usted razón. Pero no la cree, ¿verdad?

Marshall le miró muy fríamente. Eso era lo malo de tener que tratar con personas que no tenían el sentido legal de la discreción. Insistían en decir cosas que es mejor no manifestar.

—Ésa es mi humilde opinión.

Lo cortante de su tono implicaba una profunda desaprobación. Micky miró a los demás.

—¿Qué es lo que opinamos nosotros? —preguntó en general—. Di, Tina, querida, que estás ahí tan tranquila con tu aire despectivo, ¿no tienes ninguna idea? ¿Ninguna versión extraoficial? ¿Y tú, Mary? No has hablado mucho.

—Naturalmente, estoy de acuerdo con Mr. Marshall —replicó Mary un poco cortante—. ¿Qué otra solución puede haber?

—Philip no está de acuerdo contigo —señaló Micky.

Mary volvió la cabeza con viveza para mirar a su marido.

—Será mejor que sujetes tu lengua, Micky. Nunca sale nada bueno de hablar cuando se está en un aprieto. Y nosotros estamos en un aprieto —manifestó Philip sin perder la calma.

—¿De modo que nadie tiene opiniones? —insistió Micky—. Muy bien, así sea. Pero vamos a pensar todos un poco en el tema cuando nos vayamos a la cama esta noche. Puede que sea conveniente, ¿sabéis? Después de todo, a uno le gusta saber por dónde anda. ¿Tú no sabes nada, Kirsten? Siempre lo sabes todo. Creo recordar que siempre sabías todo lo que ocurría en esta casa, aunque tengo que reconocer que nunca lo contabas.

Kirsten Lindstrom manifestó con dignidad:

—Creo, Micky, que deberías sujetar tu lengua. Mr. Marshall tiene razón. No es prudente hablar demasiado.

—Podemos decidirlo por votación. O escribir un nombre en un trozo de papel y echarlo en un sombrero. Eso sería interesante, ¿verdad? A ver quién se llevaba los votos.

Esta vez, la voz de Kirsten sonó más fuerte.

—Cállate. No te portes como el niño tonto e inquieto que siempre has sido. Ahora eres un hombre.

—Lo único que he dicho es por qué no pensamos en el asunto —manifestó Micky desconcertado.

—Ya pensaremos en el asunto —replicó Kirsten.

Y en su voz había amargura.

CAPÍTULO XI

1

La noche cayó sobre Sunny Point. Al cobijo de sus paredes, siete personas se retiraron a descansar, pero ninguna de ellas durmió bien.

Philip Durrant, a partir de la enfermedad y de la pérdida de la actividad física, se recreaba cada vez más en la actividad intelectual. Dotado de una gran capacidad, se daba cuenta ahora de los recursos que la inteligencia le ofrecía. A veces se divertía prediciendo las reacciones ante ciertos estímulos de las personas que le rodeaban. Muchas veces, lo que decía o hacía no era natural, sino premeditado, dicho y hecho con el único fin de observar la reacción de alguien. Para él era un juego. Cuando acertaba la reacción, se apuntaba un tanto.

Como consecuencia de este pasatiempo se encontró, quizá por primera vez en su vida, con capacidad para distinguir las diferencias y las realidades de la personalidad humana.

Hasta entonces, las personas como tales, no le habían interesado mucho. La gente que le rodeaba o que le presentaban le gustaba o le desagradaba, le divertía o le aburría. Siempre había sido un hombre de acción, no un hombre de pensamiento. Había empleado su imaginación, muy fértil, en idear varios sistemas para hacer dinero. Todos estos sistemas eran buenos en esencia, pero habían fracasado por su falta absoluta de habilidad comercial. Había considerado a las personas como peones de un juego. Después, a partir de su enfermedad, apartado de su antigua vida activa, se vio obligado a

considerar a las personas como eran realmente.

Había empezado en el hospital, donde, a falta de ocupación mejor, se había entretenido con los amoríos de las enfermeras, con las rivalidades secretas y con las pequeñas ofensas de aquel mundillo. Y esta ocupación fue convirtiéndose rápidamente en costumbre. Personas, eso era todo lo que la vida le ofrecía ahora. Sólo personas. Gente a la que podía estudiar, catalogar, cuyos secretos podía descubrir. Decidir por sí mismo qué es lo que les hacía reaccionar y comprobar si había acertado o no. Verdaderamente, podía ser muy interesante.

Aquella noche, sentado en la biblioteca, se había dado cuenta de lo poco que sabía en realidad sobre la familia de su mujer. ¿Cómo eran de verdad? Exteriormente los conocía muy bien, pero ¿cómo eran por dentro?

Era extraño lo poco que sabía uno de las personas. ¿Incluso de su propia mujer? Observó a Mary con expresión pensativa. ¿Qué sabía de Mary en realidad?

Se había enamorado de ella porque era guapa y su forma de ser calmada y formal. Además, tenía dinero, y eso también había que incluirlo. Se lo hubiera pensado mucho antes de casarse con una chica que no tuviera un penique. Todo le había parecido muy conveniente y se había casado con ella. La hacía rabiar, la llamaba Polly y disfrutaba viendo su expresión de desconcierto cuando decía bromas que ella no podía comprender. Pero ¿qué sabía de ella en realidad? ¿Qué sabía de lo que pensaba o sentía? Sabía, desde luego, que lo quería con un amor profundo y apasionado. Y al pensar en aquel amor, se removió en su asiento un poco incómodo, y encogió los hombros como si quisiera librarlos de un peso. Estaba muy bien aquel amor cuando podía librarse de él durante nueve o diez horas al día. Era agradable volver a casa y encontrarlo. Pero ahora estaba envuelto en ese amor, se sentía observado, cuidado, mimado. Le hacía a uno desear un poco de saludable abandono. Tenía que encontrar medios de evasión. Medios mentales, ya que no había posibilidad de otros. Tenía que evadirse a las regiones de la fantasía y la reflexión.

Reflexionar. Por ejemplo, sobre quien sería el responsable de la muerte de su suegra. No le había caído bien su suegra, y a la inversa. No había querido que Mary se casara con él (posiblemente,

no hubiera querido que se casara con nadie), pero no había podido impedirlo. Él y Mary habían empezado su vida en común, felices e independientes, y luego las cosas empezaron a torcerse. Primero la compañía sudamericana, después Accesorios para Bicicletas, S. L. Buenas ideas ambas, pero se había equivocado al calcular el capital necesario, y luego la huelga de ferrocarriles en Argentina había venido a completar el desastre. Había sido todo cuestión de mala suerte, pero le parecía que, en cierto modo, Mrs. Argyle había sido la responsable. No había querido que triunfara. Después la enfermedad. Parecía como si la única solución fuera ir a vivir a Sunny Point, donde tenían la seguridad de ser bien recibidos. A él no le habría importado mucho. Un hombre inútil, un medio hombre, ¿qué más daba que estuviera en un sitio o en otro? Pero a Mary le había importado.

Bueno, no había sido necesario vivir permanentemente en Sunny Point. Mrs. Argyle había sido asesinada. Los administradores habían aumentado la asignación de Mary y se habían independizado de nuevo.

No había sentido gran cosa por la muerte de Mrs. Argyle. Hubiera sido más agradable, naturalmente, que hubiera muerto en su cama de pulmonía o algo por el estilo. Un asesinato era una cosa muy desagradable, con tanta publicidad y los titulares sensacionalistas. Sin embargo, dentro de lo que son los asesinatos, aquel había sido bastante satisfactorio, ya que era evidente que a la persona que lo había cometido le faltaba un tornillo y todo podía explicarse convenientemente en jerga psiquiátrica. Tampoco era hermano de Mary, sino uno de aquellos «hijos adoptivos», niños con lacras que, con frecuencia, acaban mal. Pero ahora las cosas no presentaban tan buen cariz. Al día siguiente, el superintendente Huish iba a interrogarlos, con su suave voz del oeste del país. Quizá fuera conveniente pensar en las respuestas.

Mary se cepillaba su larga melena rubia delante del espejo. Le irritó mucho su tranquilo y apacible alejamiento de las cosas.

—¿Tienes preparada tu historia para mañana, Polly?

Ella volvió hacia él su mirada atónita.

—Vendrá el superintendente Huish. Volverá a preguntarte todos tus movimientos en la noche del nueve de noviembre.

—Ah, sí. Hace tanto tiempo. Es muy difícil acordarse.

—Pero *él* se acuerda, Polly. Ésa es la cuestión. *Él* se acuerda. Todo está anotado en un bonito cuaderno de la policía.

—¿Sí? ¿Conservan esas cosas?

—¡Probablemente conservan todo por triplicado durante diez años! Bueno, la relación de tus movimientos es muy sencilla, Polly. No te moviste. Estabas aquí conmigo en esta habitación. Y yo en tu lugar no mencionaría que saliste de la habitación entre las siete y las siete y media.

—Sólo fui al lavabo —protestó Mary—. Todo el mundo necesita ir al lavabo.

—No mencionaste el hecho entonces. Lo recuerdo.

—Me olvidaría de hacerlo.

—Me pareció que a lo mejor era el instinto de conservación. En cualquier caso, recuerdo que te apoyé. Estuvimos aquí juntos, jugando al *picquet*, desde las seis y media hasta que Kirsten dio la voz de alarma. Eso es lo que dijimos y eso es lo que tenemos que mantener.

—Muy bien, mi vida —asintió Mary de un modo plácido y desprovisto de interés.

«¿Es que no tiene imaginación? —se preguntó Philip—. ¿No se da cuenta de los malos tragos que nos esperan?».

Se inclinó hacia delante.

—Es interesante, ¿sabes? ¿No te interesa saber quién la mató? Todos sabemos, Micky tenía razón en eso, que fue uno de nosotros. ¿No tienes interés en saber quién?

—No fuimos ni tú ni yo.

—¿Y eso es lo único que te importa? ¡Polly, eres maravillosa!

Ella enrojeció ligeramente.

—No veo que tenga nada de extraño.

—No, ya veo que no lo comprendes. Yo soy diferente. Yo tengo curiosidad.

—No creo que lleguemos a saberlo nunca. No creo que la policía llegue a saberlo nunca.

—Puede que no. Desde luego, no tiene casi nada en que fundarse. Pero nosotros no estamos en la misma situación que la policía.

—¿Qué quieres decir, Philip?

—Bueno, sabemos algunas interioridades. Conocemos por dentro

a nuestro pequeño grupo, tenemos una idea bastante aproximada de cómo son. Por lo menos, tú deberías tenerla. Te has criado con todos ellos. Vamos a ver cuál es tu opinión. ¿Quién crees *tú* que fue?

—No tengo ni idea, Phil.

—Entonces, haz una conjetura.

—Prefiero no saber quién fue —replicó Mary vivamente—. Prefiero no pensar siquiera en ello.

—¿Avestruz?

—Francamente, no veo el objeto de hacer conjeturas. Es mucho mejor no saber nada. Entonces podremos continuar como antes.

—Ah, no, no podemos. En esto te equivocas, pequeña. La descomposición ha empezado ya.

—¿Qué quieres decir?

—Fíjate en Hester y en su novio, el formal doctor Donald. Buen chico, serio, preocupado. No cree realmente que haya sido ella, ¡pero no está seguro de que no haya sido! Y la mira ansioso cuando cree que ella no lo nota. Pero ella lo nota. ¡Ahí tienes! Puede que *haya sido* ella. Tú debes saberlo mejor que yo. Pero si no ha sido, ¿qué es lo que va a hacer con su novio? ¿Decir una y otra vez: «Por favor, créeme, yo no fui»? Eso es lo que hubiera dicho de todos modos.

—La verdad, Philip, creo que son imaginaciones tuyas.

—*Tú*, en cambio, no puedes imaginar nada, Polly. Luego fíjate en el pobre Leo. Las campanas de su boda con Gwen se alejan. La chica está disgustadísima. ¿No lo has notado?

—La verdad, no veo por qué papá quiere volverse a casar, ¡a su edad!

—¡Él sí lo ve! Pero ve también que cualquier sombra de amoríos entre él y Gwenda les proporciona a los dos un buen motivo para cometer al asesinato. ¡Difícil situación!

—¡Es absurdo pensar ni por un momento que papá hubiese asesinado a mamá! Esas cosas no pasan.

—Sí que pasan. Lee los periódicos.

—No les pasan a personas como nosotros.

—Los asesinatos no son privativos de una clase determinada, Polly. Luego está Micky. Algo le está consumiendo. Es un chico extraño y amargado. Tina parece a salvo, tranquila, impasible. Pero

tiene una cara que no dice nada. Luego está la pobre Kirsty.

El rostro de Mary se animó un poco.

—¡Eso *podría* ser una solución!

—¿Kirsty?

—Sí. Después de todo es extranjera. Y creo que tiene dolores de cabeza muy fuertes desde hace un año o dos. Parece mucho más probable que haya sido ella que uno de nosotros.

—Pobre desgraciada. ¿No ves que eso es lo que se está diciendo a sí misma? ¿Que todos nos pondremos de acuerdo para creer que ha sido ella? Porque nos conviene. Porque no pertenece a la familia. ¿No has visto esta noche lo preocupada que estaba? Y se encuentra en la misma posición de Hester. ¿Qué puede decir o hacer? Decirnos a todos: «¡Yo *no* maté a mi amiga y señora!». ¿Qué peso puede tener esa afirmación? Puede que para ella sea peor que para los demás. Porque está sola. Estará repasando cada palabra dicha, cada mirada irritada dirigida a tu madre, pensando que la recordaremos y la utilizaremos contra ella, impotente para probar su inocencia.

—¿Por qué no te tranquilizas, Phil? Después de todo, ¿qué podemos hacer *nosotros*?

—Sólo trato de descubrir la verdad.

—No es posible.

—Puede que haya ciertos medios. Me gustaría mucho probarlo.

Mary parecía incómoda.

—¿Qué medios?

—Decir cosas, observar cómo reaccionan las personas. Podría uno pensar en algo que tuviera un significado para el culpable, pero que no significara nada para el inocente. —Se calló, dándole vueltas en la cabeza a sus ideas. Luego miró a su mujer—. ¿No quieres ayudar a los inocentes, Mary?

—¡No! —La palabra salió como una explosión. Se acercó a él y se arrodilló junto a la silla—. No quiero que te mezcles en todo eso, Phil. No empieces a decir cosas y a poner trampas. Deja en paz el asunto. Por amor de Dios, ¡déjalo en paz!

Phil enarcó las cejas.

—¡Vaya, vaya! —Y posó una mano en la cabeza dorada.

2

Michael Argyle, sin poder conciliar el sueño, tenía la vista fija en la oscuridad.

Su mente daba vueltas y más vueltas, como una ardilla en su jaula, pensando en el pasado. ¿Por qué no podía dejarlo atrás? ¿Por qué tenía que arrastrar el pasado a lo largo de toda su vida? Después de todo, ¿qué importaba? ¿Por qué tenía que recordar tan claramente la habitación caliente y alegre, y cómo le llamaban ««nuestro Micky»? ¡Que divertido era corretear por las calles, con pandillas de chiquillos! Su madre, con su cabeza dorada (tinte barato, pensó, con sus conocimientos de adulto), sus repentinas furias, cuando le zurraba (la ginebra, claro) y su alegría desenfrenada cuando estaba de buen humor. ¡Aquellas deliciosas cenas de pescado frito y patatas! Su madre cantaba baladas sentimentales. Algunas veces iban al cine. Claro que siempre estaba alguno de los «tíos». Así era como Micky tenía que llamarlos siempre. Su propio padre se había marchado antes de que tuviera edad suficiente para recordarlo. Pero su madre no hubiera consentido que el «tío» de turno le pusiera la mano encima. «Deja en paz a nuestro Micky», decía.

Luego había venido la excitación de la guerra. Esperando a los bombarderos de Hitler, las falsas alarmas, las sirenas. Bajaban al metro y pasaban allí las noches. ¡Qué divertido! Estaba allí todo el barrio, con los bocadillos y las botellas de limonada. Los trenes pasaban durante toda la noche. ¡Aquella sí que era vida! ¡En medio del jaleo!

Después había venido aquí, al campo. ¡Un lugar tranquilo y aburrido, donde no ocurría nada!

«Volverás cuando todo se acabe, cariño», había dicho su madre, pero lo había dicho como si no fuera del todo cierto. No parecía que le hubiera disgustado su marcha. ¿Y por qué no le había acompañado? Muchos de los chicos de la calle habían sido evacuados con sus madres. Pero su madre no había querido ir. Se iba al norte (con el tío de turno, el tío Harry), a trabajar en una fábrica de municiones.

Debía de haberse dado cuenta de que su madre no le quería, a pesar de su afectuosa despedida. La ginebra era lo único que le

importaba, la ginebra y los «tíos».

Y él había vivido en Sunny Point, cautivo, prisionero, comiendo comidas insípidas, a las que no estaba acostumbrado, acostándose (¡increíble!) a las seis de la tarde, después de una cena absurda, consistente en leche y galletas (¡leche y galletas!), llorando en la cama, sin poder dormir, con la cabeza metida debajo de las mantas, llorando por su madre y por su casa.

¡La culpa la tuvo aquella mujer! Lo había atrapado y no quiso dejarle marchar. Mucha palabrería sentimentaloide y juegos estúpidos. Esperaba algo de él, algo que él había decidido no darle. No importaba. Esperaría. ¡Tendría paciencia! Y un día, ¡qué maravilloso día!, volvería a casa. Volvería a callejear con los chicos, a los estupendos autobuses rojos, al Metro, al pescado frito y patatas, al tráfico y a los gatos del barrio. Repasó con añoranza todo el catálogo de placeres. Tenía que esperar. La guerra no iba a durar siempre.

Allí estaba él, metido en aquel sitio estúpido, mientras las bombas caían por todo Londres y medio Londres estaba ardiendo. ¡Huy! Vaya hogueras que habría: gente que moría y casas que se derrumbaban.

En su cabeza lo veía en glorioso tecnicolor.

No importaba. Cuando se acabara la guerra, volvería con su madre. Se extrañaría mucho de ver cuánto había crecido.

En la oscuridad, Micky Argyle suspiró profundamente.

La guerra *había terminado*. Habían derrotado a Hitler y a Mussolini. Algunos de los niños volvían a sus casas. Ya faltaba poco. Y entonces, *Ella* había vuelto a Londres y había dicho que se iba a quedar en Sunny Point y que iba a ser su hijito.

Él había dicho: «¿Dónde está mamá? ¿La mató una bomba?».

Si la hubiera matado una bomba… bueno, no hubiera sido tan malo. A las madres de otros chicos les había ocurrido.

Pero Mrs. Argyle dijo que no había muerto. Pero tenía que hacer un trabajo muy difícil y no podía atender a un niño, cosas de ese tipo, dorándole la píldora con palabras vacías de significado.

Su madre no le quería, no quería que volviera. Tenía que quedarse allí, para siempre.

Después de eso, había comenzado a espiar, en un intento de escuchar algo que aclarara el misterio y, por fin, oyó algo, un trozo

de conversación entre Mrs. Argyle y su marido: «Encantada de librarse de él… completamente indiferente» y algo sobre cien libras. Entonces supo que su madre lo había vendido por cien libras.

¡Nunca pudo sobreponerse a la humillación y el dolor que sintió! ¡Y *Ella* lo había comprado! La vio como la personificación del poder, alguien contra quien él, con sus escasas fuerzas, no podía. Pero crecería, algún día sería fuerte, sería un hombre. Y entonces la mataría.

Una vez tomada esta resolución, se sintió mejor.

Las cosas mejoraron cuando fue al colegio. Pero odiaba las vacaciones por culpa de *Ella*. Siempre arreglándolo todo, haciendo planes, colmándole de regalos. Estaba desconcertada, viéndole tan poco efusivo. No podía resistir que *Ella* le besara, y había disfrutado desbaratando los estúpidos planes que forjaba para él. ¡Trabajar en un banco! ¡En una compañía petrolera! Desde luego, no. Buscaría un trabajo por sí mismo.

Cuando estaba en la universidad, trató de seguir la pista a su madre. Se enteró de que había muerto hacía varios años en un accidente de automóvil, con un hombre que conducía completamente borracho.

¿Por qué no olvidarlo todo entonces? ¿Por qué no pasarlo bien y vivir la vida? No sabía por qué, pero no podía hacerlo.

Y ahora, ¿qué iba a ocurrir ahora? *Ella* estaba muerta, ¿no? Creía que le había comprado por cien miserables libras. Creía que podía comprarlo todo, casas, coches e hijos, porque no podía tenerlos. ¡Se creía Dios Todopoderoso!

Pues no lo era. Un golpe en la cabeza con un atizador ¡y se convirtió en un cadáver como cualquier otro! (Como el cadáver de melena dorada del accidente de la carretera del norte).

Ella estaba muerta, ¿verdad? ¿Por qué preocuparse?

¿Qué era lo que pasaba? ¿Era que no podía seguir odiándola porque estaba muerta?

De modo que la muerte le hacía a uno así.

Se sintió perdido sin su odio, perdido y asustado.

CAPÍTULO XII

1

En su dormitorio inmaculado, Kirsten Lindstrom se arregló el pelo rubio grisáceo en dos trenzas poco favorecedoras y se preparó para irse a la cama.

Estaba preocupada y asustada.

A la policía no le gustaban los extranjeros. Llevaba en Inglaterra tantos años que casi no se sentía extranjera, pero la policía no sabía nada de eso.

Aquel doctor Calgary, ¿por qué había venido a darle un disgusto tan grande?

Se había hecho justicia. Pensó en Jacko y se repitió que se había hecho justicia.

Pensó en él desde la infancia, tal como lo había conocido.

¡Siempre, sí, siempre había sido un mentiroso y un fullero! ¡Pero tenía tal encanto, era tan simpático! Siempre se hacía perdonar. Siempre trataba una de librarle del castigo.

Mentía muy bien. Ésa era la horrible verdad. Mentía tan bien que una le creía, que no podía dejar de creerle. Jacko era malo y cruel.

¡El doctor Calgary creía saber lo que decía! ¡Pero el doctor Calgary estaba equivocado! ¡Sí, lugares, horas y coartadas! Jacko podía arreglar esas cosas muy fácilmente. Nadie conocía a Jacko como *ella*.

¿Le creería alguien si dijera cómo era Jacko en realidad? Y ahora, al día siguiente, ¿qué iba a ocurrir? La policía vendría a

Sunny Point. Y todos estaban tan asustados, tan llenos de desconfianza. Se miraban unos a otros sin saber qué pensar.

Y ella los quería tanto a todos, tanto. Los conocía a todos mejor que nadie podía conocerlos. Mucho mejor que Mrs. Argyle. Porque Mrs. Argyle había estado ciega con un absorbente amor maternal. Eran sus hijos, siempre los había considerado como cosa suya. Pero Kirsten los había visto como personas, como eran en realidad, con todas sus virtudes y defectos. Si ella hubiera tenido hijos propios, no habría demostrado aquel cariño absorbente. Pero no era una mujer preeminentemente maternal. Su amor más grande hubiera sido para el marido que no había tenido.

No podía comprender a las mujeres como Mrs. Argyle, ¡loca por un montón de niños que no eran suyos y tratando a su marido como si no existiera! Y era un buen hombre, un hombre excelente, de los mejores. Desatendido, relegado a segundo término. Y Mrs. Argyle demasiado absorbida en sus cosas para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo delante de sus narices. La secretaria, una chica guapa y cien por cien femenina. Bueno, ¿no era demasiado tarde para Leo, o lo sería? ¿Se atreverían a casarse, ahora que desenterraban el asesinato, después de yacer tanto tiempo en la tumba?

Kirsten suspiró tristemente. ¿Qué iba a ocurrirles a todos? A Micky, que había alimentado aquel resentimiento tan profundo, casi patológico, contra su madre adoptiva. A Hester, insegura de sí misma, alocada, que había estado a punto de encontrar la paz y la seguridad con aquel joven médico, tan agradable y seguro. A Leo y Gwenda, que habían tenido motivos para desear la muerte de Mrs. Argyle y, había que reconocerlo, oportunidad de cometer el asesinato, como seguramente comprendían ellos muy bien. A Tina, suave y felina. A la egoísta y fría Mary, que nunca había demostrado sentir cariño por nadie hasta que se había casado.

Hubo un tiempo, pensó Kirsten, en que había sentido mucho afecto por su señora, mucha admiración. No podía recordar exactamente cuándo había empezado a despertarse su antipatía, cuando había empezado a juzgarla y a ver sus defectos. Tan segura de sí misma, tan benevolente y tiránica. Una especie de personificación de «Mamá tiene razón». ¡Y ni siquiera era madre! Si al menos *hubiera tenido* un hijo, puede que hubiera sido más

humilde.

Pero ¿para qué seguir pensando en Rachel Argyle? Rachel Argyle estaba muerta.

Tenía que pensar en sí misma y en los demás.

Y en lo que podía ocurrir al día siguiente.

2

Mary Durrant se despertó sobresaltada.

Había soñado… soñado que era niña y estaba otra vez en Nueva York.

Qué extraño. Hacía años que no pensaba en aquellos días.

Era extraordinario que pudiera recordar algo. ¿Cuántos años tenía? ¿Cinco? ¿Seis?

Había soñado que la llevaban del hotel a su casa. Los Argyle embarcaban para Inglaterra y después de todo no la llevaban con ellos. Su corazón se llenó de ira y rabia durante un momento, hasta que se dio cuenta de que sólo se trataba de un sueño.

Había sido estupendo. La habían llevado en el coche.

Luego había subido en el ascensor del hotel hasta el piso dieciocho. Recordaba la amplia suite, el maravilloso cuarto de baño, el descubrimiento de las cosas que había en el mundo ¡para los ricos! Si pudiera quedarse allí, si pudiera tener todo aquello siempre.

En realidad, no había sido nada difícil. Lo único que hacía falta era aparentar cariño. Eso no le resultaba fácil, porque no era de natural cariñosa, pero había salido del paso. ¡Y allí estaba, con el porvenir resuelto! Unos padres ricos, vestidos, coches, barcos, aviones, criados que la servían, muñecas y juguetes caros. Era como un cuento de hadas.

Era una lástima que tuvieran que estar allí también todos aquellos otros niños. Cosas de la guerra, claro. ¿O hubiera sido igual, de todos modos? ¡Aquel insaciable amor maternal! La verdad es que no era natural. Era tan *animal*.

Siempre había sentido cierto desprecio por su madre adoptiva. Había sido estúpida al escoger a los niños que había escogido. ¡Los

desheredados! ¡Uno con tendencias criminales, como Jacko! Una desequilibrada como Hester. Un salvaje como Micky. Y Tina, ¡una mestiza! No era de extrañar que todos hubieran salido mal. Aunque no los censuraba porque se hubieran rebelado. Ella también se había rebelado. Recordó su encuentro con Philip, el valiente piloto. Su madre había censurado sus relaciones. «Esos matrimonios precipitados. Espera hasta que se acabe la guerra». Pero no había querido esperar. Tenía una voluntad tan fuerte como la de su madre, y su padre la había apoyado. Se habían casado y la guerra había terminado poco tiempo después.

Había querido tener a Philip para ella sola, alejarse de la sombra de su madre. La había derrotado el Destino, no su madre. Primero el fracaso de las aventuras empresariales de Philip y luego aquel horrible golpe: la parálisis poliomielítica. En cuanto Philip salió del hospital, se fueron a Sunny Point. Parecía inevitable tener que quedarse allí definitivamente. El propio Philip parecía considerarlo así. Philip había gastado todos sus ahorros y la asignación de Mary era pequeña. Había pedido que se la aumentaran, pero le respondieron que quizá fuera conveniente vivir una temporada en Sunny Point. Pero Mary quería a Philip para ella sola, no quería que fuera el último de los «hijos» de Rachel Argyle. Ella no quería hijos, sólo quería a Philip.

Pero el propio Philip se había mostrado bien dispuesto a quedarse en Sunny Point. «Será más fácil para ti —había dicho—. Y unos que entran y otros que salen, siempre es divertido. Además, me gusta mucho la compañía de tu padre».

¿Por qué no quería estar solo con ella, del mismo modo que ella quería estar sola con él? ¿Por qué suspiraba por la compañía de otras personas, de su padre, de Hester?

Y Mary había sentido que le invadía una oleada de rabia impotente. Su madre, como siempre, se saldría con la suya.

Pero no se había salido con la suya, había muerto.

Y ahora, todo el asunto iba a ser desenterrado. ¿Por qué, señor, por qué?

¿Y por qué se ponía Philip tan difícil? Haciendo preguntas, tratando de descubrir cosas, metiéndose en lo que no era asunto suyo.

Poniendo trampas.

¿Qué *clase* de trampas?

3

Leo Argyle vio cómo la luz de la mañana llenaba lentamente la habitación de una tonalidad gris oscura.

Lo había pensado todo con mucho cuidado.

Veía con toda claridad lo que les esperaba a Gwenda y a él.

En la cama, repasó el asunto desde el punto de vista del superintendente Huish. Rachel había entrado y les había dicho lo de Jacko, su insolencia y sus amenazas. Gwenda se había retirado discretamente y él había tratado de animar a Rachel, le había dicho que había estado en su derecho al mostrarse firme, que no había servido de nada ayudarle otras veces, que, para bien o para mal, Jacko debía aceptar lo que se le avecinaba. Y se había marchado más tranquila.

Entonces Gwenda había vuelto a la biblioteca para recoger las cartas y había preguntado si quería algo, con un tono que expresaba mucho más que las palabras. Y él le había dado las gracias y le había dicho que no. Ella se despidió. Al salir de la habitación, había seguido a lo largo del pasillo y, en su camino hacia la puerta principal, había pasado por delante de la habitación donde estaba Rachel sentada ante su mesa. Salió de la casa sin que nadie la viera.

Él se había quedado solo en la biblioteca, y nadie podía confirmar que no había salido ni bajado a la habitación.

Los dos habían tenido la oportunidad de cometer el asesinato.

Y motivo, porque ya entonces estaba enamorado de Gwenda y Gwenda enamorada de él.

4

A un cuarto de milla de distancia, Gwenda estaba acostada, desvelada y sin poder llorar.

Con las manos crispadas, pensaba en cuanto había odiado a Rachel Argyle.

Y ahora, en la oscuridad, Rachel Argyle le decía: «Creías que podrías conseguir a mi marido cuando yo me muriera. Pues no puedes, no puedes. Nunca será tuyo».

5

Hester estaba soñando. Soñaba que estaba con Donald Craig y que él le había dejado de pronto al borde de un abismo. Llena de miedo, había gritado y, entonces, al otro lado del precipicio vio a Arthur Calgary, de pie, que le tendía las manos. «¿Por qué me has traído la desgracia?», le reprochó ella. «Pero si he venido *a ayudarte*», contestó él.

Y se despertó.

6

Tina respiraba suave y regularmente, acostada en el pequeño cuarto de invitados, pero el sueño no quería venir.

Pensaba en Mrs. Argyle sin gratitud ni resentimiento, sólo con cariño. Porque de Mrs. Argyle había recibido comida, cariño, juguetes y una vida cómoda. Había querido a Mrs. Argyle. Y sentía que se hubiera muerto.

Pero no era tan sencillo.

No le había importado cuando se trataba de Jacko.

Pero ¿y ahora?

CAPÍTULO XIII

1

El superintendente Huish los miró a todos con amabilidad y cortesía. Sus palabras tenían un tono persuasivo y también de disculpa.

—Sé que es muy doloroso para todos ustedes empezar otra vez con todo el asunto, pero no nos queda otro remedio. ¿Supongo que habrán visto la noticia? Venía en los periódicos.

—Un indulto —respondió Leo.

—La fraseología siempre irrita a la gente —comentó Huish—. Un anacronismo, como gran parte de la terminología legal. Pero su significado está bien claro.

—Significa que cometieron ustedes un error.

—Sí —Huish lo reconoció sencillamente—. Cometimos un error. —Y añadió después de una breve pausa—: Naturalmente, sin la declaración del doctor Calgary, era inevitable.

—Mi hijo les dijo, cuando lo arrestaron, que le habían llevado en coche.

—Sí, sí, nos lo dijo. Hicimos lo indecible por comprobarlo, pero no pudimos encontrar la menor confirmación de la historia. Me doy perfecta cuenta, Mr. Argyle, de que todo esto tiene que haberle causado mucha amargura. No voy a disculparme. El trabajo de la policía es reunir pruebas. Las pruebas son enviadas al acusador público y él decide si hay o no base para una acusación. En este caso, decidió que la había. Yo le ruego que olvide su resentimiento en la medida de lo posible y que vuelva otra vez sobre los hechos y

las horas.

—¿De qué sirve eso ahora? —preguntó Hester, vivamente—. El que lo hizo, quienquiera que fuera, está a muchos kilómetros de aquí y nunca lo encontrarán.

El superintendente Huish se volvió a mirarla.

—Puede que no y puede que sí. Se sorprendería usted si supiera lo que tardamos a veces en coger a un hombre, incluso años. Con paciencia se llega al fin, con paciencia y conservando el ánimo.

Hester volvió la cabeza hacia otro lado y Gwenda se estremeció, como si un viento frío hubiera pasado por su cuerpo. Su viva imaginación percibió la amenaza que encerraban las suaves palabras del superintendente.

—Y ahora, por favor —añadió Huish, dirigiendo a Leo una mirada expectante—, empezaremos por usted, Mr. Argyle.

—¿Qué es exactamente lo que quiere usted saber? Tendrá usted mi declaración anterior, ¿no? Probablemente ahora no seré tan exacto. No es fácil recordar las horas con exactitud después del tiempo que ha pasado.

—Sí, nos damos cuenta de eso. Pero siempre queda la posibilidad de que surja algún detalle, algo que entonces pasó inadvertido.

—¿Y no es posible incluso —preguntó Philip— que pueda uno ver las cosas mejor, en su debida proporción, después de un lapso de varios años?

—Es posible que sí —contestó Huish, mirando a Philip con cierto interés.

«Un tipo inteligente —pensó—. Me gustaría saber si tiene ideas propias sobre el asunto».

—Bueno, Mr. Argyle, vamos a la relación de los hechos. ¿Habían tomado ustedes el té?

—Sí. El té se sirvió en el comedor a las cinco, como de costumbre. Todos lo tomamos allí, con excepción de Mr. y Mrs. Durrant. Mrs. Durrant subió el té para ella y para su marido a sus habitaciones.

—Entonces estaba todavía más inútil de lo que estoy ahora —comentó Philip—. Acababa de salir del hospital.

—Comprendo —Huish se dirigió de nuevo a Leo—. ¿Quiénes tomaron el té en el comedor?

—Mi mujer y yo, mi hija Hester, miss Vaughan y miss Lindstrom.

—¿Y después? Dígamelo usted con sus propias palabras.

—Después del té, volví aquí con miss Vaughan. Trabajábamos en un capítulo de mi libro sobre economía medieval. Mi esposa se fue a su despacho, que está en la planta baja. Como usted sabe, era una mujer muy activa. Estudiaba los planos de un campo de deportes que pensaba ofrecer al Ayuntamiento.

—¿Oyó usted llegar a su hijo Jacko?

—No. Es decir, no sabía que fuera él. Oí el timbre de la puerta principal, los dos lo oímos. No sabíamos quién era.

—¿Quién creyó usted que era, Mr. Argyle?

A Leo pareció divertirle un poco la pregunta.

—Estaba en el siglo XV en aquel momento, no en el XX. No pensé nada. Podía haber sido cualquiera. Mi esposa, miss Lindstrom, Hester y posiblemente alguna de las asistentes debían estar abajo. Nadie esperaba que yo atendiera la puerta.

—¿Y después?

—Nada. Hasta que vino mi esposa, mucho más tarde.

—¿A qué hora?

Leo frunció el entrecejo.

—La verdad es que no podría decírselo. Debo haberle dicho entonces lo que pensaba. Media hora no; más. Quizá tres cuartos de hora.

—Terminamos de tomar el té a las cinco y media —señaló Gwenda—. Creo que serían las siete menos veinte cuando Mrs. Argyle entró en la biblioteca.

—¿Y qué dijo?

Leo suspiró, antes de comentar de mala gana:

—¡Hemos hablado de esto tantas veces! Jacko había estado hablando con ella. Estaba metido en un lío y se había portado de un modo violento y ofensivo. Le había pedido dinero, manifestando que si no lo conseguía en seguida acabaría en la cárcel. Ella se había negado en firme a darle ni un penique. Estaba preocupada, no sabía si había hecho bien o mal.

—Mr. Argyle, ¿me permite que le haga una pregunta? ¿Por qué su esposa no le llamó cuando el muchacho pidió el dinero? ¿Por qué no se lo dijo hasta después? ¿No le pareció raro?

—No, en absoluto.

—Eso hubiera sido lo natural. ¿No estarían ustedes en malas relaciones?

—No, nada de eso. Sencillamente, mi mujer estaba acostumbrada a tomar por sí misma todas las decisiones prácticas. Con frecuencia me pedía antes mi opinión y generalmente me comentaba después las decisiones tomadas. Sobre este asunto en concreto ya habíamos hablado muy seriamente, sobre el problema de Jacko y la mejor conducta a seguir. Hasta entonces no habíamos tenido mucho éxito con el chico. Mi esposa había pagado sumas muy elevadas para protegerle de las consecuencias de sus actos. Decidimos que, si volvía a las andadas, sería mejor para Jacko dejarle que sufriera las consecuencias.

—¿Y sin embargo, estaba disgustada?

—Sí, estaba disgustada. Creo que si Jacko hubiera estado menos violento y amenazador, la resistencia de mi mujer se hubiera venido abajo y le hubiera ayudado una vez más. Pero con su actitud lo único que hizo fue afianzarla en su decisión.

—¿Ya se había marchado Jacko?

—Sí.

—¿Lo sabe usted por sí mismo o se lo dijo Mrs. Argyle?

—Me lo dijo ella. Dijo que se había marchado diciendo palabrotas y amenazándole con volver, y que había dicho que más le valía tener algún dinero preparado cuando él volviera.

—¿Le asustó a usted, esto es importante, la idea de que el chico volviera?

—De ningún modo. Estábamos acostumbrados a las muchas fanfarronadas de Jacko.

—¿No se le ocurrió que pudiera volver y atacarla?

—No. Ya se lo dije a usted entonces, me quedé atónito.

—Y parece que tenía usted razón —opinó Huish en voz baja—. *No fue él* quien la atacó. Cuando Mrs. Argyle le dejó, ¿qué hora era exactamente?

—Eso lo recuerdo bien. Lo hemos repetido infinidad de veces. Un poco antes de las siete, a eso de las siete menos siete minutos.

Huish se volvió a Gwenda Vaughan.

—¿Lo confirma usted?

—Sí.

—¿Y la conversación se desarrolló tal y como Mr. Argyle acaba de decir? ¿No puede usted añadir nada? ¿No ha olvidado mencionar nada, Mr. Argyle?

—Yo no oí toda la conversación. Después de decirnos Mrs. Argyle que Jacko había pedido dinero, consideré prudente marcharme, por si les resultaba embarazoso hablar libremente en mi presencia. Me fui a ese despacho. —Señaló una puerta situada al fondo de la biblioteca—. Es un cuarto pequeño donde escribo a máquina. Cuando oí salir a Mrs. Argyle, volví.

—¿Y eso fue a las siete menos siete minutos?

—Un poco antes de menos cinco, sí.

—¿Y después de eso, miss Vaughan?

—Le pregunté a Mr. Argyle si quería continuar trabajando, pero dijo que había perdido el hilo. Le pregunté si quería algo, pero me contestó que no. Entonces recogí mis cosas y me marché.

—¿La hora?

—Las siete y cinco.

—¿Bajó usted las escaleras y salió por la puerta principal?

—Sí.

—¿La sala de Mrs. Argyle estaba a la izquierda de la puerta principal?

—Sí.

—¿Estaba abierta la puerta?

—No estaba cerrada, estaba entreabierta unos treinta centímetros.

—¿No entró usted a despedirse?

—No.

—¿No solía usted hacerlo?

—No. Hubiera sido una tontería molestarla en su trabajo sólo para decirle adiós.

—Si hubiera entrado usted, puede que hubiera descubierto su cadáver.

Gwenda se encogió de hombros.

—Sí, me imagino que sí. Pero supongo… quiero decir que todos lo creímos así entonces… que había sido asesinada más tarde. Jacko apenas habría tenido tiempo para…

Se calló.

—Sigue usted razonando como si Jacko la hubiera matado. Pero

no fue así. De modo que *podía* estar muerta, ¿no es verdad?

—Supongo que sí.

—¿Salió de aquí y fue usted directamente a su casa?

—Sí. La dueña de la casa habló conmigo cuando entré.

—Bien. ¿Y no vio a nadie por el camino, cerca de esta casa?

—Creo que no, no. —Gwenda frunció el entrecejo—. No puedo acordarme bien ahora. Hacía frío, era de noche y esta calle no tiene salida. Creo que no vi a nadie hasta que llegué a la taberna El León Rojo. Allí había varias personas.

—¿Pasó algún coche?

Gwenda pareció sobresaltarse ligeramente.

—Sí, sí, recuerdo que un coche me salpicó la falda. Tuve que quitarle la mancha de barro cuando llegué a casa.

—¿Qué clase de coche?

—No recuerdo. No me fijé. Pasó junto a la entrada de nuestra calle. Podía ir a cualquiera de las casas.

Huish se volvió hacia Leo.

—¿Dice usted que oyó un timbrazo en la puerta algún tiempo después de que su esposa saliera de la habitación?

—Bueno, me pareció oírlo. Nunca estuve muy seguro.

—¿A qué hora fue eso?

—No tengo ni idea. No miré el reloj.

—¿No pensó usted que podía ser su hijo Jacko que volvía?

—No pensé nada. Estaba trabajando otra vez.

—Otra cosa, Mr. Argyle. ¿Tenía usted idea de que su hijo estuviera casado?

—No tenía la menor idea.

—¿Tampoco lo sabía su madre? ¿No cree usted posible que ella lo supiera y no se lo hubiera dicho a usted?

—Estoy completamente seguro de que ella no tenía la menor idea de semejante cosa. Hubiera venido a decírmelo en seguida. Fue una sorpresa enorme para mí cuando al día siguiente se presentó su mujer. Apenas podía creer a miss Lindstrom cuando entró en esta habitación y dijo: «Hay una joven abajo, una chica que dice que es la mujer de Jacko. No puede ser *cierto*». Miss Lindstrom estaba muy afectada, ¿verdad Kirsty?

—No podía creerlo —contestó Kirsten—. Se lo hice decir dos veces y luego vine a contárselo a Mr. Argyle. Parecía increíble.

—Creo que estuvo usted muy amable con ella —le dijo Huish a Leo.

—Hice lo que pude. Se ha vuelto a casar, ¿sabe? Me alegro mucho. Su marido parece un muchacho agradable y formal.

Huish asintió. Luego se volvió hacia Hester.

—Bueno, miss Argyle, dígame otra vez lo que hizo aquel día después de tomar el té.

—No me acuerdo ya —respondió Hester enfurruñada—. ¿Cómo me voy a acordar? Han pasado dos años. Cualquiera sabe lo que hice.

—Creo que ayudó usted a miss Lindstrom a fregar los cacharros del té.

—Eso es —afirmó Kirsten—. Y después subiste a tu cuarto. Ibas a salir más tarde, ¿recuerdas? Ibas a ver *Esperando a Godot* en el teatro de Draimouth, una representación de aficionados.

Hester seguía sombría y sin querer colaborar.

—Lo tiene usted todo escrito —le dijo a Huish—. ¿Por qué continuar con todo eso?

—Porque nunca se sabe de dónde puede venir la ayuda. Vamos, miss Argyle, ¿a qué hora salió usted de esta casa?

—A las siete o algo así.

—¿Había oído usted el altercado entre su madre y su hermano Jacko?

—No, no oí nada. Estaba arriba.

—¿Pero vio usted a Mrs. Argyle antes de salir de casa?

—Sí. Necesitaba algún dinero. Estaba sin un penique y tenía que poner gasolina en el camino. De modo que, cuando estuve lista para salir, fui a ver a mi madre y le pedí algún dinero, sólo un par de libras, no necesitaba más.

—¿Y se las dio?

—Me las dio Kirsty.

Huish mostró cierta sorpresa.

—No recuerdo que figure eso en su anterior declaración.

—Bueno, pues eso es lo que ocurrió —replicó Hester en actitud de desafío—. Entré y le dije si me daba algún dinero, y Kirsten me oyó desde el vestíbulo y me gritó que ella tenía, que ella me lo daría. Kirsten también estaba a punto de salir. Y mamá dijo: «Sí, que te lo dé Kirsty».

—Estaba a punto de salir para el instituto femenino, con unos libros sobre arreglo de flores —explicó Kirsten—. Sabía que Mrs. Argyle estaba ocupada y que no quería que la molestaran.

—¿Qué importa quién me dio el dinero? —protestó Hester con voz dolida—. Usted quería saber cuándo vi viva a mi madre por última vez. Fue entonces cuando la vi. Estaba sentada delante de su mesa, examinando un montón de planos. Yo dije que quería dinero y entonces Kirsten gritó que ella me lo daba. Cogí el dinero de Kirsten, volví al cuarto de mi madre y le di las buenas noches. Ella me dijo que disfrutara con la obra y que condujera con cuidado. Siempre me lo decía. Entonces fui al garaje y saqué el coche.

—¿Y miss Lindstrom?

—Ah, se marchó tan pronto como me dio el dinero.

—Hester pasó con el coche cuando yo llegaba al final de la calle —añadió Kirsten rápidamente—. Debió salir detrás de mí. Subió la cuesta hacia la carretera principal, mientras yo iba hacia la izquierda, en dirección al pueblo.

Hester abrió la boca, como si fuera a hablar, y luego volvió a cerrarla.

Huish pensó por unos instantes: «¿Estaría Kirsten Lindstrom tratando de demostrar que Hester no había tenido tiempo de cometer el crimen? ¿No era posible que, en lugar de despedirse tranquilamente de Mrs. Argyle, Hester hubiera tenido una discusión con ella, una disputa, y que le hubiese dado un golpe?».

Suavemente, se volvió hacia Kirsten.

—Bueno, miss Lindstrom, vamos a ver qué recuerda usted.

Kirsten estaba nerviosa. Se retorcía las manos, incómoda.

—Tomamos el té. Recogimos el servicio. Hester me ayudó y luego se fue al piso de arriba. Entonces llegó Jacko.

—¿Le oyó usted?

—Sí. Yo le abrí la puerta. Dijo que había perdido la llave. Se fue directamente a ver a su madre. Así que entró y dijo: «Estoy en un lío. Tienes que sacarme de esto». No oí nada más. Me volví a la cocina. Había que preparar la cena.

—¿Le oyó usted marcharse?

—Sí, desde luego. Gritaba. Yo salí de la cocina. Estaba en el vestíbulo, muy enfadado, gritando que volvería y que más valía que su madre tuviera el dinero preparado, ¡porque si no…! Eso es lo que

dijo: «¡Porque si no…!». Era una amenaza.

—¿Y después?

—Se marchó dando un portazo. Mrs. Argyle salió al vestíbulo. Se veía muy pálida y afectada. Me dijo: «¿Ha oído usted?». Le pregunté: «¿Está en un aprieto?». Ella asintió. Luego subió a la biblioteca, a ver a Mr. Argyle. Yo puse la mesa para la cena y luego me fui a cambiar para salir. El instituto femenino tenía al día siguiente un concurso de arreglo florales. Le habíamos prometido unos libros.

—Después de llevar los libros al instituto, ¿a qué hora volvió a casa?

—Alrededor de las siete y media. Entré con mi llave. Fui en seguida a la sala de Mrs. Argyle a darle las gracias en nombre del instituto y a entregarle una nota. Estaba delante de su mesa, con la cabeza entre las manos. Vi el atizador tirado en el suelo y los cajones del escritorio abiertos. Había entrado un ladrón, pensé. La habían atacado. Y tenía razón. Ya ve usted *ahora* cómo tenía razón. *Fue* un ladrón, alguien de fuera.

—¿Alguien a quien Mrs. Argyle dejó entrar?

—¿Por qué no? —replicó Kirsten en actitud de desafío—. Era buena, era muy buena siempre. Y no tenía miedo ni de las personas ni de las cosas. Además, no era como si estuviera sola en la casa. Había más gente: su marido, Gwenda, Mary. No tenía más que llamar.

—Pero no llamó —apuntó Huish.

—No, porque esa persona, quienquiera que fuera, debió contarle alguna historia verosímil. Siempre estaba dispuesta a escuchar. De modo que se sentó otra vez ante su mesa, a lo mejor para buscar el talonario de cheques, porque no sospechaba nada, y él tuvo oportunidad de coger el atizador y golpearla. Puede que no quisiera matarla. A lo mejor sólo quería aturdirla, buscar el dinero, las joyas y marcharse.

—No buscó mucho, sólo vació unos cuantos cajones.

—Quizás oyó ruidos en la casa o le fallaron los nervios. O a lo mejor se dio cuenta de que la había matado y, dominado por el pánico, se marchó corriendo.

Kirsten se echó hacia delante. Sus ojos tenían una expresión de miedo y de súplica al mismo tiempo.

—¡Tiene que haber sido así! ¡Tiene que haber sido así!

A Huish le interesó su insistencia. ¿Tenía miedo por ella misma? *Podía* haber matado a su señora y haber vaciado los cajones para dar verosimilitud a la idea de que se trataba de un ladrón. El informe médico había establecido que la muerte había ocurrido entre las siete y las siete y media, pero no había podido concretar más.

—Parece como si tuviera que haber sido así —concedió Huish en tono amable.

Un débil suspiro se escapó de los labios de Kirsten, Se volvió a sentar. Huish se dirigió a los Durrant.

—¿Ninguno de ustedes oyó nada?

—Nada.

—Yo subí una bandeja con el té —dijo Mary—. La habitación está bastante apartada del resto de la casa. Estuvimos allí hasta que oímos gritos. Era Kirsten. Acababa de encontrar el cadáver de mi madre.

—¿No salió usted de la habitación hasta ese momento?

—No. —Su límpida mirada se encontró con la del superintendente—. Estuvimos jugando al *picquet*.

Philip se preguntó por qué se sentía intranquilo. Polly estaba haciendo lo que él le había dicho que hiciera. Quizás era la perfección de su comportamiento, tranquila, sin prisas, que resultaba tan convincente.

«¡Polly, mi vida, eres una mentirosa fantástica!», pensó.

—Y yo, superintendente —dijo Philip—, era entonces, y lo sigo siendo, completamente incapaz de entrar o salir.

—Pero está usted mucho mejor, ¿no es así, Mr. Durrant? —manifestó el superintendente con su tono alegre—. Cualquier día lo tenemos andando otra vez.

—Va para largo.

Huish se volvió hacia los otros dos miembros de la familia, que hasta entonces no habían dicho palabra. Micky mantenía los brazos cruzados con una expresión un poco despectiva. Tina, pequeña y graciosa, recostada en su butaca, se fijaba de cuando en cuando en los rostros de los demás.

—Ya sé que ninguno de los dos estaba en la casa. Pero a lo mejor pueden refrescarme la memoria, diciéndome lo que hicieron

aquella tarde.

—¿Necesita que le refresquen la memoria? —preguntó Micky, acentuando su expresión de desprecio—. Puedo repetirle mi discursito. Estaba probando un coche. Tenía un problema en el embrague. Lo probé a fondo durante un buen rato. Fui desde Drymouth hasta Minchin Hill, por Moor Road, y volví por Ipsley. Desgraciadamente, los coches son mudos y no pueden servir de testigos.

Tina había vuelto la cabeza. Miró directamente a Micky con el rostro inexpresivo.

—¿Y usted, miss Argyle? ¿Trabaja usted en la biblioteca de Redmyn?

—Sí. Cierra a las cinco y media. Hice algunas compras en High Street. Luego me fui a casa. Tengo un piso, más bien un pisito, en Morecombe Mansions. Me preparé la cena y disfruté de una agradable velada, escuchando música.

—¿No salió usted para nada?

—No, no salí —contestó Tina después de una brevísima pausa.

—¿Está usted completamente segura, miss Argyle?

—Sí. Estoy segura.

—Tiene usted coche, ¿verdad?

—Sí.

—Tiene una burbuja —manifestó Micky burlón.

—Sí, tengo una burbuja —replicó Tina, grave y sin perder la compostura.

—¿Dónde lo guarda?

—En la calle. No tengo garaje. Hay un callejón cerca de mi casa. Mucha gente aparca allí sus coches.

—¿Y no sabe usted nada que pueda ayudarnos?

El propio Huish no sabía por qué estaba insistiendo tanto.

—No creo que pueda decirle nada en absoluto.

Micky le dirigió una mirada rápida.

Huish suspiró.

—Me parece que no le hemos ayudado mucho, superintendente —opinó Leo.

—Nunca se sabe, Mr. Argyle. ¿Supongo que habrá observado usted una cosa rara en este asunto?

—¿Yo? Me parece que no sé a qué se refiere.

—El dinero —le explicó Huish—. El dinero que Mrs. Argyle sacó del banco, incluyendo aquel billete de cinco libras que llevaba escrito en el reverso «Sra. Blottleberry, Bangor Road 17». Uno de los puntos más importantes del caso era que ese billete y otros fueron encontrados en posesión de Jacko Argyle cuando le arrestaron. Juró que Mrs. Argyle le había dado el dinero, pero Mrs. Argyle les dijo categóricamente a usted y a miss Vaughan que ella no le había dado a Jacko dinero alguno. ¿Cómo consiguió entonces aquellas cincuenta libras? No pudo volver aquí, la declaración del doctor Calgary lo establece definitivamente. De modo que tenía que llevar el dinero cuando se marchó de aquí. ¿Quién se lo dio? ¿Se lo dio usted?

Se encaró con Kirsten Lindstrom, quien enrojeció, indignada.

—¿Yo? No, claro que no. ¿Cómo iba a dárselo yo?

—¿Dónde estaba guardado el dinero que Mrs. Argyle había sacado del banco?

—Solía guardarlo en un cajón de su escritorio.

—¿Cerrado?

Kirsten meditó un momento.

—Probablemente lo cerraba con llave antes de ir a acostarse.

Huish miró a Hester.

—¿Cogió usted el dinero del cajón y se lo dio a su hermano?

—Ni siquiera sabía que estaba allí. ¿Y cómo iba a cogerlo sin que mi madre lo supiera?

—Pudo haberlo cogido usted muy fácilmente cuando su madre subió a la biblioteca a hablar con su padre.

Huish se preguntaba si vería la trampa y la evitaría.

Hester cayó en la trampa.

—Pero Jacko ya se había marchado entonces. Yo… —Se interrumpió desconsolada.

—Ya veo que usted *sabe* cuándo se marchó su hermano —señaló Huish.

—Yo… yo lo sé ahora, no lo sabía entonces —replicó Hester rápida y vehemente—. Le digo que estaba arriba en mi cuarto. No oí nada en absoluto. Y además, no le hubiera dado a Jacko ningún dinero.

—Y yo le digo esto —proclamó Kirsten con el rostro rojo de indignación—. ¡Si yo le hubiera dado a Jacko algún dinero, hubiera

sido dinero mío! ¡No lo hubiera robado!

—Estoy convencido de que no lo haría —manifestó Huish—. Pero ya ven ustedes dónde nos conduce esto. Mrs. Argyle, a pesar de lo que le dijo a *usted* —miró a Leo—, tuvo que darle el dinero.

—No puedo creerlo. ¿Por qué no me lo contaría, si lo había hecho?

—No sería la primera madre que fuera más blanda con su hijo de lo que quisiera reconocer.

—Se equivoca, Huish. Mi mujer nunca había sido amiga de huir de la realidad.

—Pues en esta ocasión, creo que lo hizo —afirmó Gwenda—. Tiene que haberlo hecho como dice el superintendente, es la única explicación.

—Después de todo —señaló Huish suavemente—, tenemos que considerar el asunto desde un punto de vista diferente. Cuando Jacko Argyle fue arrestado, creíamos que mentía, pero ahora sabemos que no mentía al decir que Calgary le había llevado en el coche, de modo que es de presumir que dijera también la verdad respecto al dinero. Dijo que su madre se lo había dado. Por consiguiente, es de suponer que así fue.

Se produjo un silencio embarazoso.

Huish se levantó.

—Bueno, muchas gracias. Por desgracia, el rastro está muy frío, pero nunca se sabe.

Leo le acompañó a la puerta. Cuando volvió, comentó suspirando:

—Bueno, se acabó. Por ahora.

—Para siempre —afirmó Kirsten—. Nunca sabrán la verdad.

—¿Y qué ganamos con eso? —exclamó Hester.

—Hijita, —su padre se acercó a ella—, tranquilízate. No te excites tanto. El tiempo todo lo cura.

—No todo. ¿Qué vamos a hacer? Dios mío, ¿qué vamos a *hacer*?

—Hester, ven conmigo —Kirsten le puso una mano en el hombro.

—No quiero ver a nadie.

Hester salió corriendo de la habitación. Un momento después, oyeron el portazo de la puerta principal.

—¡Todo esto no le hace ningún bien! —señaló Kirsten.

—Yo no creo que sea verdad, además —opinó Philip Durrant, pensativo.

—¿Qué es lo que no es verdad? —preguntó Gwenda.

—Que nunca sabremos la verdad. Me parece que empieza a barruntarse algo.

Su rostro de fauno, casi perverso, se iluminó con una sonrisa extraña.

—Por favor, Philip, ten cuidado —le advirtió Tina.

Él la miró sorprendido.

—Mi pequeña Tina, ¿qué sabes tú de todo esto?

—Quisiera —contestó Tina con voz muy clara y precisa— no saber nada.

CAPÍTULO XIV

1

—¿Supongo que no habrá conseguido nada? —preguntó el jefe de policía.

—Nada concreto, señor —contestó Huish—. Sin embargo, no perdí del todo el tiempo.

—Vamos a ver.

—Bueno, las horas y las afirmaciones más importantes son las mismas. Mrs. Argyle estaba viva un poco antes de las siete, habló con su marido y con Gwenda Vaughan, y luego Hester Argyle la vio en la planta baja. No van a estar confabuladas tres personas. Jacko Argyle queda libre de cargo, lo que significa que Mr. Leo Argyle pudo matarla, entre las siete y cinco y las siete y media; Gwenda Vaughan, a las siete y cinco, cuando se marchaba; Hester, un poco antes de esto; y Kirsten Lindstrom, cuando volvió más tarde, pongamos inmediatamente antes de las siete y media. La parálisis de Durrant le proporciona una buena coartada, pero la coartada de su mujer depende de su palabra. Pudo, si quiso, bajar las escaleras y matar a su madre entre las siete y las siete y media, contando con que su marido la encubriría. Pero no veo por qué iba a matarla. En realidad, me parece que sólo dos personas tenían un verdadero motivo para cometer el crimen: Leo Argyle y Gwenda Vaughan.

—¿Cree usted que ha sido uno de los dos o ambos?

—No creo que estuvieran de acuerdo. Yo veo esto como un crimen cometido en un impulso, no premeditado. Mrs. Argyle entra en la biblioteca, les cuenta a los dos las amenazas de Jacko y su

exigencia de dinero. Supongamos que más tarde Leo Argyle baja a hablar con ella, sobre Jacko o sobre cualquier otra cosa. La casa está tranquila, no hay nadie alrededor. Entra en la sala. Allí está ella, dándole la espalda, sentada ante su escritorio. Y allí está el atizador, quizás en el mismo sitio donde lo había tirado Jacko, después de amenazarla. Algunas veces, hombres tranquilos y contenidos revientan. Se envuelve la mano con un pañuelo para no dejar huellas, coge el atizador, le da un golpe en la cabeza y ya está. Saca uno o dos cajones, para sugerir que se trata de un robo. Luego vuelve a subir y espera que la encuentren. O supongamos que Gwenda Vaughan, cuando se marchaba, miró a la habitación y sintió la necesidad apremiante de matarla. Jacko era el cabeza de turco perfecto, y el camino de su matrimonio con Leo Argyle quedaría expedito.

El comandante Finney asintió pensativamente.

—Sí, puede ser. Y, naturalmente, tuvieron buen cuidado de no anunciar su compromiso demasiado pronto. Esperaron a que el pobre desgraciado de Jacko fuera declarado culpable de asesinato. Sí, parece plausible. Los crímenes son muy monótonos. El marido y la otra mujer y un tercero, siempre el mismo triángulo. Pero ¿qué podemos hacer, Huish? ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, señor —replicó Huish lentamente—. Aunque estuviéramos seguros, ¿dónde vamos a encontrar pruebas? No tenemos nada que pueda sostenerse ante un tribunal.

—No, no. ¿Pero está usted seguro, Huish? ¿Seguro en su interior?

—No tan seguro como quisiera —señaló el superintendente con voz triste.

—¡Ah! ¿Y por qué no?

—Un hombre como él… como Mr. Argyle, quiero decir.

—¿No le parece que sea de los que cometen un asesinato?

—Tampoco es eso. No pensaba en el asesinato propiamente dicho. Es el chico. No concibo que lo implicara deliberadamente.

—No era su propio hijo, recuerde. Puede que no le tuviera mucho cariño, o incluso estuviera resentido por el cariño que su esposa le prodigaba.

—Puede ser. Sin embargo, parece tenerles cariño a todos los chicos.

—Claro que sabía que Jacko no iba a ser ahorcado. Eso marcaría una diferencia.

—Ah, quizá tenga usted razón, señor. Tal vez pensó que diez años de cárcel, que es en lo que viene a quedar una cadena perpetua, no iban a perjudicar al chico.

—¿Y la joven, Gwenda Vaughan?

—Si fue ella, no creo que sintiera ningún escrúpulo por Jacko. Las mujeres son despiadadas.

—¿Esta usted razonablemente satisfecho con que fueron ellos dos?

—Sí, estoy razonablemente satisfecho.

—¿Nada más que eso?

—Nada más. Algo pasa allí. *Algo* como un mar de fondo.

—Explíquese, Huish.

—Lo que me gustaría saber es lo que piensan ellos. Lo que piensan unos de otros.

—Ah, ya le comprendo. ¿Quisiera saber si ellos saben quién fue?

—Sí. No sé qué pensar. ¿Lo saben todos? ¿Están todos de acuerdo en callar? No lo creo. Creo que incluso es posible que todos ellos tengan ideas distintas. La sueca es un manojo de nervios. Quizá sea porque la mató ella. Está en la edad en que las mujeres pierden la chaveta muy fácilmente. Tal vez tenga miedo por ella misma o por otra persona. No sé si me equivoco, pero tengo la impresión de que es por otra persona.

—¿Por Leo?

—No, no creo que sea Leo quien le preocupa. Creo que es la más joven, Hester.

—Hester, ¿eh? ¿Alguna posibilidad de que haya sido Hester?

—No hay motivo aparente. Pero es una chica apasionada, quizás un tanto inestable.

—Y probablemente miss Lindstrom sabe de la chica mucho más que nosotros.

—Sí. Luego está la morena que trabaja en la biblioteca municipal.

—No estaba en la casa aquella noche, ¿verdad?

—No, pero creo que sabe algo. Puede que sepa quién es el asesino.

—¿Que le hace suponer eso?

—Está preocupada. No creo que sean sólo suposiciones. Y luego está el chico, Micky. Tampoco estaba allí, *pero* había salido en coche, solo. *Dice* que estaba probando el coche por el camino de los páramos y de Minchin Hill. Sólo contamos con su palabra. Pudo ir a la casa, matarla y marcharse otra vez. Gwenda Vaughan mencionó algo que no figura en su declaración anterior. Un coche pasó por su lado, a la entrada de la calle. Hay catorce casas, y es probable que el coche se dirigiera a cualquiera de ellas y nadie lo recordará después de dos años, pero existe la posibilidad de que el coche fuera de Micky.

—¿Por qué iba a querer matar a su madre adoptiva?

—No conocemos ninguna razón, pero puede que la haya.

—¿Y quién podría saberlo?

—Todos. Pero no nos lo dirán. Es decir, no nos lo dirán a sabiendas de que lo hacen.

—Me doy cuenta de sus diabólicas intenciones —manifestó el comandante Finney—. ¿A quién va usted a presionar?

—A miss Lindstrom, creo. Si puedo, echaré abajo sus defensas. También espero averiguar si tenía algún resentimiento contra Mrs. Argyle. Y luego está el paralítico Philip Durrant.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, me parece que tiene algunas ideas sobre todo esto. No creo que quiera compartirlas conmigo, pero quizá consiga averiguar por dónde va. Es un tipo inteligente y me parece muy observador. Puede que haya notado algo interesante.

2

—Vamos a tomar un poco el aire, Tina.

—¿Aire? —Tina miró a Micky con una expresión de duda—. Hace mucho frío, Micky. —Se estremeció.

—Creo que odias el aire fresco, Tina. Por eso puedes soportar estar encerrada todo el día en la biblioteca.

Tina sonrió.

—No me importa estar encerrada durante el invierno. Se está muy bien abrigada y caliente en la biblioteca.

Micky la miró.

—Y ahí estás sentada, acurrucada como un gatito delante del fuego. Pero de todas maneras, te hará bien salir. Vamos, Tina, quiero hablar contigo. Necesito que me entre aire puro en los pulmones, olvidarme de todo este maldito asunto.

Tina se levantó de la butaca con un movimiento indolente y gracioso, que recordaba al gatito con el que Micky acababa de compararla.

En el vestíbulo, se envolvió en un abrigo con cuello de piel y salieron juntos.

—¿No vas a ponerte un abrigo, Micky?

—No, yo nunca tengo frío.

—¡Brrr! —dijo Tina suavemente—. Cómo odio este país en invierno. Me gustaría ir al extranjero. Me gustaría estar en un sitio donde el sol brille siempre y el aire sea húmedo, suave y cálido.

—Acaban de ofrecerme un empleo en el golfo Pérsico —comentó Micky—, en una de las compañías petroleras. El trabajo consiste en revisar los transportes.

—¿Vas a ir?

—No, no creo. ¿Qué tiene de bueno?

Se dirigieron hacia la parte de atrás de la casa y bajaron por un sendero zigzagueante a través de los árboles que conducía a la playa construida en el río. En medio del camino había un cenador, resguardado del viento. No se sentaron inmediatamente, sino que se quedaron de pie, contemplando el río.

—Es bonita la vista, ¿verdad?

Tina la miró sin interés.

—Sí, supongo que sí.

—Pero no lo sabes realmente, ¿verdad? —Micky la miró con afecto—. Tú no aprecias la belleza, Tina, nunca la has apreciado.

—En todos los años que hemos vivido aquí, no recuerdo que hayas disfrutado nunca de la belleza de este lugar. Siempre estás inquieto suspirando por irte a vivir a Londres.

—Eso era distinto —replicó Micky, brevemente—. Me sentía desplazado.

—Eso es lo que te pasa, ¿verdad? Te sientes desplazado en todas partes.

—Me siento desplazado en todas partes —afirmó Micky, con voz

confusa—. Puede que sea cierto. Dios mío, Tina, qué pensamiento más horrible. ¿Te acuerdas de aquella vieja canción? Creo que era Kirsten la que nos la cantaba. Algo sobre una paloma: «*Oh, paloma bella, oh paloma tierna, oh paloma con el pecho blanco, blanco*…». ¿La recuerdas?

Tina meneó la cabeza.

—A lo mejor te la cantaba a ti, pero no, no la recuerdo.

Micky continuó, medio hablando, medio tarareando:

—*Oh, mi bien amada, no estoy aquí. No tengo lugar ni patria ni hogar ni por tierra ni por mar, sino en tu corazón* —Miró a Tina—. Puede que sea verdad.

Tina puso su pequeña mano en el brazo de Micky.

—Vamos, Micky, vamos a sentarnos aquí. Está resguardado del viento. No hace tanto frío.

Él obedeció mientras Tina añadía:

—¿Por qué te empeñas en seguir siendo desgraciado?

—Mira, pequeña, no entiendes de esto ni una palabra.

—Entiendo mucho. ¿Por qué no la olvidas, Micky?

—¿Olvidarla? ¿De quién estás hablando?

—De tu madre.

—¡Olvidarla! —exclamó Micky con amargura—. ¿Hay alguna posibilidad de olvidarla, después de lo de esta mañana, después de tanta pregunta? Si a una persona la asesinan, no te dejan «olvidarla».

—No me refería a ella —dijo Tina—. Me refería a tu verdadera madre.

—¿Por qué crees que pienso en ella? La última vez que la vi tenía seis años.

—Pero Micky, siempre has pensado en ella. Todo el tiempo.

—¿Te he dicho yo eso?

—Algunas veces uno nota estas cosas.

Micky se volvió para mirarla.

—Eres una criatura tan tranquila y tan suave, Tina, como una gatita. Quiero acariciar tu piel. ¡Gatita bonita! ¡Gatita preciosa!

Su mano acarició la manga del abrigo de Tina.

Tina, muy quieta, le sonreía.

—*Tú* no la odiabas, ¿verdad, Tina? Todos los demás la odiábamos.

—Eso estaba muy mal. —Tina meneó la cabeza y continuó con cierta energía—. Piensa en lo mucho que os dio a todos vosotros. Un hogar, cariño, bondad, buena comida, juguetes, personas para que os cuidaran.

—Sí, sí —exclamó Micky impaciente—. Pasteles de nata y que te acariciaran la piel. Con eso tenías bastante, ¿no es verdad, gatita?

—Se lo agradecía. Ninguno de vosotros lo hizo.

—¿No comprendes, Tina, que uno no puede sentir agradecimiento cuando debe? En cierto sentido es peor saber que tiene uno la obligación de sentir agradecimiento. Yo no *quería* que me trajeran aquí. Yo no *quería* que me rodearan de lujos. Yo no quería que me sacaran de mi casa.

—Podían haberla bombardeado. Podía haberte matado una bomba.

—¿Y qué? No me hubiera importado que me mataran. Me hubieran matado en mi casa, con mi gente. En mi lugar. ¿Ves? Ya estamos con lo mismo. No hay nada peor que sentirse desplazado. Pero tú, gatita, solo te preocupas de las cosas materiales.

—Quizá sea verdad. Tal vez por eso no siento lo mismo que todos vosotros. No siento ese extraño resentimiento que todos parecéis sentir, tú más que ninguno, Micky. No me cuesta trabajo sentir agradecimiento, porque yo *no* quería ser *yo misma. No* quería estar donde estaba. Quería escapar de mí misma. Quería ser otra persona. Y ella hizo de mí otra persona. Me convirtió en Christine Argyle, con un hogar, con cariño. Tranquila. Segura. Quise a mamá porque me dio todas esas cosas.

—¿Y tu propia madre? ¿No piensas nunca en ella?

—¿Por qué iba a pensar en ella? Casi no la recuerdo. Sólo tenía tres años cuando vine aquí. Con ella siempre estaba asustada, aterrorizada. Aquellas peleas con los marineros, y ella misma. Me figuro, ahora que soy lo bastante adulta para ver mejor las cosas, que estaba borracha la mayor parte del tiempo. —Tina hablaba desapasionadamente—. No, no pienso en ella, ni la recuerdo. Mrs. Argyle era mi madre. Éste es mi hogar.

—Es tan fácil para ti, Tina.

—¿Y por qué es tan difícil para ti, Micky? ¡Porque lo haces difícil! No era a Mrs. Argyle a quien odiabas, Micky, era a tu verdadera madre. Sí, sé muy bien que lo que digo es cierto. Y si

mataste a Mrs. Argyle, cosa que muy bien podías haber hecho, era a tu verdadera madre a quien querías matar.

—¡Tina! ¿De qué diablos estás hablando?

—Y ahora —continuó Tina con calma—, ya no tienes a quien odiar. Y eso hace que te sientas muy solo, ¿verdad? Pero tienes que aprender a vivir sin odio, Micky. A lo mejor te resulta difícil, pero puedes conseguirlo.

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué querías decir con eso de que pude muy bien haberla matado? Sabes muy bien que aquel día no estaba cerca de aquí. Estaba probando el coche de un cliente por la carretera de los páramos, junto a Minchin Hill.

—¿Sí?

Se levantó, acercándose al mirador, desde donde se divisaba el río.

—¿Adonde quieres ir a parar, Tina? —Micky se acerco a ella.

Tina señaló en dirección a la playa.

—¿Quiénes son esos dos?

Micky dirigió una mirada rápida al lugar indicado.

—Hester y su médico, creo. Pero Tina, ¿qué querías decir? Por amor de Dios, no te pongas ahí en el borde. Es peligroso.

—¿Por qué? ¿Quieres empujarme? No te costaría trabajo. Soy muy pequeña.

—¿Por qué dices que pude estar aquí aquella noche? —preguntó él con voz ronca.

Tina no respondió. Se volvió y empezó a subir el sendero que conducía a la casa.

—¡Tina!

—Estoy preocupada, Micky —dijo Tina con voz tranquila y suave—. Estoy muy preocupada por Hester y Don Craig.

—¿Qué importan ahora Hester y su novio?

—Sí que importan. Me parece que Hester es muy desgraciada.

—No estamos hablando de ellos.

—*Yo sí* que estoy hablando de ellos. Es importante.

—¿Has creído durante todo el tiempo, Tina, que yo había estado aquí la noche en que mataron a mamá?

Tina no respondió.

—No dijiste nada entonces.

—¿Por qué iba a decirlo? No era necesario. Quiero decir que

estaba tan claro que Jacko la había matado…

—Y ahora está claro que Jacko no la mató.

De nuevo, Tina asintió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Micky—. ¿Y ahora qué?

Ella no le respondió y continuó subiendo el sendero.

3

En la playa que había cerca de Sunny Point, Hester levantaba la arena con la punta del zapato.

—No veo que tengamos nada de qué hablar.

—Tú eres la que tiene que hablar —replicó Don Craig.

—No veo porqué. Hablar de una cosa nunca sirve de nada, nunca mejora la situación.

—Por lo menos, podías decirme lo que ocurrió esta mañana.

—Nada.

—¿Qué quieres decir con eso de nada? La policía estuvo en tu casa, ¿verdad?

—Sí, sí, estuvo en casa.

—¿Y no os interrogaron a todos?

—Sí, nos interrogaron a todos.

—¿Qué clase de preguntas os hicieron?

—Las de costumbre. Exactamente las mismas que la otra vez. Dónde estábamos y qué hicimos, y cuándo vimos viva a mamá por última vez. La verdad, Don, no quiero hablar más de eso. Ya se acabó.

—No se acabó, corazón. Ésa es la cuestión.

—No sé por qué tienes *tú* que meterte en esto. Tú *no estás* mezclado en esto.

—Mi vida, quiero ayudarte. ¿No lo comprendes?

—Pues al hablar de ello no me ayudas nada. Quiero olvidarlo. Si me quieres ayudar a olvidar, eso es otra cosa.

—Hester, querida, no sirve de nada huir de las cosas. Hay que afrontarlas.

—He estado afrontándolas, como tú dices, toda la mañana.

—Hester, te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué quieres decir con eso de que supones que sí?

—No haces más que darle vueltas y más vueltas al asunto.

—Pero tengo que hacerlo.

—No veo por qué. *Tú* no eres un policía.

—¿Quién fue la última persona que vio viva a tu madre?

—Yo.

—Fue un poco antes de las siete, cuando ibas a salir para reunirte conmigo, ¿no?

—Cuando iba a salir para Drymouth, para ir al teatro.

—Bueno, pero ya estabas en el teatro, ¿no?

—Sí, claro que estaba.

—Ya sabías entonces que te quería, ¿verdad, Hester?

—No estaba segura. Ni siquiera estaba segura entonces de que estaba empezando a quererte.

—No tenías motivo, ni sombra de motivo, para matar a tu madre, ¿verdad?

—No, en realidad, no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Había pensado con frecuencia en matarla. Solía decirme: «Me gustaría que se muriera, me gustaría que se muriera». Algunas veces soñaba que la mataba.

—¿De qué modo la matabas en tus sueños?

Por un momento, Don Craig dejó de ser el enamorado para ser exclusivamente el joven médico, lleno de interés.

—Algunas veces le pegaba un tiro —comentó Hester alegremente— y otras le daba un porrazo en la cabeza.

El doctor Craig lanzó un gruñido.

—Eso era en sueños. Muchas veces soy muy violenta en mis sueños.

—Escucha, Hester —el joven cogió las manos de la muchacha— tienes que decirme la verdad. Tienes que confiar en mí.

—No sé qué quieres decir.

—La verdad, Hester. Quiero *la verdad*. Te quiero y estaré a tu lado. Si la mataste, creo… creo que puedo explicar las razones. No creo que haya sido culpa tuya. ¿Entiendes? Naturalmente, nunca se lo diría a la policía. Quedará entre tú y yo. Nadie sufrirá con ello. El asunto sería abandonado por falta de pruebas. Pero tengo que

saberlo —Hizo hincapié en la última palabra.

Hester le miraba con los ojos muy abiertos, casi desenfocados.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que me digas la verdad.

—Crees que ya sabes la verdad, ¿no es eso? Crees que yo la maté.

—Hester, mi vida, no me mires de ese modo. —La cogió por los hombros y la sacudió suavemente—. Soy médico. Sé las razones que motivan estas cosas. Sé que las personas no siempre son responsables de sus actos. Te conozco muy bien, sé que eres dulce, encantadora y sana en lo esencial. Yo te ayudaré. Nos casaremos y entonces seremos felices. Nunca te sentirás perdida, abandonada ni tiranizada. Muchas veces las cosas que hacemos se basan en razones que la mayoría de la gente no comprende.

—Eso se parece mucho a lo que todos dijimos de Jacko, ¿no crees?

—Deja en paz a Jacko. Es en ti en quien estoy pensando. Te quiero muchísimo, Hester, pero necesito saber la verdad.

—¿La verdad?

Una sonrisa burlona apareció en el rostro de Hester.

—Por favor, corazón.

Hester volvió la cabeza y miró hacia arriba.

—Me llama Gwenda. Debe de ser hora de almorzar.

—¡Hester!

—Tengo que irme. ¿Me creerías si te dijera que no la maté?

—Claro que te creería.

—No lo creo.

Se apartó bruscamente de él y empezó a correr sendero arriba. Él hizo ademán de seguirla. Luego se contuvo.

—¡Maldita sea! —exclamó Donald Craig—. *¡Maldita sea!*

CAPÍTULO XV

1

—No quiero volver a casa todavía —protestó Philip Durrant irritado.

—Philip, francamente, no tenemos por qué seguir aquí. Vinimos a ver a Mr. Marshall para discutir el asunto, y a entrevistarnos con la policía. Ahora nada nos impide volver a casa inmediatamente.

—Creo que a tu padre le gustará mucho que nos quedemos unos días. Le gusta tener a alguien con quien jugar al ajedrez por las noches. Es un jugador imponente, ¡palabra! Yo no me consideraba malo, pero nunca consigo ganarlo.

—Papá puede buscarse a otra persona con quien jugar al ajedrez —replicó Mary, cortante.

—¿Quieres que llame a alguien del instituto femenino para que venga a jugar con él?

—Y además tenemos que estar en casa. Mañana es el día en que Mrs. Carden pule los metales.

—¡Polly, el ama de casa perfecta! —exclamó Philip riendo—. Esa señora, llámese como se llame, puede limpiar los metales sin que estés tú, ¿no? Y si no puede, ponle un telegrama y dile que los deje enmohecerse una semana más.

—No entiendes nada, Philip, de las cosas de la casa y de lo difíciles que resultan.

—Yo no veo que sean nada difíciles, a no ser que tú misma las hagas difíciles. Y además, *yo* quiero quedarme.

—¡Philip, por Dios! —Mary habló con desesperación—. Odio

este sitio.

—¿Por qué?

—Es tan sombrío, tan triste. Y todo lo que pasó aquí. El asesinato y todo eso.

—Vamos, Polly. No me digas que esas cosas te ponen nerviosa. Estoy seguro de que puedes resistir esto de los asesinatos sin inmutarte lo más mínimo. Quieres volver a casa para ver cómo pulen los metales, sacan el polvo y asegurarte de que las polillas no se comen tu abrigo de piel. Eso creo.

—Las polillas no atacan a los abrigos de piel en invierno.

—Ya sabes lo que quiero decir. Me refiero a la intención. A mi modo de ver, es mucho más interesante estar aquí.

—¿Más interesante que estar en tu propia casa? —Mary parecía escandalizada y dolida.

Philip la miró rápidamente.

—Lo siento, mi vida, no me he expresado bien. Nada puede ser tan agradable como nuestra casa y tú has hecho que sea verdaderamente estupenda. Confortable, limpia, atractiva. Hubiera sido completamente distinto si… si yo fuera el de antes. Quiero decir que tendría montones de cosas que hacer durante todo el día. Estaría metido hasta el cuello en mis proyectos. Sería maravilloso volver a tu lado, a nuestra casa, y hablar de todo lo que habría ocurrido durante el día. Pero ahora es distinto.

—Ya sé que es distinto en *ese* sentido. No creas que lo olvido nunca, Philip. Lo siento, lo siento terriblemente.

—Sí —masculló Philip—. Sí, lo sientes demasiado, Mary. Lo sientes tanto que algunas veces eso hace que lo sienta yo más. Lo que quiero es distraerme y —alzó una mano— no me digas que puedo distraerme con puzzles, con todos los chismes de la terapéutica ocupacional y con personas que vienen a hacerme la terapia o leyendo libros interminables. ¡Algunas veces deseo tanto meterme de lleno en algo bueno! Y aquí, en esta casa, hay algo bueno en que meterse de lleno.

—Philip —Mary contuvo la respiración—, ¿no *seguirás* dándole vueltas a aquella idea?

—¿A jugar a detective? Asesinato, asesinato, ¿quién cometió el asesinato? Sí, Polly, no andas muy desencaminada. Tengo unos deseos terribles de saber quién fue.

—¿Por qué? ¿Cómo lo conseguirás? Si alguien entró en casa por la fuerza o encontró abierta la puerta…

—¿Todavía con la teoría del intruso? No tiene la menor consistencia. El viejo Marshall hizo como que creía en ella, pero lo que quería en realidad era ayudarnos *a nosotros* a creer en ella. Nadie cree en esa hermosa teoría. Y nadie la cree porque no es cierta.

—Si no es cierta —replicó Mary—, si no es cierta, si fue, como dices, uno de nosotros, no quiero saber la verdad. ¿Para qué hemos de saber la verdad? ¿No es muchísimo mejor que no la sepamos?

Philip Durrant la miró interrogante.

—Te gusta esconder la cabeza debajo del ala, ¿verdad, Polly? ¿No sientes ninguna curiosidad?

—¡Te digo que no quiero saber la verdad! Me parece todo horrible. Quiero olvidarlo y no pensar más en ello.

—¿No querías a tu madre lo suficiente para querer saber quién la mató?

—¿De qué serviría saber quién la mató? Durante dos años hemos estado muy satisfechos pensando que Jacko la había matado.

—Sí —dijo Philip—, era precioso, lo satisfechos que estábamos todos.

Su esposa le miró desconcertada.

—No… no sé qué quieres decir, Philip.

—¿No comprendes, Polly, que en cierto sentido esto es un desafío para mí? ¿Un desafío a mi inteligencia? No pretendo haber sentido de un modo especial la muerte de tu madre, ni haberle tenido gran cariño. No se lo tenía. Hizo todo lo que pudo por impedir que te casaras conmigo, pero no le guardé rencor por eso, porque te conseguí de todos modos. ¿No es verdad, guapa? No, no es un deseo de venganza, ni siquiera pasión por la justicia. Creo que es… sí, es curiosidad, más que nada, aunque puede que me mueva también alguna razón bastante más elevada.

—No debes mezclarte en esas cosas. Nada bueno va a resultar de eso. Por favor, Philip, *no sigas*. Vámonos a casa y olvidémonos de todo.

—Bueno, siempre me manejas a tu antojo, ¿no es verdad? Ahora quiero quedarme aquí. ¿No te gustaría que algunas veces hiciera lo que yo quiero hacer?

—Quiero que tengas todo lo que quieras.

—En el fondo no lo quieres, querida. Lo único qué quieres es cuidarme como si fuera un niño de pecho y decidir por ti misma, todos los días y en todos los sentidos, lo que más me conviene. —Se rió.

Mary le miraba sin comprender.

—Nunca sé cuando hablas en serio o en broma.

—Aparte de la curiosidad —insistió Philip—, alguien tiene que descubrir la verdad.

—¿Por qué? ¿De qué sirve? Enviar a una persona a la cárcel me parece una cosa horrible.

—No acabas de comprenderlo. Yo no he dicho que fuera a entregar el culpable a la policía si lo descubriera. No creo que lo hiciera. Depende de las circunstancias, claro. Probablemente no serviría de nada que lo entregara a la policía, porque sigo pensando que no hay pruebas suficientes.

—Si no hay pruebas suficientes, ¿cómo vas a descubrir nada?

—Hay muchas maneras de descubrir cosas, de tener la completa seguridad de que son ciertas. Y me parece que es necesario hacerlo. Las cosas no van muy bien en esta casa y muy pronto irán peor.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has notado nada, Polly? ¿Qué me dices de tu padre y de Gwenda Vaughan?

—Bueno, ¿y qué? ¿Por qué no ha de querer mi padre casarse otra vez a su edad?

—Yo lo comprendo. Después de todo, su matrimonio no fue un gran éxito. Ahora tiene oportunidad de lograr la verdadera felicidad. Felicidad otoñal, si quieres, pero felicidad. Las cosas no van muy bien entre ellos ahora.

—Claro, con todo esto… —dijo Mary vagamente.

—Exacto. Este asunto los está distanciando rápidamente. Y esto puede ser debido a dos razones: sospechas o culpabilidad.

—¿Sospechas de qué?

—Digamos que sospechan uno del otro. O sospechas por una parte y culpabilidad por la otra y viceversa.

—No sigas, Philip, me estás armando un lío.

De pronto, el rostro de Mary se animó ligeramente.

—¿De modo que crees que fue Gwenda? Quizá tengas razón.

¡Sería estupendo!

—Pobre Gwenda. Porque no pertenece a la familia, ¿no es eso?

—Sí. Entonces no habría sido uno de nosotros.

—Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? En lo que nos afecta *a nosotros*.

—Claro.

—Claro, claro. Lo malo de ti, Polly, es que no tienes la menor imaginación. No puedes ponerte en el lugar de nadie.

—¿Por qué había de hacerlo?

—¿Por qué? Para ser sincero, supongo que debería decir que para pasar el tiempo. Pero puedo ponerme en el lugar de tu padre, o en el de Gwenda, y si son inocentes, me imagino lo que estarán pasando. Lo que estará pasando Gwenda, al verse tratada fríamente. Al presentir que no podrá casarse con el hombre que quiere. Y luego ponte en el lugar de tu padre. Sabe, tiene que saberlo, que la mujer de quien está enamorado tuvo oportunidad para cometer el asesinato y, además, motivo. *Tiene esperanzas* de que no lo haya cometido, *cree* que no lo ha cometido, pero no está *seguro*. Y lo que es peor, nunca estará seguro.

—A su edad… —empezó Mary.

—A su edad, a su edad —la interrumpió Philip—. ¿No te das cuenta de que a su edad es peor? Es el último amor de su vida. No es probable que tenga otro. Llega muy adentro. Y si lo consideramos desde el otro punto de vista, supongamos que Leo salió de las sombras del mundo en que vivió apartado durante tanto tiempo. Supongamos que fue él quien mató a su mujer. Casi le da a uno pena el pobre hombre, ¿verdad? No es que pueda imaginármelo exactamente. Bueno, Polly, vamos a oír tu opinión. ¿Quién crees que la mató?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Es posible que no lo sepas, pero podrías aproximarte a la verdad si pensaras un poco.

—Me niego a pensar en ello.

—Me extraña tu actitud. ¿Es porque te desagrada, simplemente? ¿O es porque… porque lo sabes? Puede que en tu cabeza fría y tranquila estés completamente segura. Tan segura que no quieres pensar en ello, que no quieres decírmelo. ¿Es en Hester en quien piensas?

—¿Qué motivo podía tener Hester para querer matar a mamá?

—No hay un verdadero motivo, ¿verdad? —comentó Philip pensativo—. Pero uno lee cosas así, ¿sabes? Un hijo o una hija bien atendidos, consentidos y, de pronto, un día ocurre una cosa sin importancia. El amoroso padre se niega a soltar el dinero para ir al cine o para comprar un par de zapatos, o le dice a la hija, cuando sale con su novio, que tiene que volver a las diez. Puede ser una cosa sin importancia, pero parece como si colmara la medida. Y de pronto, la joven en cuestión pierde la cabeza, coge un martillo o un hacha o un atizador, y ahí tienes. Siempre resulta difícil explicarse una cosa así, pero ocurre. Es la culminación de una rebeldía reprimida durante mucho tiempo. En ese molde encaja Hester. Lo malo de Hester es que uno no sabe nunca lo que pasa por su encantadora cabeza. Es débil y le duele serlo. Y tu madre era de esas personas que le hacían sentirse más consciente de su debilidad. Sí —añadió, echándose hacia delante con cierta animación—, creo que podría abrirle a Hester un buen expediente.

—¿Quieres callarte? —exclamó Mary.

—Me callaré. Hablar no me llevará a ninguna parte. ¿O sí? Después de todo, uno tiene que decir mentalmente de qué tipo es el asesinato y aplicarlo luego a cada una de las distintas personas implicadas. Y entonces, cuando tiene uno bien grabado cómo debe de haber sido, entonces empieza uno a colocar las trampitas, a ver si alguien cae en ellas.

—Sólo había cuatro personas en la casa. Hablas como si hubiera habido media docena por lo menos. Estoy de acuerdo contigo en que papá no pudo haberlo hecho y es absurdo pensar que Hester haya tenido un motivo poderoso para hacer semejante cosa. Quedan Kirsty y Gwenda.

—¿Cuál de las dos prefieres? —preguntó Philip en tono burlón.

—No puedo imaginar a Kirsty haciendo una cosa así. Siempre ha tenido tanta paciencia y tan buen carácter. Quería mucho a mamá. Claro que *pudo* volverse rara de pronto. Una oye hablar de casos así, pero nunca fue rara.

—No. Kirsty me parece una mujer muy normal, una mujer a la que le hubiera gustado vivir una vida de mujer normal. En cierto sentido es del mismo tipo de Gwenda, sólo que Gwenda es guapa y atractiva y la pobre Kirsty es vulgar como una patata. No creo que

haya habido ningún hombre que la haya mirado a la cara dos veces. Pero puede que a ella le hubiera gustado enamorarse y casarse. Debe de ser bastante desagradable nacer mujer y nacer vulgar y sin atractivos, sobre todo si esta falta de atractivos no está compensada con una inteligencia o un talento especial. La verdad es que permaneció aquí demasiado tiempo. Debió haberse marchado después de la guerra y seguir con su profesión de masajista. Podía haber pescado a algún paciente rico de mediana edad.

—Eres como todos los hombres. Te crees que las mujeres no piensan más que en casarse.

Philip sonrió.

—Sigo pensando que es el ideal de toda mujer. Por cierto, ¿Tina no tiene amigos?

—Que yo sepa, no. Pero no habla mucho de sus cosas.

—No, es una ratita plácida, ¿verdad? No es precisamente guapa, pero es muy graciosa. ¿Qué sabrá sobre el asunto?

—No creo que sepa nada.

—¿No? Yo creo que sí.

—Imaginaciones tuyas.

—No, no son imaginaciones mías. ¿Sabes lo que dijo Tina? Dijo: «Quisiera no saber nada». Es un modo extraño de expresarse. Apuesto a que sí *sabe* alguna cosa.

—¿Qué clase de cosa?

—Quizás haya algo que encaje en algún sitio sin que ella misma sepa bien dónde. Espero poder sacárselo.

—¡Philip!

—No insistas, Polly. Tengo una misión en la vida. Me he convencido a mí mismo de que es de interés general que me entregue a ella. Ahora bien, ¿por dónde voy a empezar? Creo que empezaré sonsacando a Kirsty. En muchos sentidos, es un alma sencilla.

—¡Cómo desearía que dejaras esa idea descabellada y volviéramos a casa! ¡Éramos tan felices! Todo estaba saliendo tan bien. —La voz se quebró y dio media vuelta.

—¡Polly! —dijo Philip preocupado—. ¿Te importa tanto, de verdad? No me daba cuenta de que estuvieras tan disgustada.

Mary giró en redondo, mirándole esperanzada.

—Entonces, ¿nos vamos a casa y te olvidas de todo?

—No podría olvidarlo. Sólo serviría para que siguiera preocupándome, pensando, dándole vueltas al asunto. Vamos a quedarnos hasta que termine la semana, Mary, y luego… bueno, ya veremos.

CAPÍTULO XVI

1

—¿Te importa que me quede un poco más, papá? —preguntó Micky.

—No, claro que no. Encantado. ¿No tendrás problemas con la empresa?

—No. Les he telefoneado. Me han dicho que no es necesario que vuelva hasta que pase el fin de semana. Han sido muy considerados. Tina también se queda a pasar el fin de semana.

Se acercó a la ventana, miró a través de ella, cruzó la habitación con las manos en los bolsillos, contemplando los libros. Con voz entrecortada y torpe, por fin dijo:

—¿Sabes, papá? Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Acabo de darme cuenta… bueno, de darme cuenta de lo desagradecido que he sido siempre.

—Nunca ha sido cuestión de gratitud. Eres mi hijo, Micky. Siempre te he considerado como tal.

—Una manera rara de tratar a un hijo. Nunca me dominaste.

Leo Argyle sonrió con su sonrisa remota.

—¿Crees de verdad que la única misión de un padre es dominar a sus hijos?

—No. No, puede que no —respondió atropelladamente—. He sido un completo estúpido. En cierto modo tiene gracia. ¿Sabes lo que me gustaría hacer, lo que estoy pensando hacer? Aceptar un empleo en una compañía petrolera en el golfo Pérsico. Es donde mamá quería haberme puesto al principio, en una compañía

petrolera. Pero yo no quise saber nada de eso entonces. Quise seguir mi propio camino.

—Estabas en la edad en que querías escoger por ti mismo y odiabas la idea de que alguien escogiera por ti. Siempre ha sido así, Micky. Si queríamos comprarte un jersey rojo, tú insistías en que lo querías azul, pero probablemente lo que estabas deseando era tener uno rojo.

—Es cierto —reconoció Micky, riéndose—. Siempre he dejado bastante que desear.

—La juventud. Estabas ebrio de libertad. Rechazabas las riendas, el control. Todos nos hemos sentido así en alguna época de nuestra vida, pero al final tenemos que aceptar la autoridad.

—Sí, supongo que sí.

—Me alegro mucho de que tengas esos planes para el futuro. No creo que trabajar como vendedor y probador de coches sea suficiente para ti. No está mal, pero no conduce a ninguna parte.

—Me gustan muchísimo los coches. Me gusta sacarles el mayor partido posible, y soy capaz de soltar una parrafada cuando hace falta. Bla, bla, bla, todas esas frases obsequiosas, pero no me gusta esa vida, ¡maldita sea! Éste es un trabajo relacionado con el transporte motorizado. Tendría que controlar la revisión de los coches. Es un trabajo importante.

—Ya sabes que, cuando necesites disponer de capital para asociarte en algún negocio que creas que vale la pena, el dinero está ahí, a tu disposición. Ya sabes lo del fideicomiso. Estoy dispuesto a autorizar cualquier cantidad que haga falta, siempre que los detalles sean estudiados y aceptados. Solicitaríamos la opinión de un experto. Pero el dinero está a tu disposición si lo quieres.

—Gracias, papá, pero no quiero exprimirte.

—No se trata de exprimirme, Micky, el dinero es tuyo. Te ha sido concedido igual que a los demás. Yo solo estoy facultado para decidir cuándo y cómo. Pero no es mío y no te lo doy. Es tuyo.

—Es de mamá, en realidad.

—El fideicomiso fue establecido hace varios años.

—¡No quiero un penique de ese dinero! ¡No quiero tocarlo! *¡No podría!* ¡Tal como están las cosas, no podría! —Enrojeció de pronto cuando se cruzaron sus miradas—. No quería… no quería decir eso precisamente.

—¿Por qué no quieres tocarlo? Nosotros te adoptamos. Es decir, nos hicimos completamente responsables de ti, económicamente y en todos los aspectos. Se estableció el acuerdo de que te educaríamos como hijo nuestro y satisfaríamos todas tus necesidades en la vida.

—Quiero valerme por mí mismo.

—Sí. Ya lo veo. Muy bien, Micky. Pero si cambias de manera de pensar, recuerda que el dinero está a tu disposición.

—Gracias, papá. Te agradezco que lo comprendas. O al menos, si no lo comprendes, que me dejes seguir mi camino. Me gustaría poder explicarme mejor. Es que no quiero aprovecharme de… no puedo aprovecharme de… bueno, al diablo, es demasiado difícil de explicar.

Se oyó un golpe en la puerta, casi un topetazo.

—Supongo que será Philip. ¿Quieres abrirle la puerta, Micky?

Micky cruzó la habitación para abrir la puerta y Philip, maniobrando su silla de ruedas, entró en la biblioteca. Los saludó a los dos con una sonrisa alegre.

—¿Está usted muy ocupado? —le preguntó a Leo—. Si es así, dígamelo. Me estaré callado, sin interrumpirle, y me pondré a curiosear por las estanterías.

—No, no tengo nada que hacer esta mañana.

—¿No está Gwenda? —preguntó Philip.

—Telefoneó para decir que le dolía la cabeza y no podía venir —respondió Leo con voz completamente desprovista de entonación.

—Ya.

—Bueno, voy a sacar un poco a Tina para que dé un paseo —dijo Micky—. Esa chica odia el aire libre.

Salió de la habitación con paso ligero y elástico.

—¿Me equivoco —preguntó Philip— o en Micky se ha operado un cambio últimamente? No se le cae el mundo encima como de costumbre, ¿verdad?

—Ha tardado bastante en madurar.

—Pues ha escogido el peor momento para hacerlo. La sesión de ayer con la policía no fue precisamente una perita en dulce, ¿no le parece?

—Desde luego, es doloroso revisar el caso.

—¿Cree usted —dijo Philip, empujando la silla junto a las

estanterías y cogiendo un libro o dos de un modo distraído— que Micky tiene conciencia de sus actos?

—Ésa es una pregunta muy extraña, Philip.

—No, no lo es. Estaba pensando en él hace un rato. Es como ser sordo a los tonos. Algunas personas no pueden sentir la angustia de la culpabilidad ni del remordimiento, ni siquiera sienten pesar por sus actos. Jacko no lo sentía.

—No. Jacko, desde luego, no lo sentía.

—Y yo estaba preguntándomelo respecto a Micky, —comentó Philip. Hizo una pausa y luego continuó con voz indiferente—: ¿Me permite que le haga una pregunta? ¿Qué sabe usted en realidad sobre los antecedentes de todos estos hijos adoptivos suyos?

—¿Por qué quiere saberlo, Philip?

—Simple curiosidad, me figuro. Siempre se pregunta uno hasta dónde llega la fuerza de la herencia biológica.

Leo no contestó. Philip le observaba con los ojos brillantes de interés.

—¿Le molesta que le haga estas preguntas?

—Bueno —respondió Leo, levantándose—, después de todo, ¿por qué no había de hacérmelas? Es de la familia. Hay que reconocer que en estos momentos son preguntas muy pertinentes. Pero nuestros hijos no fueron adoptados en el sentido usual de la palabra. Mary, su esposa, fue adoptada formal y legalmente, pero los demás entraron en la familia de un modo mucho más irregular. Jacko era huérfano y fue su anciana abuela la que nos lo trajo. La abuela murió en un bombardeo y él se quedó con nosotros. Fue tan sencillo como todo eso. Micky era hijo ilegítimo. A su madre sólo le interesaban los hombres. Pidió cien libras y se las dimos. Nunca hemos sabido qué fue de la madre de Tina. Nunca escribió a la niña, no la reclamó al terminar la guerra y fue imposible localizarla.

—¿Y Hester?

—Hester era también hija ilegítima. Su madre era una joven enfermera irlandesa. Se casó con un soldado americano poco después de que Hester viniera a vivir con nosotros. Nos pidió que nos quedáramos con la niña. No tenía intención de decírselo a su marido. Se marchó con él a los Estados Unidos al terminar la guerra y no hemos sabido más de ella.

—Todas historias trágicas, en cierto modo. Todos ellos eran

pobres chiquillos que habían sido abandonados.

—Sí, ésa es la verdad. Eso es lo que hizo que Rachel pusiera tanta pasión en ellos. Estaba decidida a hacer que se sintieran queridos, a darles un verdadero hogar, a ser para ellos una verdadera madre.

—Era una buena obra.

—Sí, sólo… sólo que, en realidad, no podía resultar como esperaba que resultara. Para ella era artículo de fe que los lazos de la sangre no tenían importancia. Pero sí la tienen. Generalmente, en nuestros propios hijos hay alguna particularidad temperamental, algún sentimiento que uno reconoce y puede comprender, sin necesidad de expresarlo con palabras. Con los hijos que uno adopta no existe ese lazo. Uno no sabe *instintivamente* lo que piensan. Naturalmente, los juzgamos por nosotros mismos, por nuestros propios pensamientos y sentimientos, pero debe tenerse en cuenta que esos pensamientos y sentimientos pueden ser muy distintos de los de ellos.

—Supongo que usted lo habrá comprendido así durante todo el tiempo.

—Se lo advertí a Rachel, pero, claro, no me creyó. No quiso creerme. Quería que fueran sus propios hijos.

—Tina es la que siempre ha sido una incógnita para mí. Puede que sea por su mitad no blanca. ¿Quién era su padre? ¿Lo sabe usted?

—Creo que era un marinero. Posiblemente de las Indias Orientales. La madre —señaló Leo secamente— no pudo decírnoslo con seguridad.

—Uno no sabe cuál es su reacción ante las cosas o lo que piensa de ellas. Habla tan poco… —Philip se calló un momento y luego le espetó una pregunta—: ¿Qué es lo que sabe sobre este asunto que no quiere decir?

—¿Por qué cree que no dice todo lo que sabe?

—Vamos, señor, está clarísimo, ¿no le parece?

—A mí no me parece tan claro.

—Sabe algo. ¿Cree usted que será algo que perjudique a una persona determinada?

—Creo, Philip, y perdone que se lo diga, que no es prudente especular sobre estas cosas. Es muy fácil dejarse llevar por la

imaginación.

—¿Es una advertencia?

—¿Le parece que es asunto suyo, Philip?

—¿Quiere usted decir que no soy policía?

—Sí, eso es lo que quise decir. La policía tiene que cumplir con su deber. Tiene que investigar.

—¿Y usted no quiere investigar?

—Es posible que tenga miedo de lo que pudiera descubrir.

—¿Es posible que *usted* sepa quién fue? ¿Lo sabe?

—No. —La brusquedad y el vigor de la respuesta de Leo sobresaltaron a Philip. Había dejado de ser la persona frágil, consumida y distante que Philip conocía tan bien—. ¡No sé quién fue! ¿Lo oye? No lo sé. No tengo la menor idea. No, no lo *quiero* saber.

CAPÍTULO XVII

1

—¿Qué haces, Hester, cariño? —preguntó Philip mientras avanzaba en su silla de ruedas por el pasillo. Hester asomaba la cabeza por la ventana que había hacia la mitad del mismo. Se sobresaltó y retiró la cabeza.

—Ah, eres tú.

—¿Estás contemplando el universo o pensando en suicidarte?

Ella le miró retadora.

—¿Por qué dices semejante cosa?

—Está clarísimo que pensabas en el suicidio. Pero francamente, Hester, si piensas dar ese paso, esa ventana no es adecuada. No está lo bastante alta. Piensa en lo horrible que sería quedarte con una pierna y un brazo tullidos, por ejemplo, en lugar de conseguir el misericordioso olvido que anhelas.

—Micky salía muchas veces por esta ventana y bajaba por la magnolia. Era su vía secreta para salir y entrar. Mamá nunca se enteró.

—¡La de cosas que ignoran los padres! Se podría escribir un libro. Pero si estás pensando en suicidarte, Hester, junto al cenador hay un sitio mucho más apropiado.

—¿Donde sobresale del río? Sí, ¡se estrellaría una contra las rocas!

—¡Lo malo de ti, Hester, es que tienes una imaginación melodramática! La mayoría de la gente se contenta con colocarse adecuadamente junto a la estufa de gas o con tomarse una cantidad

enorme de pastillas para dormir.

—Me alegro de que estés aquí —comentó Hester inesperadamente—. A ti no te importa hablar de las cosas, ¿verdad?

—Bueno, lo cierto es que ahora no tengo mucho que hacer. Ven a mi habitación y hablaremos. —Ante su vacilación, continuó—: Mary está abajo. Fue a prepararme algún plato exquisito con sus preciosas manos.

—Mary no lo comprendería.

—No —convino Philip—, Mary no lo comprendería en lo más mínimo.

Philip empujó la silla a lo largo del pasillo y Hester caminó a su lado. La joven abrió la puerta del salón y Philip entró. Hester le siguió.

—Pero tú, en cambio, lo entiendes —comentó Hester—. ¿Por qué?

—Hay momentos en que uno piensa en esas cosas. Cuando me ocurrió esto, por ejemplo, y supe que me quedaría inválido para toda la vida…

—Sí, debe de haber sido horrible. Horrible. Y además eras piloto, ¿verdad? Volabas.

—Sí, muy alto, por encima del mundo.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho, de verdad. ¡Debía haber pensado más en ello y haberte demostrado más compasión!

—Gracias a Dios que no me la demostraste. Pero esa fase ya pasó. Termina uno acostumbrándose a todo. Esto no puedes comprenderlo ahora, Hester. Pero llegarás a comprenderlo. A no ser que antes quieras hacer alguna cosa muy atolondrada y muy estúpida. Vamos, cuéntamelo todo. ¿Qué pasa? Me figuro que habrás tenido una pelea con tu novio, con el solemne y joven doctor. ¿Es eso?

—No fue una pelea. Fue mucho peor que una pelea.

—Ya se arreglará todo.

—No, no se arreglará. No puede arreglarse nunca.

—Empleas unos términos tan desorbitados. Para ti todo es blanco o negro, ¿verdad, Hester? No hay tonos intermedios.

—No puedo evitarlo. Siempre he sido así. Todo lo que he pensado que podía hacer o quería hacer me ha salido mal. Quise vivir una vida propia, ser alguien, hacer algo. Y todo me ha salido

mal. No sirvo para *nada*. He pensado muchas veces en quitarme la vida. Desde los catorce años.

Philip la observaba con interés.

—Desde luego, mucha gente se mata entre los catorce y los diecinueve años —opinó con voz tranquila y práctica—. En esa edad las cosas son desproporcionadas. Hay colegiales que se suicidan porque creen que no aprobarán los exámenes y hay chicas que lo hacen porque sus madres no las dejan ir al cine con algún amigo indeseable. Es una época en que todo se muestra en glorioso tecnicolor. Alegría o desesperación. Tristeza o felicidad sin par. Luego se libera uno de eso. Lo malo de ti, Hester, es que te está llevando más tiempo liberarte que a la mayoría.

—Mamá tenía razón en todo lo que decía o hacía. En todas las cosas que no me dejaba hacer y que yo quería hacer, ella tenía razón y yo estaba equivocada. ¡No podía resistirlo, no podía! Por eso pensé que tenía que ser valiente, tenía que marcharme. Tenía que probarme a mí misma. Y todo salió mal. No valía nada como actriz.

—Claro que no valías, Hester. No tienes sentido de la disciplina. No admites dirección. Tienes demasiado trabajo con dramatizarte a ti misma. Ahora estás haciéndolo.

—Y entonces creí que debía tener un verdadero amor. No un amor estúpido e infantil. Un hombre mayor. Estaba casado y había sido muy desgraciado.

—Una situación muy vulgar. Y él la explotó, supongo.

—Yo creí que sería una gran pasión. ¿No te estarás riendo de mí? —Miró a Philip con desconfianza.

—No, no me estoy riendo de ti, Hester —replicó Philip dulcemente—. Comprendo que tienes que haber pasado un calvario.

—No fue una gran pasión —negó Hester con amargura—. Fue una historia estúpida y vulgar. Todo lo que me decía de su vida o de su mujer era mentira. Yo… yo le acorralé de un modo horrible. He sido una tonta, una tonta vulgar y barata.

—Algunas veces hay que aprender las cosas por experiencia propia. Nada de eso te ha hecho mucho daño, Hester. Probablemente te ayudó a madurar. O te ayudaría a madurar si no te negaras a hacerlo.

—Mamá estuvo tan competente en todo eso —señaló Hester con

resentimiento—. Fue a buscarme y lo arregló todo, y me dijo que si realmente quería ser actriz, era mejor que fuera a la escuela de arte dramático y lo hiciera como era debido. Pero yo no quería ser actriz en realidad y, además, entonces ya sabía que no valía. Así que me volví a casa. ¿Qué iba a hacer si no?

—Probablemente, podías haber hecho montones de cosas. Pero ésa era la más fácil.

—Sí, sí —asintió la joven con fervor—. Qué bien lo entiendes. Soy muy débil. Siempre quiero hacer lo que es fácil. Y si me rebelo contra ello, siempre lo hago de un modo tan estúpido que sale mal.

—No tienes confianza en ti misma, ¿verdad?

—A lo mejor es porque me adoptaron. No me enteré hasta que tenía casi dieciséis años. Yo sabía que los demás lo eran y entonces un día pregunté y… y me enteré de que yo también era hija adoptiva. Me sentí desgraciadísima, como si no fuera de *ningún sitio*.

—Eres terrible en eso de dramatizar las cosas.

—No era mi madre. Nunca entendió ni uno solo de mis pensamientos. Lo único que hacía era mirarme con indulgencia y amabilidad y hacer planes para mí. ¡Cómo la odiaba! ¡Es espantoso, ya sé que es espantoso, pero la odiaba!

—En realidad, la mayoría de las chicas pasan por una etapa, que no dura mucho, en que odian a sus madres. No tiene nada de extraordinario.

—La odiaba porque tenía razón. Es horrible que la gente tenga siempre razón. Te hace sentir cada vez más insignificante. Oh, Philip, ¡es horrible todo esto! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

—Casarte con ese muchacho tan agradable, con tu novio, y sentar la cabeza. Ser la mujercita buena de un médico. ¿O esa vida no es lo bastante espléndida para ti?

—Ya no quiere casarse conmigo —contestó la joven con tono sombrío.

—¿Estás segura? ¿Te lo ha dicho él? ¿O lo estás imaginando tú?

—Cree que yo he matado a mi madre.

—¡Ah! —dijo Philip, y se calló un momento—. ¿La mataste?

Ella giro en redondo para enfrentarse a él.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué?

—Me pareció que sería interesante saberlo. Todo en familia, por decirlo así. No para decírselo luego a las autoridades.

—Si la hubiera matado, ¿crees que te lo diría?

—Sería más prudente no decirlo.

—Me dijo que sabía que la había matado, que si lo reconocía, si confesaba que lo había hecho, todo se arreglaría, que nos casaríamos y él me cuidaría. Que no dejaría que eso nos distanciara.

Philip lanzó un silbido.

—Vaya, vaya, vaya.

—¿De qué me sirve? —preguntó Hester—. ¿De qué me sirve decirle que no la he matado? No lo creería, ¿verdad?

—Debería creerlo si tú se lo dices.

—Yo no la maté. ¿Entiendes? Yo no la maté. No la maté. —Se interrumpió—. Suena muy poco convincente, ¿verdad?

—A veces la verdad parece poco convincente.

—No sabemos quién fue. Nadie lo sabe. Nos miramos unos a otros. Mary me mira a mí. Y Kirsten. Es tan amable conmigo, tan protectora. También cree que he sido yo. ¿Qué probabilidades tengo de que me crean? Eso es lo malo, ¿no lo comprendes? ¿Qué probabilidades tengo? Sería mejor, mucho mejor, ir al promontorio y tirarme al vacío.

—Por amor de Dios, Hester, no seas tonta. Hay otras soluciones.

—¿Cuáles? ¿Cómo puede haber otras soluciones? Lo he perdido todo. ¿Cómo puedo seguir viviendo, día tras día? —Miró a Philip—. Creo que estoy loca, desequilibrada. Bueno, a lo mejor la he matado. A lo mejor el remordimiento me corroe. A lo mejor no puedo olvidar esto *aquí* —Se llevó la mano al corazón, con un gesto dramático.

—No seas tontita. —Extendió un brazo y la atrajo hacia él.

Hester se cayó a medias sobre su silla. Philip la besó.

—Lo que necesitas es un marido. No ese burro solemne, ese Donald Craig, con la cabeza llena de psiquiatría y de jerga científica. Eres una tonta, una necia y una verdadera monada, Hester.

La puerta se abrió. Mary Durrant permaneció en el umbral, hosca e inmóvil. Hester se enderezó con dificultad y Philip dirigió a su mujer una sonrisa tímida.

—Estoy animando a Hester, Polly.

—¡Ah! —La voz de Mary era inexpresiva.

Se acercó con cuidado y colocó la bandeja en una mesa rodante.

Luego hizo rodar la mesa hacia él. No miró a Hester, quien, confusa, los miraba alternativamente.

—Bueno —dijo Hester—, será mejor que me vaya y… —No terminó la frase.

Salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Hester está desanimada —aclaró Philip—. Pensando en el suicidio. Estaba tratando de disuadirla.

Mary no contestó.

Él alargó una mano hacia su mujer. Ella se apartó.

—Polly, ¿estás enfadada? ¿Muy enfadada?

Ella no respondió.

—Me figuro que será porque la besé, ¿verdad? Vamos, Polly, no me reproches un beso sin importancia. Estaba tan encantadora y tan tonta, y de pronto sentí… bueno, me pareció que sería divertido volver a las calaveradas y coquetear un poco. Ven, Polly, dame un beso. Dame un beso y hagamos las paces.

—Se te va a enfriar la sopa si no la tomas —le avisó Mary Durrant.

Cruzó la puerta de comunicación con el dormitorio y la cerró detrás suyo.

CAPÍTULO XVIII

1

—Abajo hay una joven que quiere verle, señor —dijo la voz del portero por el intercomunicador.

—¿Una joven? —Calgary se sorprendió. No sabía quién podía venir a visitarle. Miró los papeles amontonados en la mesa y frunció el entrecejo. El portero volvió a hablar, bajando discretamente la voz.

—Una joven, señor, una joven muy bonita.

—Bueno. Hágala subir.

Calgary sonrió para sus adentros. La voz discreta del portero y su desenvoltura le hicieron gracia. Se preguntó quién podía ser la persona que quería verle. Cuando sonó el timbre de la puerta y fue a abrir, se quedó completamente atónito al encontrarse a Hester Argyle.

—¡Usted! —exclamó sorprendido—. Pase, pase.

Le extrañó verla casi exactamente igual a como la había visto la primera vez. Vestía sin tener en cuenta los convencionalismos de Londres. No llevaba sombrero y la oscura y desordenada melena enmarcaba su rostro. El grueso abrigo dejaba ver una falda verde y un jersey. Jadeaba como si acabara de llegar de un paseo por los páramos.

—Por favor —dijo Hester—, por favor. Tiene usted que ayudarme.

—¿Ayudarla? —Calgary se sorprendió—. ¿De qué modo? Claro que la ayudaré en lo que pueda.

—No sabía qué hacer. No sabía a quién acudir. Pero alguien tiene que ayudarme. No puedo seguir así y usted es la persona indicada. Usted fue el que lo empezó todo.

—¿Está en algún aprieto? ¿En una situación grave? Dígamelo.

—Todos estamos en un aprieto, pero somos tan egoístas, ¿verdad? Quiero decir, que yo sólo pienso en mí.

—Siéntese, querida —Calgary retiró los papeles de una butaca y la acomodó en ella. Luego se dirigió a una alacena—. Necesita una copa. ¿Le gusta el jerez seco?

—Como quiera. No importa.

—Hay mucha humedad y hace mucho frío. Necesita algo.

Volvió con la botella y la copa en la mano. Hester estaba hundida en el sillón, con una gracia extraña que le conmovió por su total abandono.

—No se preocupe —dijo suavemente, mientras le llenaba la copa y la dejaba a su lado—. Las cosas nunca son tan malas como parecen.

—Eso dicen, pero no es cierto —murmuró la joven—. Algunas veces son peores de lo que parecen. —Probó el vino y luego añadió en un tono acusatorio—: Estábamos muy bien hasta que vino usted. Muy bien. Luego empezó todo.

—No niego que entiendo lo que quiere decir. Me sorprendió muchísimo cuando lo dijo por primera vez, pero ahora comprendo mejor lo que mi… mi información debe haberles causado.

—Mientras creíamos que era Jacko… —empezó a decir Hester, y se calló.

—Lo sé, Hester, lo sé. Pero hay que mirar más allá. Vivían ustedes en una seguridad falsa. No era verdad, era algo artificial, como el escenario de un teatro. Algo que podía tomarse por seguridad, pero que en realidad no era ni podía ser nunca seguridad.

—Quiere usted decir que es necesario tener valor, que no sirve de nada aferrarse a una cosa falsa porque es lo más cómodo, ¿verdad? ¡Usted sí que tiene valor! Me doy perfecta cuenta. Venir a decírnoslo sin saber cuál sería nuestra reacción. Fue usted muy valiente. Admiro el valor porque yo no soy muy valiente.

—Dígame qué le preocupa ahora. Es algo especial, ¿verdad?

—Tuve un sueño. Hay una persona… un joven… un médico…

—¿Son ustedes amigos o quizá más que amigos?

—Creía que éramos más que amigos. Y él también lo creía. Pero ahora que ha ocurrido todo esto…

—Continúe.

—Cree que he sido yo. —Hester lo soltó atropelladamente—: O quizá no cree que fui yo, pero no está seguro. Cree, lo veo muy bien, que yo soy la persona más probable. Puede que lo sea. Puede que todos creamos esto los unos de los otros. Alguien tiene que ayudarnos en este lío en que estamos metidos, y pensé en usted por el sueño. Soñé que estaba perdida y no podía encontrar a Don. Me había dejado y había un barranco, un precipicio. Sí, ésa es la palabra. Un precipicio. Suena tan profundo, ¿verdad? Tan hondo y tan infranqueable. Y usted estaba allí, al otro lado, y me tendía las manos diciendo: «Quiero ayudarla». —Suspiró profundamente—. Por eso he acudido a usted. Me escapé y vine aquí porque tiene que ayudarnos. Si no nos ayuda, no sé lo que puede pasar. *Tiene* que ayudarnos. Usted fue el que lo empezó todo. A lo mejor dice que no es asunto suyo. Que una vez que nos lo dijo, ya no es asunto suyo. Dirá que…

—No —la interrumpió Calgary—. No digo nada de eso. Es asunto mío, Hester. Estoy del todo de acuerdo con usted. Cuando uno empieza una cosa, debe continuarla. Comparto sus sentimientos.

—¡Ah! —El rostro de Hester se encendió. Estaba muy guapa de pronto, como solía ocurrirle—. ¡De modo que no estoy sola! Alguien *está* conmigo.

—Sí, querida, alguien está con usted, aunque no valgo mucho. Hasta ahora no he valido gran cosa, pero estoy tratando de ayudar, no he dejado nunca de hacerlo. —Acercó su butaca a la de Hester y se sentó—. Ahora cuéntemelo todo. ¿Lo ha pasado muy mal?

—Es uno de nosotros. Todos lo sabemos. Vino Mr. Marshall y fingimos creer que debía haber entrado alguien en la casa, pero él sabía muy bien que no entró nadie. Fue uno de nosotros.

—Y su amigo ¿cómo se llama?

—Don, Donald Craig. Es médico.

—¿Don cree que ha sido usted?

—Tiene miedo de que haya sido yo. —Se retorció las manos con gesto dramático y le miró—. A lo mejor también usted lo cree.

—Sé muy bien que es usted inocente.

—Lo dice como si de verdad estuviera completamente seguro.

—Estoy completamente seguro.

—¿Por qué? ¿Cómo puede estar usted tan seguro?

—Por lo que dijo cuando me marchaba, después de decírselo a todos ustedes. ¿Recuerda aquello sobre la inocencia? No podía haberlo dicho, no podía haber sentido de ese modo, si no fuera inocente.

—¡Oh! ¡Es un consuelo saber que hay alguien que piensa así de verdad!

—De modo que ahora podemos discutirlo con tranquilidad, ¿verdad?

—Sí. Ahora me parece muy distinto.

—Por pura curiosidad, y teniendo muy en cuenta que usted sabe lo que pienso sobre el asunto, ¿por qué había de creer nadie, ni por un momento, que usted matara a su madre adoptiva?

—En realidad, muchas veces tuve ganas de hacerlo. Algunas veces le entra a una, una rabia horrible. Se siente tan poca cosa, tan desvalida. Mi madre estaba siempre tan tranquila, se creía tan superior a los demás, lo sabía todo y tenía siempre razón en todo. Algunas veces yo pensaba: «¡Cómo me gustaría matarla!». —Le miró —. ¿Lo comprende? ¿No se sintió nunca así cuando era joven?

Las últimas palabras le causaron a Calgary una congoja muy profunda, una congoja como la que había sentido en el hotel de Drymouth cuando Micky le había dicho: «Representa usted más edad». Cuando era joven… ¿Le parecía a Hester que hacía tanto tiempo de eso? Su mente volvió al pasado. Se vio a los nueve años, con otro pequeño en los jardines de la escuela, preguntándose abiertamente cuál sería el mejor medio de matar a Mr. Warborough, su profesor. Recordaba la rabia imponente que le había consumido cuando Mr. Warborough había hecho unos comentarios muy sarcásticos. Eso, pensó, era lo que había sentido Hester. Pero por mucho que él y el pequeño… —¿cómo se llamaba? Porch, sí, se llamaba Porch—… aunque él y el pequeño Porch habían estudiado la cuestión y trazado sus planes, nunca habían dado el menor paso práctico para causar la muerte a su profesor.

—Debía haber superado usted esa clase de sentimiento hace muchos años —le dijo a Hester—. Lo comprendo, naturalmente.

—Era mi madre quien me hacía sentir así. Comienzo a comprender que era culpa mía. Me parece que si mi madre hubiera vivido un poquito más, si hubiera vivido hasta que yo fuera un poco mayor y estuviera más asentada, hubiéramos… hubiéramos sido buenas amigas de un modo un poco extraño. Me hubiera gustado contar con su ayuda y consejos. Pero entonces no podía soportarlo, porque me hacía sentirme tan poco eficiente, tan estúpida. Todo lo que hacía me salía mal y me daba cuenta de que las cosas que hacía eran *tonterías*. Que sólo las había hecho porque quería rebelarme, porque quería demostrar que yo era yo. Y no era nada. Era amorfa. Sí, ésa es la palabra. Ésa es la palabra exacta: amorfa. Nunca adoptaba una forma duradera. Probaba formas y más formas, formas de personas a quienes admiraba. Creía que si me escapaba de casa y me hacía actriz, y tenía una aventura con alguien…

—¿Que sería usted misma o, por lo menos, sería alguien?

—Sí. Eso mismo. Y claro, ahora me doy cuenta de que, en realidad, me portaba como una niña estúpida. Pero no sabe usted, doctor Calgary, cuánto desearía ahora que mi madre estuviera viva. Porque es una injusticia tan grande… una injusticia para ella, quiero decir. Hizo tanto por nosotros y nos dio tanto. Nosotros no le dimos nada a cambio. Y ahora es demasiado tarde. Por eso —dijo con renovado vigor—, estoy decidida a dejar de ser tonta e infantil. Y usted me ayudará, ¿verdad?

—Ya le he dicho que haré cualquier cosa por ayudarla. —Ella le dirigió una sonrisa fugaz y encantadora—. Dígame qué ha ocurrido exactamente.

—Justo lo que yo pensaba que iba a ocurrir. Nos hemos estado mirando los unos a los otros y pensando sin saber. Papá mira a Gwenda y piensa que a lo mejor fue ella. Ella mira a papá y no está segura. Yo no creo que se casen. Se ha estropeado todo. Tina cree que Micky tuvo algo que ver con el asesinato. No sé porqué. Micky no estaba allí aquella noche. Y Kirsten cree que fui yo y trata de protegerme. Y Mary, mi hermana mayor, usted no la conoce, cree que fue Kirsten.

—¿Y quién cree usted que fue, Hester?

—¿Yo? —preguntó con sobresalto.

—Sí, usted. Creo que es muy importante saberlo.

Hester extendió las manos.

—No sé. Tengo… es horrible decir una cosa así, pero tengo miedo de todo el mundo. Es como si detrás de cada rostro hubiera otro. Un rostro siniestro que no conozco. No estoy segura de que no sea mi padre y Kirsten repite que no debo confiar en nadie, ni siquiera en ella. Miro a Mary y pienso que no sé nada de ella. Y Gwenda… siempre me había gustado mucho Gwenda. Estaba muy contenta de que papá fuera a casarse con ella. Pero ahora ya no estoy segura de Gwenda. La veo como una persona distinta, despiadada y… y vengativa. Ya no sé cómo son. Todos somos muy desgraciados.

—Sí. Me lo imagino.

—Somos tan desgraciados —continuó Hester— que no puedo menos de pensar que también el asesino se siente desgraciado. Y eso quizás es lo peor de todo. ¿Cree que es posible?

—Sí, supongo que es posible. Sin embargo, dudo mucho… naturalmente, no soy experto en la materia, que un asesino pueda sentirse nunca realmente desgraciado.

—¿Por qué no? No puede haber nada más terrible que saber positivamente que uno ha matado a alguien.

—Sí, es una cosa terrible y, por consiguiente, creo que un asesino tiene que pertenecer a uno de estos dos tipos: uno para quien *no* le ha resultado horrible matar a alguien, una persona que se dice «Bueno, ha sido una pena, desde luego, tener que hacerlo, pero era necesario para mi propio bienestar. Después de todo, no ha sido culpa mía. No tuve más remedio que hacerlo». O bien…

—¿Sí? ¿Cuál es la otra clase de asesino?

—Tenga en cuenta que todo son suposiciones mías. Yo no lo sé, pero creo que alguien perteneciente a la otra clase de asesinos no podría vivir con el remordimiento. Tendría que confesarlo o reconstruir la historia a su manera, como si dijéramos. Le echaría la culpa a otra persona, diciéndose: «Yo nunca hubiera hecho semejante cosa si esto, lo otro o lo de más allá no hubiera ocurrido. No soy un asesino, en realidad, porque no quería hacerlo. Fue algo inevitable, cosa del Destino, no yo». ¿Comprende lo que estoy tratando de decir?

—Sí, y me parece muy interesante. Estoy tratando de pensar.

—Sí, Hester, piense. Piense y concéntrese todo lo que pueda, porque, para poder ayudarla, tengo que ver las cosas a través de su

mente.

—Micky odiaba a mi madre —señaló Hester lentamente—. Siempre la odió. No sé por qué. Creo que Tina la quería. Gwenda no le tenía simpatía. Kirsten siempre fue leal a mi madre, aunque pensaba que ella no tenía razón en todo lo que hacía. Papá… — Permaneció en silencio durante largo rato.

—Prosiga.

—Papá ha vuelto a distanciarse de todo lo que nos rodea. Después de que murió mamá, había cambiado mucho. No estaba tan… como diría yo, tan remoto. Era más humano, estaba más vivo. Pero ahora ha vuelto a un lugar lleno de sombras, donde no se le puede alcanzar. No sé con seguridad lo que sentía por mamá. Me figuro que estaría enamorado de ella cuando se casaron. Nunca se peleaban, pero no sé lo que sentía por ella. Uno no sabe en realidad —la joven extendió las manos— lo que sienten los demás, ¿verdad? Quiero decir que no sabe una lo que hay detrás de su expresión, detrás de las palabras agradables que se dicen todos los días. Puede estar devorándoles el odio, el amor o la desesperación, y ¡una sin saberlo! Es espantoso. ¡Oh, doctor Calgary, es espantoso!

Él cogió las manos de Hester para tratar de tranquilizarla.

—Ya no es usted una niña, querida. Los niños son los únicos que tienen miedo. Es usted una persona mayor, Hester. Es usted una mujer. —Le soltó las manos y añadió en tono práctico—: ¿No tiene usted un sitio en Londres donde pueda quedarse?

Ella se sorprendió un poco.

—Creo que sí. No sé. Mamá solía quedarse algunas veces en el Hotel Curtis.

—Es un hotel agradable y tranquilo. Yo en su lugar, iría allí y tomaría una habitación.

—Haré todo lo que usted me diga.

—Buena chica. ¿Qué hora es? —Miró el reloj—. Vaya, son ya casi las siete. ¿Qué le parece a usted si fuera a buscarla a eso de las ocho menos cuarto, para llevarla a cenar? ¿Le gusta el plan?

—Me parece estupendo. ¿Lo dice en serio?

—Sí, lo digo en serio.

—¿Y después? ¿Qué va a pasar después? ¿No puedo seguir indefinidamente en el Hotel Curtis, verdad?

—Parece como si su horizonte tuviera que ser siempre el infinito

—dijo Calgary.

—¿Se está riendo de mí? —preguntó ella recelosa.

—Un poquito nada más —contestó Calgary, sonriendo.

Hester vaciló un poco y luego sonrió también.

—Creo que estaba dramatizando otra vez.

—Tengo mis sospechas de que es una costumbre suya.

—Por eso pensé que valdría para el teatro. Pero no valía. No valía nada. Era una actriz malísima.

—Encontrará usted en la vida corriente todo el drama que quiera. Ahora voy a meterla en un taxi, querida, y se va usted a marchar al hotel. Dése una ducha y péinese. ¿Ha traído algún equipaje?

—Sí, sí. Tengo una maleta de fin de semana.

—Bien. No se preocupe, Hester. Ya pensaremos algo.

CAPÍTULO XIX

1

—Quiero hablar con usted, Kirsty —dijo Philip.

—Sí, desde luego, Philip.

Kirsten Lindstrom interrumpió su tarea. Acababa de traer la ropa limpia y la guardaba en la cómoda.

—Quiero hablar de todo este asunto. No le importa, ¿verdad?

—En mi opinión, ya se ha hablado demasiado.

—Pero sería mejor llegar a alguna conclusión entre nosotros, ¿no es cierto? Ya sabe usted lo que pasa.

—Todo va muy mal por todas partes.

—¿Cree usted que Leo y Gwenda podrán casarse después de esto?

—¿Por qué no?

—Por varias razones. En primer lugar, Leo Argyle es un hombre inteligente y se da cuenta de que casarse con Gwenda proporcionará a la policía lo que anda buscando: un motivo estupendo para asesinar a su mujer. También puede ser que Leo sospeche que Gwenda es la asesina. Y, siendo como es un hombre sensible, no le gustará casarse con la asesina de su primera esposa. ¿Qué dice usted a esto?

—Nada, ¿qué quiere que le diga?

—Se anda usted con muchos misterios.

—No le entiendo.

—¿A quién está encubriendo, Kirsten?

—No estoy encubriendo a nadie. Hay gente que no debería

continuar más tiempo en esta casa. No es bueno para ellos. Creo, Philip, que debería usted irse con su mujer a su casa.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—No para de hacer preguntas. Intenta averiguar cosas, y su mujer no quiere que lo haga. Es más prudente que usted. Quizá llegue a averiguar algo que más le valdría no saber, o que ella no quisiera que usted averiguara. Váyase a su casa, Philip, y hágalo cuanto antes.

—No quiero irme a casa —replicó Philip con un tono petulante.

—Así hablan los niños. No quieren hacer esto o lo otro, pero los que saben más de la vida, los que ven mejor lo que ocurre, tienen que persuadirlos de que hagan lo que no quieren hacer.

—¿Esto es lo que llama usted convencer? ¿Darme órdenes?

—No, no le doy órdenes. Sólo le aconsejo —Kirsten suspiró—. Les aconsejaría a todos lo mismo. Micky debería volver a su trabajo, como Tina volvió a su biblioteca. Me alegro de que Hester se haya marchado. Estará en algún sitio donde no se le recordará constantemente todo esto.

—Sí. Estoy de acuerdo con usted. Tiene usted razón en lo de Hester. ¿Y usted, Kirsten? ¿No sería mejor que se marchara usted también?

—Sí —Kirsten suspiró de nuevo—. Debería marcharme enseguida.

—¿Por qué no lo hace?

—Usted no lo entendería. Es demasiado tarde para marcharme.

Philip la miró pensativo.

—Hay tantas variaciones, ¿verdad? Variaciones sobre el mismo tema. Leo cree que Gwenda la mató. Gwenda cree que la mató Leo. Tina sabe algo que le lleva a sospechar quién fue. Micky sabe quién fue, pero no le importa. Mary cree que fue Hester. La verdad es, Kirsty, que todas estas ideas son, como digo, variaciones sobre un mismo tema. Nosotros sabemos muy bien quién fue, usted y yo, ¿verdad, Kirsty?

Ella le lanzó una mirada rápida y horrorizada.

—Eso me parecía —añadió Philip triunfante.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué insinúa?

—Yo *no sé* en realidad quién fue. *Pero usted sí lo sabe*. No solamente cree saber quién fue, sino que *lo sabe* de verdad. ¿No

tengo razón?

Kirsten se dirigió hacia la puerta. La abrió, luego se volvió.

—No es de buena educación decirlo, pero lo voy a decir, Philip. Usted es tonto. Lo que está tratando de hacer es peligroso. Usted conoce el peligro. Fue piloto. Se enfrentó a la muerte en el cielo. ¿No comprende que si se acerca a la verdad estará en un peligro tan grande como nunca estuvo en la guerra?

—¿Y usted qué, Kirsty? Si sabe la verdad, ¿no está también en peligro?

—Yo sé cuidarme —afirmó Kirsten sombría—. Sé estar alerta. Pero usted está en una silla de ruedas, desvalido. ¡Piense en esto! Además, yo no ando proclamando mis opiniones. Me contento con dejar las cosas como están porque creo sinceramente que es lo mejor para todos. Si todos se marcharan y se ocuparan de sus propios asuntos, no habría más disgustos. Si me preguntan, tengo mi versión oficial. Diré que fue Jacko.

—¿Jacko?

—¿Por qué no? Jacko era muy listo. Jacko era capaz de planear algo y asegurarse de que no sufriría las consecuencias. Solía hacerlo de niño. Después de todo, lo único que tenía que hacer era buscarse una coartada falsa. ¿No se hace todos los días?

—Esta coartada no puede ser falsa. El doctor Calgary…

—¡El doctor Calgary, el doctor Calgary! —exclamó Kirsten con impaciencia—. Porque es conocido, porque es famoso, ¡dice usted «doctor Calgary» como si fuera un dios! Pero le voy a decir una cosa. Cuando se sufre una conmoción cerebral como la que él ha sufrido, puede recordar uno las cosas de un modo completamente distinto a cómo ocurrieron en realidad. ¡Puede haber sido otro día, otra hora, otro sitio!

Philip la miró, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—De modo que ésa es su versión del caso, y supongo que nada le haría desdecirse.

—Ya le he advertido. No puedo hacer más.

Salió de la habitación, pero asomó la cabeza y, con su tono práctico de costumbre, añadió:

—Dígale a Mary que he puesto la ropa limpia en el segundo cajón.

El anticlímax hizo sonreír a Philip. Luego su sonrisa se desvaneció.

Su excitación interior subió de punto. Estaba acercándose mucho a la verdad. Su experimento con Kirsten había resultado muy halagüeño, pero no creía que pudiera sacar nada más de ella. Su solicitud le irritaba. Que fuera un inválido no quería decir que fuera tan vulnerable como ella había proclamado. Él también podía estar alerta y, además, por amor de Dios, ¿no estaba constantemente vigilado? Mary apenas se apartaba de su lado.

Cogió una hoja de papel y empezó a escribir. Notas breves, nombres, signos de interrogación. Algún punto que podía resultar provechoso investigar.

De pronto, asintió y escribió: *Tina*.

Se puso a pensar en ello.

Cuando Mary entró, apenas alzó la cabeza.

Luego cogió otra hoja de papel.

—¿Qué estás escribiendo, Philip?

—Una carta.

—¿A Hester?

—¿A Hester? No. Ni siquiera sé dónde está. Kirsty ha recibido únicamente una postal suya, con la palabra «Londres» arriba y nada más.

Le sonrió.

—Me parece que estás celosa, Polly.

Los ojos de Mary, azules y fríos, se clavaron en los suyos.

—A lo mejor.

Philip se sintió un poco incómodo.

—¿A quién escribes? —Mary se acercó un poco más.

—Al fiscal —respondió Philip alegremente, aunque en su interior iba despertándose una cólera fría. ¿Es que ni siquiera podía uno escribir una carta sin ser interrogado?

Luego vio la cara de ella y se aplacó.

—Estaba bromeando, Polly. Estoy escribiendo a Tina.

—¿A Tina? ¿Por qué?

—Tina es mi próxima línea de ataque. ¿Adonde vas, Polly?

—Al baño.

Philip se rió. Al baño, como en la noche del asesinato. Se volvió a reír, recordando lo que habían hablado sobre el asunto.

2

—Vamos —dijo el superintendente Huish, animando al niño—. Cuéntamelo todo.

El joven Cyril Green respiró profundamente. Su madre intervino sin darle tiempo a abrir la boca.

—Ya comprenderá. Mr. Huish, que no le hice mucho caso en aquel entonces. Ya sabe usted cómo son los niños. No hacen más que hablar y pensar en naves interplanetarias y cosas por el estilo. Vino y me dijo: «Mamá, he visto un *sputnik*; se ha caído». Bueno, antes de eso fueron los platillos volantes. Siempre tiene que haber algo. Son esos rusos, que les meten cosas raras en la cabeza.

El superintendente suspiró. ¡Cuánto más fácil serían las cosas si las madres no se empeñaran en acompañar a sus hijos y hablar por ellos!

—Vamos, Cyril, fuiste a casa y le dijiste a tu madre… ¿fue así, verdad?, que habías visto aquel *sputnik* ruso o lo que fuera.

—Entonces no entendía nada —aclaró Cyril—. Era pequeño. Hace dos años. Claro, ahora ya sé más.

—Las burbujas —intervino su madre— eran muy nuevas entonces. No había ninguna por aquí, de modo que, naturalmente, cuando la vio, y además pintada de rojo vivo, no se dio cuenta de que era un coche. A la mañana siguiente, cuando se enteró de que habían asesinado a Mrs. Argyle, me dijo: «Mamá, fueron los rusos, bajaron en aquel *sputnik*, entraron y la mataron». Yo le contesté: «No digas esas tonterías». Y aquel mismo día, más tarde, supimos que su hijo había sido arrestado por haberla matado.

El superintendente, pacientemente, se dirigió de nuevo a Cyril.

—Creo que fue al caer la tarde, ¿no? ¿Qué hora era? ¿Te acuerdas?

—Había tomado el té y mamá había ido al Instituto, de modo que salí otra vez con los amigos a jugar un poco y nos fuimos por aquel lado, hasta la carretera nueva.

—Me gustaría saber qué era lo que estaba haciendo allí —intervino su madre.

El policía Good, que había presentado aquel prometedor testigo, intervino. Él sabía muy bien lo que Cyril y los otros niños habían estado haciendo en la carretera nueva. Varios vecinos se habían

quejado agriamente de la desaparición de crisantemos, y en el pueblo había individuos indeseables que animaban a los pequeños a que les proporcionaran flores para venderlas en el mercado. Pero aquél no era momento de hablar de delitos pasados.

—Ya sabe lo que son los chicos, Mrs. Green —comentó lentamente—. Les gusta jugar por ahí.

—Sí —asintió Cyril—, estábamos jugando un poco. Y allí fue donde lo vi. «Ahí va. ¿Qué es eso?». Claro, ahora ya lo sé. Ya no soy un niño ignorante. Era una de esas burbujas. Color rojo fuerte.

—¿Y la hora? —preguntó el superintendente pacientemente.

—Ya le dije que habíamos tomado el té y habíamos ido allí y estábamos jugando. Debían de ser casi las siete, porque oí sonar el reloj y pensé: «Ahí va, mamá llegará a casa y buena la va a armar si no me encuentra». De modo que me fui a casa. Mamá ya estaba. Le dije que me parecía que había visto caer un satélite ruso. Mamá dijo que todo eran mentiras mías, pero no eran mentiras. Sólo que, claro, ahora sé más. Era pequeño entonces, comprenda.

Huish dijo que comprendía. Después de varias preguntas más, despidió a Mrs. Green y a su retoño. Good permaneció allí, con la expresión satisfecha del policía novato que ha demostrado ser inteligente y espera que le sea tenido en cuenta.

—Recordé —señaló Good— que ese niño había andado diciendo que los rusos habían matado a Mrs. Argyle. Pensé para mis adentros: «Puede que eso quiera decir algo».

—Significa algo. Miss Tina Argyle tiene una burbuja roja y me parece que voy a tener que hacerle algunas preguntas más.

3

—¿Estuvo usted allí aquella noche, miss Argyle?

Tina miró al superintendente. Sus manos reposaban en su regazo. Los ojos oscuros, serenos, no le dijeron nada.

—Hace tanto tiempo que no me acuerdo.

—Su coche fue visto allí.

—¿Sí?

—Vamos, miss Argyle. Cuando le pedimos que nos hiciera una

relación de sus movimientos aquella noche, nos dijo que había ido a su casa y que no había salido. Se preparó la cena y estuvo escuchando música. Eso no es cierto. Un poco antes de las siete, vieron su coche en la carretera, muy cerca de Sunny Point. ¿Qué estaba haciendo usted allí?

Ella no respondió. Huish esperó unos segundos. Luego habló de nuevo.

—¿Entró usted en la casa, miss Argyle?

—No.

—¿Pero estuvo usted allí?

—Usted lo dice.

—No se trata de que lo diga yo. Tenemos pruebas de que estuvo usted allí.

Tina suspiró.

—Sí. Fui allí en el coche aquella noche.

—¿Pero dice que no entró en la casa?

—No, no entré en la casa.

—¿Qué hizo usted?

—Volví a Redmyn. Luego, como le dije, me hice la cena y escuché unos cuantos discos.

—¿Para que fue usted allí si no entró en la casa?

—Cambié de parecer.

—¿Qué es lo que le hizo cambiar de parecer, miss Argyle?

—Cuando llegué allí, no quise entrar.

—¿A causa de algo que vio u oyó?

Ella no respondió.

—Oiga, miss Argyle. Aquella noche asesinaron a su madre. Fue asesinada entre las siete y las siete y media. Estuvo usted allí, su coche fue visto ante la casa un poco antes de las siete. No sabemos el tiempo que llevaba allí. Es posible que llevara allí algún tiempo. Puede que entrara usted. Creo que tiene llave.

—Sí. Tengo una llave.

—Quizás entró usted, fue a la sala de su madre y la encontró muerta. O…

Tina alzó la cabeza.

—¿O la maté yo? ¿Es eso lo que quiere usted decir, superintendente Huish?

—Es una posibilidad, pero creo que es más probable que otra

persona cometiera el asesinato. En este caso, creo que usted sabe o sospecha quién fue el asesino.

—No entré en la casa.

—Entonces vio usted u oyó algo. Vio usted a alguien entrar o salir de la casa. Alguien, quizá, de quien no se sabe que haya estado allí. ¿Era su hermano Michael, miss Argyle?

—No vi a nadie.

—Pero oyó usted algo —señaló Huish con astucia—. ¿Qué es lo que oyó, miss Argyle?

—Ya le he dicho que cambié de idea.

—Perdone, miss Argyle, pero no me lo creo. ¿Por qué iba a ir usted de Redmyn a Sunny Point para ver a su familia y volverse sin haberlos visto? Algo le hizo cambiar de idea. Algo que vio u oyó. —Se inclinó hacia delante—. Creo, miss Argyle, que sabe usted quien mató a su madre.

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Usted sabe *algo* —insistió Huish—. Algo que está decidida a no contar. Pero piense, miss Argyle, piense con detenimiento. ¿Se da cuenta de todo lo que su familia va a pasar por su culpa? ¿Quiere usted que todos ellos sigan siendo sospechosos? Porque eso es lo que va a ocurrir, a no ser que lleguemos a descubrir la verdad. Quienquiera que haya sido el que mató a su madre, no merece que lo encubran. Porque está usted encubriendo a alguien, ¿verdad?

De nuevo los ojos de Tina se encontraron con los de Huish.

—No sé nada. No he oído nada ni he visto nada. Sencillamente, cambié de idea.

CAPÍTULO XX

1

Calgary y Huish se miraron. A Calgary, Huish le pareció uno de los hombres más deprimidos y melancólicos que había visto en su vida. Parecía tan sumamente desilusionado que supuso que la carrera del superintendente debía ser una larga serie de fracasos. Cuando más tarde se enteró de que había obtenido resonantes éxitos profesionales, se llevó una gran sorpresa.

Huish, por su parte, vio a un hombre delgado, con el pelo prematuramente gris y un poco cargado de espaldas, de rostro sensible y sonrisa singularmente atractiva.

—Supongo que no sabrá usted quién soy —empezó Calgary.

—Sabemos todo lo que hay que saber respecto a usted, doctor Calgary. Es usted quien nos fastidió el caso Argyle.

Una sonrisa inesperada apareció en la boca triste de Huish.

—Entonces, no es fácil que me mire con simpatía.

—Son gajes del oficio. Parecía un caso muy claro y no se puede censurar a nadie por considerarlo así. Pero estas cosas ocurren. Son cosas que nos manda Dios para probarnos, como mi madre solía decir. No le tenemos antipatía, doctor Calgary. Después de todo, estamos para defender a la justicia, ¿no es así?

—Eso he creído siempre y lo continuaré creyendo. A ningún hombre se le negará justicia.

—La Carta Magna —subrayó el superintendente Huish.

—Sí, cita de miss Tina Argyle.

El superintendente enarcó las cejas.

—Vaya. Me sorprende usted. Yo diría que esa señorita no ha demostrado mucha iniciativa en ayudar a la justicia.

—¿Por qué dice eso?

—Es un asunto de familia. En las familias se unen unos a otros. ¿Para qué quería usted verme?

—Necesito información.

—¿Sobre el caso Argyle?

—Sí. Me doy cuenta de que pensará usted que estoy metiéndome en un asunto que no es de mi incumbencia.

—En cierto sentido es de su incumbencia, ¿verdad?

—Ah, lo comprende usted. Sí, me siento responsable. Responsable de haber causado disgustos.

—No puede usted hacer una tortilla sin romper los huevos, como dicen los franceses.

—Quiero saber algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Me gustaría saber muchas más cosas de Jacko Argyle.

—Sobre *Jacko* Argyle. Vaya, no esperaba que dijera usted eso.

—Ya sé que tenía malos antecedentes. Lo que quiero es algunos detalles de su historial.

—Es muy sencillo. Estuvo tres veces en libertad provisional. En otra ocasión, por malversación de fondos, se salvó porque devolvió el dinero a tiempo.

—Un auténtico delincuente en ciernes, ¿verdad?

—Exacto, señor. No era un asesino, como dejó usted bien claro, pero era otras muchas cosas. Nada en gran escala. No tenía inteligencia ni valor para llevar a cabo una estafa importante. Era un delincuente de poca monta. Robaba dinero de los cajones o engatusaba a mujeres para conseguirlo.

—Y se daba mucha maña para eso. Para exprimir a las mujeres, quiero decir.

—Es un negocio muy seguro. Las mujeres se entusiasmaban por él muy fácilmente. Solía dedicarse a las de mediana edad. Se sorprendería usted si supiera lo crédulas que son algunas. Lo hacía con mucha habilidad, haciéndoles creer que estaba apasionadamente enamorado de ellas. No hay nada increíble para una mujer si quiere creerlo.

—¿Y después?

Huish se encogió de hombros.

—Tarde o temprano se llevaban un desengaño. Pero no lo denunciaban. No querían proclamar al mundo que habían sido engañadas. Sí, un negocio muy seguro para Jack Argyle.

—¿Algún chantaje?

—Que nosotros sepamos, no. Pero no digo que no fuera capaz de hacerlo. No lo que se llama un verdadero chantaje. Quizás una insinuación. Cartas. Cartas indiscretas. Cosas que a sus maridos no les gustaría saber. De ese modo podía hacer callar a una mujer.

—Comprendo.

—¿Eso es todo lo que quería saber?

—Hay una persona de la familia a quien todavía no conozco. A la hija mayor.

—Ah, Mrs. Durrant.

—Fui a su casa, pero estaba cerrada. Me dijeron que ella y su marido estaban fuera.

—Están en Sunny Point.

—¿Siguen allí?

—Sí. Él quiso quedarse. Según creo, Mr. Durrant está investigando por su cuenta un poco.

—Está inválido, ¿verdad?

—Sí, poliomielitis. Una desgracia. No tiene mucho en que emplear el tiempo el pobre. Por eso se ha tomado con tanto interés este asesinato. Además, cree que está haciendo progresos.

—¿Y los hace?

Huish volvió a encogerse de hombros.

—Conoce a la familia y es hombre de mucha intuición. Además, es muy inteligente.

—¿Cree usted que conseguirá algo?

—Posiblemente, pero no nos lo dirá a nosotros, si lo consigue. Todo quedará en la familia.

—¿Sabe usted quién es el culpable, superintendente?

—No debe usted hacerme preguntas como ésa, doctor Calgary.

—¿Quiere decir que lo sabe?

—Uno puede creer que sabe algo. Pero si no se tienen pruebas, no se puede decir gran cosa, ¿no le parece?

—¿Y no es probable que consiga usted las pruebas que necesita?

—Tenemos mucha paciencia. Continuaremos intentándolo.

—¿Qué será de todos ellos si no tiene usted éxito? ¿Ha pensado en eso?

Huish le miró.

—Eso es lo que le preocupa, ¿verdad?

—Tienen que *saber* la verdad. Pase lo que pase, tienen que *saber* la verdad.

—¿No cree usted que ya la saben?

Calgary meneó la cabeza.

—No, eso es lo trágico.

2

—¡Ah! —exclamó Maureen Clegg—. ¡Es usted otra vez!

—Siento mucho, muchísimo, tener que volver a molestarla —replicó Calgary.

—No me molesta. Pase. Es mi día libre.

Calgary se había enterado ya de aquella circunstancia y por eso se encontraba allí.

—Estoy esperando a Joe de un momento a otro. No he visto nada de Jacko en los periódicos. Nada desde que le concedieron la absolución y algo sobre una interpelación que hicieron en el Parlamento, y luego que quedaba bien claro que no había sido él. Pero no viene nada de lo que la policía está haciendo y de quién la mató de verdad. ¿Es que no lo han descubierto?

—¿Sigue usted sin tener idea de quién pudo haber sido?

—En realidad no tengo idea. No me extrañaría nada que hubiera sido el otro hermano. Es muy raro y tiene muy mal carácter. Joe lo ve algunas veces llevando a gente en coche. Trabaja en el grupo Bence. Es guapo, pero tiene un carácter horrible. Joe oyó decir que se iba a Persia o a un sitio por el estilo y eso da mala espina, ¿no le parece?

—No sé por qué ha de dar mala espina, Mrs. Clegg.

—Es uno de esos lugares en los que la policía no puede detenerle a uno, ¿verdad?

—¿Cree usted que quiere huir?

—A lo mejor piensa que no le queda más remedio.

—Sí, posiblemente eso será lo que piense la gente.

—Se dicen muchas cosas por ahí. También dicen que el marido y la secretaria estaban de acuerdo. Pero si fue el marido, me parece que sería más probable que la hubiera envenenado. Eso es lo que casi siempre hacen, ¿verdad?

—Usted ve más películas que yo, Mrs. Clegg.

—Yo no miro nunca la pantalla. Una acaba harta de películas. Vaya, aquí está Joe.

Joe Clegg también se sorprendió al ver a Calgary y posiblemente no se alegró mucho. Hablaron un rato y luego Calgary expuso el objeto de su visita.

—¿Podría usted darme un nombre y una dirección?

Los anotó cuidadosamente en su agenda.

3

Tendría unos cincuenta años, pensó Calgary, y era una mujer maciza que nunca había sido guapa. Sin embargo, tenía unos ojos bonitos y dulces.

—La verdad, doctor Calgary… —Parecía desconcertada, turbada —. La verdad, no sé…

Él se echó hacia delante, haciendo todo lo posible por vencer su renuencia, por tranquilizarla, por hacerle sentir toda la fuerza de su comprensión.

—Hace ya tanto tiempo. Es la verdad, no quiero que me recuerden cosas.

—Lo comprendo, pero no es como si hubiera la menor posibilidad de que algo de esto fuera a hacerse público. Le aseguro que no la hay.

—¿Dice usted que quiere escribir un libro sobre esto?

—Se trata solamente de un libro en el que se estudia un tipo humano determinado. Es interesante desde el punto de vista psiquiátrico. No se menciona nombre alguno. Sólo «Mr. A», «Mrs. B». Ese estilo.

—Ha estado usted en la Antártida, ¿verdad? —preguntó ella de pronto.

Calgary se sorprendió ante la brusquedad con que cambió de tema.

—Sí. Sí, estuve con la expedición de Hayes Bentley.

Las mejillas de la mujer se colorearon. Parecía más joven. Durante unos momentos, Calgary pudo ver en ella a la jovencita que había sido.

—Solía leer mucho sobre la Antártida. Siempre me ha fascinado todo lo relacionado con los polos. Aquel noruego, Amundsen, el que llegó primero. ¿No era noruego? Me parece mucho más emocionante el polo que el Everest o cualquiera de esos satélites, o que ir a la luna o cosas por el estilo.

Calgary le siguió la corriente y empezó a hablarle de la expedición.

Era extraño que fueran las exploraciones polares las que despertaran su interés romántico. Por último ella dijo, suspirando:

—Es maravilloso oír hablar del polo a alguien que ha estado allí de verdad. ¿Quiere usted saber todo lo referente a Jackie?

—Sí.

—¿No utilizará usted en modo alguno mi nombre ni nada por el estilo?

—Por supuesto que no. Ya se lo he dicho. Ya sabe usted cómo se hacen estas cosas: «Mrs. M, lady Y».

—Sí. Sí, desde luego he leído libros de este estilo, me figuro que debía ser, como usted dijo, un caso pa… pato…

—Patológico.

—Sí, Jackie era decididamente un caso patológico. Ya sabe, siempre era tan dulce. Era estupendo. Decía cosas y tú te creías cada palabra.

—Seguramente las decía en serio.

—«Soy lo bastante vieja para ser tu madre», solía decirle yo, y él respondía que no le interesaban las muchachas jóvenes. Afirmaba que eran toscas y que sólo le atraían las mujeres maduras y con experiencia.

—¿Estaba muy enamorado de usted?

—Decía que lo estaba. Parecía estarlo. —Sus labios temblaron—. Y me figuro que lo que buscaba todo el tiempo era el dinero.

—No necesariamente —dijo Calgary, forzando la verdad todo lo que pudo—. Quizá se sentía sinceramente atraído, sólo que no

podía evitar ser un bribón.

El patético rostro se animó un poco.

—Sí, es agradable pensar así. Eso es lo que hubo. Solíamos hacer planes para irnos juntos a Francia o Italia, si le salía bien un proyecto que tenía. Sólo necesitaba un pequeño capital, decía.

«El modo acostumbrado de abordar la cuestión», pensó Calgary, y se preguntó cuántas mujeres patéticas se habrían enamorado de él.

—No sé lo que me pasó. Hubiera hecho cualquier cosa por él, *cualquier cosa*.

—La creo.

—Supongo que no habré sido la única.

Calgary se levantó.

—Ha sido usted muy amable al contarme todo esto.

—Ya está muerto, pero nunca lo olvidaré. ¡Aquella cara de mono que tenía! Parecía muy triste y de pronto se echaba a reír. Ah, sí, tenía un encanto especial. No era del todo malo, estoy segura de que no era malo *del todo*.

Pero, para eso, Calgary no tuvo respuesta.

CAPÍTULO XXI

1

No hubo nada que le indicara a Philip Durrant que aquel día iba a ser distinto de cualquier otro. No tenía la menor idea de que aquel día iba a decidir su futuro de una vez para siempre.

Se despertó de buen humor. El sol, un pálido sol otoñal, entraba por la ventana. Kirsten le llevó un recado telefónico, que aumentó su buen humor.

—Tina viene a tomar el té —le dijo a Mary cuando entró con el desayuno.

—¿Sí? ¡Ah, sí! Claro, es su tarde libre, ¿verdad?

Mary parecía preocupada.

—¿Qué pasa, Polly?

—Nada.

Mary partió la parte superior del huevo. De pronto, Philip se sintió irritado.

—Todavía puedo utilizar las manos, Polly.

—Ah, creí que te evitaría una molestia.

—¿Cuántos años crees que tengo? ¿Seis?

Ella pareció un poco sorprendida. Luego dijo, bruscamente:

—Hester vuelve hoy.

—¿Sí? —murmuró Philip distraído, porque tenía la cabeza llena de planes sobre el modo de entendérselas con Tina. Luego, sorprendió la expresión de su mujer.

—Por amor de Dios, Polly, ¿crees que siento por la chica una pasión culpable?

Ella desvió la mirada.

—Siempre estás diciendo que es tan encantadora.

—Y lo es. Para el que le gusten los huesos bonitos y ese aire sobrenatural. —Y añadió secamente—: Pero yo no estoy en condiciones de ser un seductor, ¿verdad?

—Puede que te gustara serlo.

—No seas ridícula, Polly. No sabía que fueras tan celosa.

—No sabes nada de mí.

Empezaba a rebatir esta frase, pero se detuvo. Con cierto sobresalto, pensó que quizá no supiera mucho de Mary.

—Te quiero para mí, todo para mí —continuó ella—. No quiero que haya nadie en el mundo más que tú y yo.

—Llegaría un momento en que no tendríamos de qué hablar, Polly.

Lo dijo con ligereza, pero se sentía un poco incómodo. Le pareció que la claridad de la mañana se empañaba de pronto.

—Vámonos a casa, Philip. Por favor, vámonos a casa.

—Iremos muy pronto, pero todavía no. Las cosas están avanzando. Como te he dicho, Tina viene esta tarde. —Y prosiguió, confiando en dar otro rumbo a los pensamientos de Mary—: Tengo grandes esperanzas depositadas en Tina.

—¿En qué sentido?

—Tina sabe algo.

—¿Quieres decir del asesinato?

—Sí.

—¿Cómo va a saber nada? No estaba aquí aquella noche.

—No estoy seguro de eso, ¿sabes? Creo que sí que estuvo. Es extraño cómo a veces le ayudan a uno las cosas que al parecer no tienen importancia. Esa asistenta, Mrs. Narracott, la alta, me dijo una cosa.

—¿Qué te dijo?

—Cotillerías del pueblo. Ernie… no, Cyril, el hijo de la señora No-sé-cuántos, tuvo que ir con su madre a la policía. Vio algo la noche en que mataron a la pobre Mrs. Argyle.

—¿Qué vio?

—Mrs. Narracott estuvo un poco vaga. No había podido sacárselo todavía a la señora No-sé-cuántos, la madre del niño. Pero uno puede hacer suposiciones, ¿verdad, Polly? Cyril no estaba

dentro de la casa, de modo que, si vio algo, fue fuera. Eso nos hace suponer que vio a Micky o vio a Tina. Yo me inclino a suponer que Tina estuvo aquí aquella noche.

—Lo hubiera dicho.

—No necesariamente. Se ve a la legua que Tina sabe algo que no dice. Supongamos que vino aquella noche aquí. Quizás entró en la casa y encontró el cadáver.

—¿Y se marchó sin decir nada? ¡Qué tontería!

—Puede que tuviera sus razones. Tal vez oyó o vio algo que le confirmara quién la mató.

—Nunca le tuvo mucho cariño a Jacko. Estoy segura de que no lo hubiera encubierto.

—Quizás entonces no sospechó de Jacko. Pero más tarde, cuando Jacko fue arrestado, creyó que sus sospechas eran infundadas. Después de haber dicho que no había estado aquí, tuvo que mantenerlo. Pero ahora, naturalmente, es distinto.

—Son imaginaciones tuyas, Philip. Estás imaginando un montón de cosas que no pueden ser ciertas.

—Es muy probable que lo sean. Voy a intentar que Tina me diga lo que sabe.

—No creo que sepa nada. ¿Crees de verdad que sabe quién la mató?

—No llego a tanto. Creo que oyó o vio algo. Quiero averiguar qué es ese algo.

—Tina no va a decírtelo, si no quiere.

—No, de acuerdo, y sabe muy bien guardar las cosas para sí. Además, tiene un rostro impasible, nunca revela sus pensamientos. Pero no sabe mentir. Miente mucho peor que tú, por ejemplo. Seguiré con el sistema de hacer suposiciones. Le plantearé mi suposición en forma de pregunta, para que conteste sí o no. ¿Sabes lo que ocurrirá entonces? Pueden ocurrir tres cosas. Dice que sí y ya está, o dice que no y, como no miente bien, sabré si dice la verdad. O se negará a contestar y pondrá su cara impasible, y eso, Polly, es lo mismo que si me dijera que sí. Vamos, no me negarás que hay posibilidades.

—¡Oh, Phil, déjalo! ¡Déjalo, por favor! Todo se irá calmando y se olvidará.

—No. Este asunto tiene que quedar aclarado. Si no, Hester

acabará tirándose por la ventana y Kirsty sufrirá un ataque de nervios. Leo está ya convirtiéndose en una especie de estalactita helada. En cuanto a la pobre Gwenda, está a punto de aceptar un empleo en Rhodesia.

—¿Qué importa lo que les pase?

—Nadie importa, nadie, sólo nosotros. ¿Es eso lo que quieres decir?

Philip tenía una expresión severa y colérica. Mary se sobresaltó. Nunca había visto así a su marido.

Se enfrentó con Philip en actitud de reto.

—¿Por qué he de preocuparme?

—Nunca te has preocupado por nadie, ¿verdad?

—No sé qué quieres decir.

Philip suspiró con exasperación y apartó la bandeja del desayuno.

—Llévate esto. No quiero más.

—Pero Philip.

Él hizo un gesto de impaciencia. Mary cogió la bandeja y se marchó. Philip se acercó al escritorio. Pluma en mano, miró fijamente a través de la ventana. Se sentía deprimido sin saber porqué. Un poco antes había estado muy animado y ahora se sentía intranquilo e inquieto.

Pero poco después volvió a animarse. Comenzó a escribir rápidamente y llenó dos hojas de papel. Luego reflexionó sobre lo escrito.

Era verosímil. Era posible. Pero no estaba satisfecho del todo. ¿Iba de verdad por buen camino? No estaba seguro. El motivo. El maldito motivo era lo que fallaba. En alguna parte tenía que haber algún factor que le había pasado inadvertido.

Suspiró con impaciencia. Se le hacía larguísimo esperar a Tina. Si pudiera hallar la solución del asunto… Sólo entre ellos. No hacía falta que lo supiera nadie más. Una vez que supieran… todos se sentirían libres. Libres del sofocante ambiente de sospecha y desesperación. Todos, menos uno, podían seguir viviendo sus vidas. Él y Mary volverían a casa y después…

Sus pensamientos se interrumpieron. La animación se apagó de nuevo. Se enfrentó al problema personal. *No quería volver a casa*. Pensó en la metódica perfección, las brillantes cretonas, los metales

relucientes. Una jaula bien cuidada, resplandeciente de limpia. Y en la jaula estaba él, atado a la silla de inválido, rodeado de los amorosos cuidados de su esposa.

Su esposa. Al pensar en ella, le pareció ver a dos personas. Una, la muchacha con la que se había casado, rubia, de ojos azules, dulce y reservada. Aquella era la chica a quien había querido, a quien hacía rabiar cuando se le quedaba mirando desconcertada, con el entrecejo fruncido. Aquella era su Polly. Pero había otra Mary, una Mary dura como el acero, apasionada, pero incapaz de sentir afecto, una Mary a quien no le importaba nadie, excepto ella misma. Incluso él tenía importancia sólo porque era suyo.

Le vino a la memoria un verso francés. ¿Cómo era?

Venus toute entiére á sa proie attaché.

A aquella Mary no la quería. Detrás de los fríos ojos azules había una mujer extraña, una mujer a quien no conocía.

Entonces se rió por lo bajo. Estaba volviéndose nervioso y excitado como todos los de la casa. Recordó lo que su suegra le había dicho de su mujer, de la dulce niñita que había conocido en Nueva York, del momento en que había gritado: «Quiero quedarme contigo. No quiero separarme *nunca* de ti».

Aquello había sido afecto, ¿no? Y, sin embargo, qué cosa más impropia de Mary. ¿Era posible cambiar tanto de niña a mujer? Qué difícil le había sido siempre a Mary mostrar afecto, ser expresiva. Casi imposible.

Sin embargo, en aquella ocasión… Sus pensamientos se interrumpieron bruscamente. ¿O habría una explicación más sencilla? Quizá no fuera afecto, sino cálculo. Un medio de llegar a un fin. Una escena de afecto interpretada con toda intención. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar Mary para conseguir lo que quería?

Casi a cualquier cosa, pensó, y se avergonzó de su pensamiento.

Irritado, soltó la pluma y empujó la silla de ruedas hasta el dormitorio contiguo, acercándose hasta el tocador. Cogió un cepillo y se peinó el pelo que le caía sobre la frente. Su rostro le pareció extraño.

¿Quién soy yo, dónde voy? Nunca se le habían ocurrido pensamientos de esta clase. Acercó la silla a la ventana y miró a través de los cristales. Abajo, una de las asistentas, junto a la

ventana de la cocina, hablaba con alguien que estaba dentro. Sus voces, con el suave acento de la región, llegaron a sus oídos.

Con los ojos muy abiertos, Philip permaneció como en trance.

Un ruido procedente de la habitación contigua le apartó de su preocupación. Condujo la silla a la puerta de comunicación.

Gwenda Vaughan estaba junto al escritorio. Se volvió hacia él y Philip se sobresaltó al ver su rostro macilento.

—Hola, Gwenda.

—Hola, Philip. Leo pensó que podría interesarte el *Illustrated London News*.

—Ah, gracias.

—Es bonita esta habitación —comentó Gwenda, mirando a su alrededor—. Me parece que no había estado nunca aquí.

—La suite real, ¿verdad? Separada de todo el mundo. Ideal para inválidos y parejas de recién casados.

Hubiera querido no decir la última frase, pero era demasiado tarde. El rostro de Gwenda se estremeció.

—Tengo que seguir con todo esto.

—La perfecta secretaria.

—Ya ni siquiera eso. Me equivoco constantemente.

—¿Acaso no nos equivocamos todos? ¿Cuándo vais a casaros Leo y tú?

—Probablemente nunca.

—Eso sería un gran error —opinó Philip.

—Leo cree que daría lugar a comentarios desfavorables ¡por parte de la policía!

—Caramba, Gwenda, uno tiene que arriesgarse a veces.

—Yo estoy dispuesta a arriesgarme. Nunca me ha dado miedo arriesgarme, y menos ahora, tratándose de mi felicidad. Pero Leo…

—¿Sí? ¿Leo qué?

—Leo morirá probablemente como ha vivido, como marido de Rachel Argyle.

La ira y la amargura de su mirada sobresaltaron a Philip.

—Es como si estuviera viva —afirmó Gwenda—. Está aquí, en la casa, nunca se ha marchado.

CAPÍTULO XXII

1

Tina aparcó el coche en la hierba, junto al muro del cementerio. Desenvolvió cuidadosamente el ramo de flores que llevaba y entró en el cementerio por el camino central. No le gustaba el cementerio nuevo. Hubiera preferido enterrar a Mrs. Argyle en el viejo cementerio que rodeaba la iglesia. Allí había una paz de otros tiempos, con los tejos y las piedras musgosas. Este cementerio, tan nuevo, tan bien ordenado, con su paseo principal, del que partían los caminos secundarios, parecía tan pulido y fabricado en serie como las mercancías en un supermercado.

La sepultura de Mrs. Argyle estaba bien cuidada, con pequeñas losas de granito, cubierta con tierra y rodeada con un bordillo de mármol, a uno de cuyos lados se alzaba una cruz de granito.

Tina, sosteniendo sus claveles, se inclinó para leer el epitafio: «A la memoria de Rachel Louise Argyle», y más abajo: «Sus hijos se levantarán y la bendecirán».

Oyó pasos y volvió la cabeza, sobresaltada.

—¡Micky!

—Vi tu coche. Te he seguido. Bueno, pensaba venir de todos modos.

—¿Ibas a venir aquí? ¿Para qué?

—No sé. Puede que a decirle adiós.

—¿A decirle adiós a ella?

Él asintió.

—Sí. Acepté aquel empleo de que te hablé, en la compañía

petrolera. Me marcho dentro de unas tres semanas.

—¿Y vienes aquí a despedirte de mamá?

—Sí. Quizás a darle las gracias y a pedirle perdón.

—¿Qué tiene que perdonarte, Micky?

—No tiene que perdonarme que la haya matado, si es eso lo que tratas de insinuar. ¿Creías que yo la maté, Tina?

—No estaba segura.

—Tampoco puedes estarlo ahora, ¿verdad? No sirve de nada que te diga que no la maté.

—¿Qué tiene que perdonarte?

—Hizo mucho por mí —respondió Micky lentamente—. Nunca se lo agradecí. Me ofendía todo lo que hacía. Nunca le dije una palabra amable ni la miré con cariño. Ahora siento no haberlo hecho, eso es todo.

—¿Cuándo dejaste de odiarla? ¿Después de muerta?

—Sí, sí, me figuro que sí.

—No era a ella a quien odiabas, ¿verdad?

—No, no. Tenías razón en eso. A quien odiaba era a mi verdadera madre. Porque la quería. Porque la quería y yo no le importaba un comino.

—¿Y ahora ya no te importa?

—No. Supongo que ella no podía evitarlo. Después de todo, uno nace tal como es. Ella era una persona muy alegre. Le gustaban demasiado los hombres y el vino y era agradable con sus hijos cuando le venía en gana. No hubiera permitido que nadie más los tocara. ¡Bueno, quedamos en que no me quería! Durante todos estos años me he negado a aceptar esa idea. Ahora la he aceptado. —Extendió una mano hacia Tina—. ¿Me das uno de tus claveles, Tina? —Lo cogió e, inclinándose, lo depositó en la tumba, debajo del epitafio—. Toma, mamá. He sido un mal hijo y no creo que tú hayas sido una madre muy acertada. Pero tu intención era buena. —Miró a Tina—. ¿Te parece una disculpa razonable?

—Creo que puede pasar.

Tina se inclinó y depositó su ramo de claveles.

—¿Vienes aquí con frecuencia?

—Una vez al año.

—¡La pequeña Tina!

Dieron media vuelta y se marcharon juntos por el camino del

cementerio.

—Yo no la maté, Tina. Te juro que no la maté. Quiero que me creas.

—Estuve allí aquella noche.

Él se detuvo sorprendido.

—¿Que estuviste allí? ¿Quieres decir en Sunny Point?

—Sí. Pensaba cambiar de empleo. Quería consultar el asunto con papá y mamá.

—Bueno. Continúa.

Al ver que Tina no respondía, la cogió por un brazo y la sacudió.

—Sigue, Tina. Tienes que contármelo.

—No sé lo he dicho a nadie hasta ahora.

—Sigue.

—Fui allí en el coche. No lo llevé hasta la verja. ¿No conoces ese sitio a mitad del camino, donde es más fácil dar la vuelta?

Micky asintió.

—Me bajé del coche y caminé hacia la casa. Me sentía un poco insegura. Ya sabes lo difícil que era hablar con mamá algunas veces. Quiero decir que ella tenía sus ideas propias. Quería exponerle la situación lo más claramente posible. De modo que caminé hasta la casa, y luego volví al coche, y después otra vez hasta la casa, pensándolo todo muy bien.

—¿Qué hora era? —preguntó Micky.

—No lo sé. Ahora no lo recuerdo. Ya sabes que el tiempo nunca ha significado mucho para mí.

—No, cariño, tú siempre pareces tener todo el tiempo del mundo.

—Estaba entre los árboles y caminaba sin hacer ruido…

—Como la gatita que eres —la interrumpió Micky con afecto.

—… cuando los oí.

—Oíste, ¿a quiénes?

—A dos personas que hablaban en voz baja.

—¿Sí? —El cuerpo de Micky se puso rígido—. ¿Qué decían?

—Decían… uno de ellos decía: «Entre las siete y las siete y media. Ésa es la hora. Acuérdate y no vayas a hacer una chapuza. Entre las siete y las siete y media». La otra persona murmuró: «Puedes confiar en mí». Y entonces dijo la primera voz: «Y después, mi vida, todo será maravilloso».

Permanecieron un momento en silencio.

—¿Por qué lo has callado?

—Porque no sabía… no sabía quiénes eran los que estaban hablando.

—¡Pero cómo! ¿Eran un hombre y una mujer?

—No lo sé. ¿No comprendes? Cuando dos personas están hablando en voz baja, no distingues *la voz*. Era… bueno, no era nada más que un susurro. Claro, creo que eran un hombre y una mujer, porque…

—¿Por lo que decían?

—Sí. Pero no sabía quiénes eran.

—¿Creíste que podían ser papá y Gwenda?

—Es posible, ¿no? Podía significar que Gwenda tenía que salir de casa y volver entre siete y siete y media, o que Gwenda le dijera a papá que bajara entre las siete y las siete y media.

—Si hubieran sido papá y Gwenda, no los hubieras delatado.

—Sí, si hubiera estado segura. Pero no lo estaba. Pudo haber sido cualquier otro. ¿Quizá Hester y alguien más? O Mary, pero Philip no. No, Philip no, claro.

—Al decir Hester y alguien más, ¿a quién te refieres?

—No sé.

—¿No viste al hombre?

—No, no le vi.

—Tina, creo que estás mintiendo. ¿Era un hombre, no es verdad?

—Volví al coche y entonces alguien vino por el otro lado de la calle, andando muy deprisa. En la oscuridad, sólo podía distinguir la sombra. Y entonces creí… creí oír arrancar un coche al final de la calle.

—Creíste que era *yo*.

—No lo sabía. *Podías* haber sido tú. Era poco más o menos de tu constitución y de tu estatura.

Llegaron al coche de Tina.

—Vamos, Tina. Sube. Voy contigo. Vamos a Sunny Point.

—Pero, Micky…

—No sirve de nada que te diga que no era yo, ¿verdad? ¿Qué más puedo decir? Anda, vamos a Sunny Point.

—¿Qué vas a hacer, Micky?

—¿Por qué crees que voy a hacer algo? ¿No ibas a Sunny Point?

—Sí. He recibido una carta de Philip. —Puso en marcha el coche. Micky, sentado a su lado, se mantenía muy erguido y rígido.

—Una carta de Philip. ¿Qué dice?

—Me pide que vaya a verle. Sabe que hoy es mi tarde libre.

—¡Ah! ¿Te dice para qué quiere verte?

—Quiere hacerme una pregunta y espera que se la responda. No necesito decirle nada, él me lo dirá. Sólo debo responderle sí o no. Cualquier cosa que le diga lo considerará confidencial.

—¿Así que se trae algo entre manos? Es interesante.

El trayecto hasta Sunny Point era muy corto. Cuando llegaron allí, Micky dijo:

—Entra, Tina. Voy a dar una vuelta por el jardín, tengo muchas cosas en que pensar. Anda, vete a ver a Philip.

—No irás a… no te…

Micky soltó una risita.

—¿Suicidarme desde el Salto de los Enamorados? Vamos, Tina, me conoces demasiado bien para pensar eso.

—Algunas veces creo que no conocemos a nadie.

Se encaminó lentamente hacia la casa. Micky la observó alejarse con la cabeza hacia delante y las manos en los bolsillos. Tenía el entrecejo fruncido. Luego dio la vuelta a la esquina de la casa, mirando hacia arriba, pensativo. Le vinieron a la memoria recuerdos de su infancia. Allí estaba la magnolia. Muchas veces había subido por el árbol y saltado por la ventana que daba al descansillo. Allí estaba el trocito de tierra considerado como su jardín particular. No es que hubiera tenido nunca gran afición a los jardines. Siempre había preferido hacer pedazos los juguetes mecánicos. «Era un demonio destructor», pensó con cierto regocijo.

Bueno, en realidad uno no cambia.

Tina se encontró con Mary en el vestíbulo. Mary se sobresaltó al verla.

—¡Tina! ¿Has venido desde Redmyn?

—Sí. ¿No sabías que vendría?

—Lo había olvidado. Creo que Philip lo dijo.

Se volvió.

—Voy a la cocina a ver si ha traído la leche vitaminada. A Philip le gusta beber un vaso antes de acostarse. Kirsten le acaba de subir

el café. Prefiere el café al té. Dice que el té le produce indigestión.

—¿Por qué lo tratas como a un inválido, Mary? No lo es.

En los ojos de Mary apareció una expresión de fría cólera.

—Cuando te cases, Tina, sabrás mejor cómo hay que tratar a los maridos.

—Perdona —murmuró Tina suavemente.

—Si pudiéramos salir de esta casa. Le hace tanto *daño* a Philip estar aquí. Y Hester vuelve hoy.

—¿Hester? —Tina parecía sorprendida—. ¿De verdad? ¿Por qué?

—¡Yo qué sé! Llamó anoche y dijo que venía. No sé en qué tren. Supongo que en el expreso, como de costumbre. Tendrá que ir alguien a Drymouth a esperarla.

Mary desapareció a lo largo del pasillo, en dirección a la cocina. Tina titubeó un momento y luego subió la escalera. En el descansillo se abrió la primera puerta de la derecha y Hester salió por ella. Pareció sorprenderse al ver a Tina.

—¡Hester! No tenía idea de que habías llegado.

—El doctor Calgary me trajo en coche. Subí directamente a mi habitación, no creo que nadie sepa que he llegado.

—¿Está aquí el doctor Calgary?

—No. Me dejó aquí y continuó hasta Drymouth. Tenía que ver a alguien allí.

—Mary no sabía que estás aquí.

—Mary nunca sabe nada. Ella y Philip se aíslan de todo lo que sucede a su alrededor. Supongo que papá y Gwenda estarán en la biblioteca. Parece que todo sigue igual que siempre.

—¿Por qué no iba a seguir igual que siempre?

—No lo sé —replicó Hester vagamente—. Tenía la sospecha de que todo sería distinto ahora.

Pasó junto a Tina y bajó la escalera. Tina pasó por delante de la biblioteca y continuó por el pasillo, hasta la suite que ocupaban los Durrant. Kirsten Lindstrom, que se encontraba junto a la puerta del cuarto de Philip, con una bandeja en la mano, volvió la cabeza.

—¡Tina, qué susto me has dado! Traigo el café y unas galletas para Philip.

Llamó a la puerta. Tina se acercó a ella. Después de llamar, Kirsten entró. Iba delante de Tina, pero Tina oyó el grito contenido

de Kirsten. Dejó caer la bandeja contra el guardafuegos y se hicieron añicos los platos y las tazas.

—¡No! —exclamó—. *¡Oh, no!*

«¿Philip?», se preguntó Tina.

Pasó por delante de la otra mujer y se acercó a la silla de Philip Durrant, colocada cerca de la mesa. Había estado escribiendo, pensó Tina. Cerca de su mano derecha había un bolígrafo, pero la cabeza la tenía caída hacia delante en una postura extraña y forzada. Y en la base del cráneo, Tina vio como un rombo color rojo oscuro que manchaba la blancura del cuello de la camisa.

—Lo han matado —gritó Kirsten—. Lo han matado, apuñalado. Ahí, en la parte inferior del cuello. Una puñalada. Se lo advertí. Hice todo lo que pude. Pero se portaba como un niño, divirtiéndose jugando con instrumentos peligrosos, sin darse cuenta de lo que hacía.

Era como una pesadilla, pensó Tina. Se quedó allí, muy cerca de Philip, mirándole, mientras Kirsten alzaba la mano flácida y palpaba la muñeca, en busca de un pulso inexistente. ¿Qué habría querido preguntarle? Fuera lo que fuese, ya nunca lo haría. Sin pensar de un modo consciente, la mente de Tina percibía y anotaba varios detalles. Philip había estado escribiendo, en efecto. Ahí estaba el bolígrafo, pero no había ningún papel a la vista. No había nada escrito. La persona que lo había matado se había llevado la hoja.

—Tenemos que decírselo a los demás —murmuró.

—Sí, sí. Tenemos que ir a decírselo. Tenemos que decírselo a tu padre.

Las dos mujeres se dirigieron juntas a la puerta. Kirsten rodeó a Tina con el brazo. Tina miró la vajilla rota.

—No importa —dijo Kirsten—. Ya lo recogeremos más tarde.

Tina estuvo a punto de caerse, pero el brazo de Kirsten la sostuvo.

—Ten cuidado. Te vas a caer.

Continuaron a lo largo del pasillo. La puerta de la biblioteca se abrió y Leo y Gwenda salieron. Con su voz clara y profunda, Tina anunció.

—Han matado a Philip. Apuñalado.

Era como un sueño, pensó Tina. Las exclamaciones de horror de

su padre, Gwenda, corriendo hacia la habitación de Philip. De Philip, que estaba muerto. Kirsten la dejó y bajó la escalera apresuradamente.

—Tengo que decírselo a Mary. Hay que darle la noticia con cuidado. Pobre Mary. Va a ser un golpe terrible para ella.

Tina la siguió lentamente. Se sentía cada vez más aturdida, como en un sueño, y un dolor extraño atenazaba su corazón. ¿Adonde iba? No lo sabía. Nada era real. Llegó a la puerta principal que estaba abierta y la cruzó. Entonces vio a Micky, que daba la vuelta a la esquina de la casa. Automáticamente, como si fuera hacia él a donde sus pasos la habían llevado durante todo el tiempo, fue al encuentro del joven.

—¡Micky! ¡Oh, Micky!

Él abrió los brazos. Tina se refugió contra su pecho.

—¡Chiquilla! ¿Qué ha sucedido?

Tina se encogió un poco en sus brazos y cayó al suelo, hecha un ovillo, en el momento en que Hester salía corriendo de la casa.

—Se ha desmayado —dijo Micky, impotente—. No recuerdo que Tina se haya desmayado nunca.

—Es consecuencia de la impresión —señaló Hester.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué impresión?

—Han matado a Philip. ¿No lo sabías?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Ahora mismo.

Micky la miró atónito. Luego levantó a Tina. Acompañado de Hester, llevó a Tina a la sala de Mrs. Argyle y la depositó en el sofá.

—Llama al doctor Craig —suplicó.

—Ahora mismo llega —replicó Hester mirando por la ventana—. Papá le llamó por lo de Philip. Yo… —Miró a su alrededor—. No quiero encontrarme con él.

Salió corriendo de la habitación y se lanzó escaleras arriba.

Donald Craig se apeó del coche y entró por la puerta principal. Kirsten salió presurosa de la cocina para recibirle.

—Buenas tardes, miss Lindstrom. ¿Qué es eso que me dicen? ¿Dice Mr. Argyle que Philip Durrant ha sido *asesinado? ¿Asesinado?*

—Es completamente cierto.

—¿Ha llamado Mr. Argyle a la policía?

—No lo sé.

—¿No hay posibilidad de que esté solamente herido? —preguntó Don.

—No. —La voz de Kirsten sonaba cansada e inexpresiva—. Está muerto. Estoy completamente segura. Lo han apuñalado aquí.

Se llevó la mano a la nuca.

Micky salió al vestíbulo.

—Hola, Don, será mejor que veas un momento a Tina. Se ha desmayado.

—¿Tina? Ah, sí, es la… la de Redmyn, ¿verdad? ¿Dónde está?

—Aquí.

—La veré un momento antes de subir.

En cuanto entró en la habitación, le dijo a Kirsten por encima del hombro.

—Manténgala abrigada. Prepare té o café, para dárselo bien caliente cuando vuelva en sí. Ya conoce la rutina.

Kirsten asintió.

—¡Kirsty! —Mary Durrant salió de la cocina y cruzó lentamente el vestíbulo. Kirsten se acercó a ella. Micky la miró sin saber qué hacer.

—¡Dime que no es cierto, Kirsty! —exclamó Mary con voz alta y ronca—. *¡No es cierto!* Es una mentira que te has inventado. Estaba bien hace un momento, cuando me separé de él. Estaba perfectamente. Estaba escribiendo. Le dije que no escribiera. Le *dije* que no lo hiciera. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué fue tan testarudo? ¿Por qué no se fue de esta casa cuando yo quería que se marchara?

Kirsten, con caricias y palabras dulces, hacía todo lo que podía por calmarla.

Donald Craig salió de la sala apresuradamente.

—¿Quién dijo que la chica se había desmayado? —preguntó.

—Pero si se desmayó —contestó Micky extrañado.

—¿Dónde estaba cuando se desmayó?

—Estaba conmigo. Salió de la casa y se dirigió a mí. Entonces se desplomó, sin más.

—¿Se desplomó, eh? Sí, ya lo creo que se desplomó —afirmó Donald Craig sombrío. Se dirigió rápidamente al teléfono—. Tengo que conseguir una ambulancia en seguida.

—¿Una ambulancia?

Kirsten y Micky le miraron sorprendidos. Mary no dio muestras

de haber oído.

—Sí —Donald marcaba los números, irritado—. La chica no se desmayó. Fue apuñalada. ¿Lo oyen? Apuñalada en la espalda. Tenemos que llevarla al hospital inmediatamente.

CAPÍTULO XXIII

1

Arthur Calgary repasó una y otra vez las notas que había escrito en la habitación del hotel. De cuando en cuando, asentía.

Sí, ahora iba por buen camino. Al empezar, había cometido el error de concentrar su atención en Mrs. Argyle. En nueve de cada diez casos, era lo acertado, pero éste era el número diez.

Durante todo el tiempo había presentido la presencia de un factor desconocido. Si pudiera llegar a aislar e identificar aquel factor, el caso quedaría solucionado. Al buscarlo, se había dejado obsesionar por la muerta. Pero la muerta, ahora lo veía, no era realmente importante. En cierto sentido, *cualquier* víctima hubiera servido.

Había variado el punto de vista, lo había llevado al punto de partida, de nuevo hasta Jacko. Siempre consideró a éste, no como un joven injustamente sancionado por un crimen que no había cometido, sino como Jacko, el ser humano. ¿Era Jacko, según la frase de la antigua doctrina calvinista, «un navío encaminado sin remedio a la destrucción?». ¿Había tenido todas las oportunidades? En opinión del doctor MacMaster, Jacko era una de esas personas nacidas para ir por el mal camino. Ningún ambiente le hubiera ayudado o salvado. ¿Sería eso cierto? Leo Argyle había hablado de él con indulgencia, con compasión. ¿Cómo había dicho: «un inadaptado»? Había adoptado la actitud de la moderna psiquiatría. Era un enfermo, no un criminal. ¿Qué era lo que había dicho Hester? ¡Había dicho, bruscamente, que Jacko siempre había sido

terrible!

Una afirmación infantil y sin eufemismos. ¿Y qué había opinado Kirsten Lindstrom? Que Jacko era «perverso». Tina había afirmado: «Nunca le quise ni confié en él». De modo que, en términos generales, todos estaban de acuerdo. Únicamente en el caso de la viuda había descendido de lo general a lo particular. Maureen Clegg había pensado en Jacko desde su punto de vista personal. Había malgastado su tiempo con Jacko. Había sido arrastrada por su encanto y se arrepentía de ello. Ahora, en la seguridad de su segundo matrimonio, se hacía eco de las opiniones de su marido. Le había relatado a Calgary con toda franqueza algunos de los turbios asuntos de Jacko y los medios de que se había valido para conseguir dinero. *Dinero*.

En la mente cansada de Arthur Calgary, la palabra parecía bailar con letras gigantescas. ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! Como el *motif* de una ópera, pensó. ¡El dinero del fideicomiso! ¡El resto del capital que había dejado a su esposo! ¡El dinero sacado del banco! ¡El dinero del cajón de la mesa! Hester, que iba corriendo a coger el coche sin dinero en el bolso y había recibido dos libras de Kirsten Lindstrom. El dinero encontrado en poder de Jacko, dinero que Jacko juró habérselo dado su madre.

Todo ello formaba como un patrón, un patrón sacado de los irrelevantes detalles sobre el dinero.

Y en aquel patrón, el factor desconocido estaba apareciendo con claridad.

Miró su reloj. Había prometido telefonear a Hester a una hora determinada. Cogió el teléfono y pidió el número.

Poco después oyó la voz de Hester, clara, infantil.

—Hester. ¿Está usted bien?

—Sí, *yo* sí.

Tardó unos segundos en comprender lo que implicaba el énfasis puesto en el pronombre. Luego dijo vivamente:

—¿Qué ha ocurrido?

—Philip ha sido asesinado.

—¡Philip! ¿Philip Durrant?

La voz de Calgary sonó incrédula.

—Sí. Y Tina también. Quiero decir que no se ha muerto todavía. Está en el hospital.

—Cuéntemelo.

Ella se lo contó, y Calgary le preguntó una y otra vez, hasta conseguir todos los datos. Luego añadió sombrío:

—Espere, Hester, voy en seguida. Estaré con usted —echó una ojeada a su reloj— dentro de una hora. Antes tengo que ver al superintendente Huish.

2

—¿Qué es lo que quiere usted saber, doctor Calgary? —preguntó el superintendente. Pero antes de que Calgary pudiera hablar, sonó el teléfono y Huish lo cogió—. Sí, sí, al habla. Un momento. —Cogió un trozo de papel y una pluma, y se dispuso a escribir—. Sí, sí, prosiga. ¿Qué? ¿Quiere deletrear la última palabra? Ah, comprendo. Sí, no parece que tenga mucho sentido, ¿verdad? Bien. ¿Nada más? Gracias. Era del hospital.

—¿Tina?

El superintendente asintió.

—Recobró el conocimiento durante unos minutos.

—¿Dijo algo?

—En realidad, doctor Calgary, no sé por qué razón he de decírselo.

—Le pido que me lo diga, porque creo que puedo ayudarle en este asunto.

Huish le miró pensativo.

—Se lo ha tomado usted muy a pecho, ¿verdad, doctor Calgary?

—Sí, es cierto. Me siento responsable de la revisión del caso. Me siento incluso responsable de estas dos tragedias. ¿Vivirá la chica?

—Creen que sí. El cuchillo no tocó el corazón, pero la herida es grave. —Meneó la cabeza y añadió—: Es lo de siempre. La gente no cree que los asesinos sean peligrosos. Parece raro, pero es así. Todos sabían que había un asesino entre ellos. Debían haber dicho lo que sabían. Si un asesino anda a nuestro alrededor, la única manera de estar seguros es decirle a la policía inmediatamente todo lo que se sabe. Pero no lo hicieron. Se negaron a decírmelo. Philip Durrant era un tipo agradable, un tipo inteligente, pero consideraba este

asunto como un juego. Andaba husmeando y poniendo trampas a la gente. Consiguió algo, o por lo menos lo creyó. Y alguien más pensó que lo había logrado. Resultado: una llamada telefónica para decirme que lo han matado de una puñalada en la nuca. Eso es lo que pasa por andar jugando con asesinos, sin darse cuenta que es peligroso.

Calló y se aclaró la garganta.

—¿Y la chica?

—La chica sabía algo. Algo que no quería decir. En mi opinión, estaba enamorada de él.

—¿Está usted hablando de Micky?

—Sí. Yo creo que Micky también la quería a su modo. Pero tenerle cariño a una persona no es suficiente, si está uno muerto de miedo. Lo que ella sabía, fuera lo que fuese, probablemente era mucho más mortífero de lo que ella misma creía. Por eso, cuando después de encontrar muerto a Durrant, se precipitó en sus brazos, Micky la apuñaló.

—Eso son suposiciones suyas, nada más, ¿no es así, superintendente?

—No del todo, doctor Calgary. El cuchillo estaba en su bolsillo.

—¿El cuchillo homicida?

—Sí. Estaba manchado de sangre. Vamos a analizar la sangre, pero será de ella, seguro. ¡De ella y de Philip Durrant!

—¡Pero no pudo ser así!

—¿Quién dice que no pudo?

—Hester. La llamé inmediatamente por teléfono y me lo contó.

—¿Sí, eh? Los hechos son muy sencillos. Mary Durrant bajó a la cocina, dejando vivo a su marido, a las cuatro menos diez. A esa hora estaban en casa Leo Argyle y Gwenda Vaughan en la biblioteca, Hester Argyle en su habitación, que está en el primer piso, y Kirsten Lindstrom en la cocina. Inmediatamente después de las cuatro, llegaron Micky y Tina. Micky se fue al jardín y Tina subió, pisándole los talones a Kirsten, que acababa de subirle a Philip café y unas galletas. Tina se paró a hablar con Hester, luego siguió su camino, se encontró con miss Lindstrom y juntas encontraron el cadáver de Philip.

—Y durante todo ese tiempo, Micky estaba en el jardín. ¿No le parece una coartada perfecta?

—Lo que no sabe usted, doctor Calgary, es que hay una magnolia en uno de los lados de la casa. Los chicos solían subir por el árbol. Especialmente Micky. Lo utilizaba para entrar y salir de la casa. Pudo haber trepado, dirigirse al cuarto de Durrant, apuñalarlo y bajar otra vez por el mismo camino. Ya sé que tuvo que calcular hasta los segundos, pero es extraordinario lo que la audacia es capaz de hacer en algunas ocasiones. Y él estaba desesperado. A toda costa tenía que matarlos a los dos.

Calgary consideró la cuestión durante unos segundos.

—Dijo usted hace un momento, superintendente, que Tina ha recobrado el conocimiento. ¿Ha dicho quién la apuñaló?

—No habló con mucha coherencia —respondió Huish lentamente—. La verdad es que dudo que estuviera consciente, en el verdadero sentido de la palabra.

Sonrió con sonrisa cansada.

—Está bien, doctor Calgary. Le diré exactamente lo que dijo. Primero pronunció un nombre: *Micky*.

—Lo acusó, entonces.

—Eso parece. El resto de lo que dijo no tiene sentido. Es algo incoherente.

—¿Qué dijo?

Huish consultó el cuaderno de notas que tenía frente a él.

—«Micky», luego, una pausa. Luego: «La taza estaba vacía». Luego, otra pausa, y por último: «La paloma en el mástil». —Huish miró a Calgary—. ¿Saca usted algo en limpio de todo eso?

—No. —Meneó la cabeza y repitió extrañado—: «La paloma en el mástil». ¡Qué cosa más extraordinaria!

—No sabemos nada de palomas ni de mástiles —manifestó Huish—. Pero para ella significa algo, algo que tiene en la cabeza. Cualquiera sabe por qué mundos de la fantasía anda flotando.

Calgary guardó silencio durante unos segundos, pensando profundamente. Luego preguntó:

—¿Han detenido a Micky?

—Lo hemos detenido. Será acusado dentro de las próximas veinticuatro horas.

Huish miró a Calgary con curiosidad.

—¿Parece que este muchacho, Micky, no era *su* solución al problema?

—No. No, Micky no era mi solución. Incluso ahora no sé. —Se levantó—. Sigo creyendo que tengo razón, pero comprendo muy bien que no tengo bastantes pruebas para convencerlo. Tengo que volver allí. Tengo que verlos a todos otra vez.

—Bueno, tenga cuidado, doctor Calgary. Y a propósito, ¿cuál *es* su teoría?

—¿Le serviría de algo que le dijera que, en mi opinión, este crimen fue un crimen pasional?

Huish enarcó las cejas.

—Hay pasiones y pasiones, doctor Calgary. El odio, la avaricia, el miedo, son todos pasiones.

—Al decir un crimen pasional, quise decir exactamente lo que suele uno entender claramente por tal término.

—Si se refiere usted a Leo Argyle y Gwenda Vaughan, eso es lo que nosotros hemos pensado todo el tiempo, pero no parece que encaje.

—Es más complicado que eso —aseguró Arthur Calgary.

CAPÍTULO XXIV

1

Anochecía cuando Arthur Calgary llegó a Sunny Point, en una tarde muy parecida a aquella en que había ido allí por vez primera. «Viper's Point», pensó mientras pulsaba el timbre.

Los hechos parecían repetirse. Hester le abrió la puerta. Su rostro tenía la misma expresión de reto, el mismo aire de tragedia desesperada. Detrás de ella, en el vestíbulo, vio, como entonces, la vigilante y desconfiada figura de Kirsten Lindstrom. La historia se repetía.

Luego el dibujo osciló y cambió. La desconfianza y la desesperación desaparecieron del rostro de Hester, al que asomó una encantadora sonrisa de bienvenida.

—*Usted.* ¡Me alegro muchísimo de que haya venido!

Él cogió sus manos entre las suyas.

—Quiero ver a su padre, Hester. ¿Está en la biblioteca?

—Sí, sí, está con Gwenda.

Kirsten Lindstrom se acercó a ellos.

—¿Para qué ha vuelto usted? —preguntó en tono acusatorio—. ¡Mire los disgustos que nos trajo la otra vez! Mire lo que nos ha pasado a todos. La vida de Hester destrozada, la vida de Mr. Argyle destrozada ¡y dos muertes! ¡Dios mío! ¡Philip Durrant y la pequeña Tina! Y todo es culpa suya, *¡culpa suya!*

—Tina no está muerta aún —respondió Calgary—, y tengo algo muy importante que hacer aquí que no puede quedar sin hacer.

—¿Qué es lo que tiene usted que hacer?

Kirsten le impidió el paso a la escalera.

—Tengo que terminar lo que empecé.

Con mucha suavidad, puso una mano en el hombro de Kirsten y la apartó. Subió las escaleras y Hester le siguió. Calgary le dijo a Kirsten por encima del hombro:

—Venga usted también, miss Lindstrom. Me gustaría que estuvieran presentes todos ustedes.

En la biblioteca, Leo Argyle estaba sentado en una butaca junto a su escritorio. Gwenda Vaughan estaba arrodillada delante del fuego, con la vista fija en las ascuas. Los dos alzaron la vista, un poco sorprendidos.

—Perdonen que me presente aquí de este modo —se disculpó Calgary—, pero, como acabo de decirles a Hester y a miss Lindstrom, he venido a terminar lo que empecé. ¿Sigue aquí Mrs. Durrant? Me gustaría que estuviera aquí ella también.

—Está acostada, creo —respondió Leo—. Está… lo está llevando muy mal.

—De todos modos, me gustaría que estuviera aquí —Calgary miró a Kirsten—. ¿Quiere usted ir a buscarla, por favor?

—Quizá no quiera venir —señaló Kirsten con expresión sombría.

—Dígale que hay ciertas cosas sobre la muerte de su marido que pueden interesarla.

—Vamos, Kirsty —intervino Hester—, no seas tan desconfiada ni te pongas tan protectora con todos nosotros. No sé lo que va a decir el doctor Calgary, pero debemos estar aquí todos.

—Como quieras.

Salió de la habitación.

—Siéntese —dijo Leo. Señaló una butaca al otro lado de la chimenea y Calgary se sentó—. Perdone si le digo que en este momento desearía que nunca hubiese venido a esta casa, doctor Calgary.

—Eso es una injusticia —intervino Hester con firmeza—. Es una injusticia que digas eso.

—Sé cómo debe sentirse usted. Creo que yo, en su lugar, me sentiría igual. Puede que incluso haya compartido su punto de vista durante cierto tiempo pero, pensando en ello, no veo qué otra cosa podía haber hecho.

Kirsten volvió a entrar en la habitación.

—Ahora viene Mary —anunció.

Esperaron en silencio y, poco después, Mary Durrant entró en la habitación. Calgary la miró con interés, ya que era la primera vez que la veía. Parecía tranquila y aplomada, vestía con pulcritud y no tenía un pelo fuera de su sitio. Pero su rostro, desprovisto de expresión, parecía una máscara y tenía un aire como de sonámbula.

Leo hizo las presentaciones. Ella inclinó ligeramente la cabeza.

—Le agradezco que haya venido, Mrs. Durrant —dijo Calgary—. Me pareció que debía oír lo que voy a decirles.

—Como quiera. Pero nada de lo que usted o nadie pueda decir le devolverá la vida a Philip.

Se apartó un poco de los demás y se sentó en una silla junto a la ventana.

—Permítanme que primero les diga una cosa. Cuando vine aquí por vez primera, con la noticia de que podía limpiar la memoria de Jacko, el modo en que recibieron ustedes la noticia me asombró muchísimo. Ahora comprendo esa reacción. Pero lo que me impresionó fue lo que esta joven —miró a Hester— dijo cuando me marchaba. Que lo importante no era hacer justicia, sino lo que les ocurriera a los inocentes. Hay una frase en el libro de Job que describe esto muy bien. *La tragedia de los inocentes*. Eso es lo que ustedes han estado sufriendo, como resultado de la noticia que les traje. Los inocentes no deben sufrir y, para poner fin al sufrimiento de los inocentes, hoy estoy aquí y voy a exponer lo que tengo que decir.

Guardó silencio unos segundos, pero nadie habló. Arthur Calgary prosiguió con su voz tranquila y educada:

—Cuando vine por vez primera, no les traje, como yo creía, lo que podríamos llamar una buena nueva. Todos habían aceptado la culpabilidad de Jacko. Todos, si me es permitido decirlo, estaban *satisfechos*. Era la mejor solución posible al asesinato de Mrs. Argyle para estar tranquilos.

—¿No cree usted que se expresa con mucha dureza? —le recriminó Leo.

—No, es la verdad. Al no ser posible que un extraño hubiera cometido el asesinato, a todos ustedes les satisfacía que el criminal fuera Jacko, porque en el caso de Jacko podían encontrar las disculpas pertinentes. ¡Era un desgraciado, un enfermo mental, que

no era responsable de sus actos, un chico con problemas, un delincuente precoz! Todas las frases que se pueden utilizar hoy en día tan alegremente para justificar los delitos. Dijo usted, Mr. Argyle, que no lo condenaba. Que su madre, la víctima, no lo hubiera condenado —Calgary miró a Kirsten Lindstrom—. *Usted* sí lo condenó. Dijo lisa y llanamente que era perverso. Ésa es la palabra que empleo: «Jacko era perverso». La recuerdo bien.

—Puede que sí —reconoció Kirsten Lindstrom—. Puede que sí, que lo haya dicho. Era la verdad.

—Sí, era la verdad. *Era* perverso. Si no hubiera sido perverso no hubiera ocurrido nada de esto. Sin embargo, sabe usted muy bien que los datos que yo aporté le exculparon del crimen.

—No siempre puede creerse en las pruebas. Usted sufrió una conmoción cerebral. Sé muy bien lo que les pasa a las personas que sufren conmoción cerebral. No recuerdan las cosas claramente, sino en una especie de neblina.

—¿De modo que esa es su teoría? ¿Cree usted que Jacko cometió el crimen y se las arregló de algún modo para conseguir una coartada falsa? ¿Digo bien?

—No sé los detalles. Sí, algo por el estilo. Sigo diciendo que fue él. Todo lo que se ha sufrido en esta casa y las muertes, sí, esas muertes tan horribles, son obra *suya*. ¡Todo ha sido obra de Jacko!

—¡Pero Kirsten, siempre habías demostrado querer mucho a Jacko! —exclamó Hester.

—Puede que sí —aceptó Kirsten—. Sí, es posible. Pero sigo diciendo que era perverso.

—Creo que en eso tiene usted razón —señaló Calgary—, pero en otras cosas no la tiene. Con conmoción o sin ella, mi memoria es clarísima. La noche en que murió Mrs. Argyle llevé a Jacko en el coche a la hora establecida. No existe la menor posibilidad, y lo repito categóricamente, no existe la menor posibilidad de que Jacko Argyle matara aquella noche a su madre adoptiva. Su coartada sigue en pie.

Leo se movió un poco impaciente. Calgary prosiguió:

—¿Creen ustedes que estoy repitiendo una y otra vez la misma cosa? No del todo. Hay que considerar otros extremos. Uno de ellos es la afirmación del superintendente de que Jacko había estado muy locuaz y confiado al establecer su coartada. Lo tenía todo a punto,

las horas, *el lugar, casi como si supiera que podía «necesitarlo»*. Eso encaja con la conversación que tuve sobre Jacko con el doctor MacMaster, que tiene gran experiencia con enfermos al borde de la delincuencia. No le había sorprendió que Jacko tuviera tendencias asesinas, pero sí le sorprendió que cometiera un asesinato. Según él, lo lógico era que *indujera* a otra persona a cometerlo. Y de este modo llegué a un punto en que me pregunté: ¿Sabía Jacko que aquella noche iba a cometerse un crimen? ¿Sabía que iba a necesitar una coartada y deliberadamente salió a buscársela? En ese caso, fue *otra persona* la que mató a Mrs. Argyle. *Pero* Jacko sabía que iba a ser asesinada y podemos decir con justicia que fue el instigador del crimen.

Calgary se dirigió a Kirsten Lindstrom.

—*¿Eso es lo que usted cree, verdad? ¿Lo cree usted o quiere usted creerlo?* Cree usted que fue Jacko quien la mató, *no usted*. Cree usted que lo hizo obedeciendo órdenes suyas, bajo su influencia. ¡Y, por consiguiente, quiere que cargue *él* con toda la culpa!

—¿Yo? —gritó Kirsten Lindstrom—. ¿Yo? ¿Qué está usted diciendo?

—Estoy diciendo que sólo hay una persona en la casa que pueda encajar en el papel de cómplice de Jacko Argyle. Y esa persona es *usted*, miss Lindstrom. En el historial de Jacko figura su capacidad para inspirar pasiones en mujeres de mediana edad. Jacko utilizó este poder deliberadamente. Tenía el don de hacerse querer. Le hizo creer que la quería, que se casaría con usted cuando pasara esto y tuviera mayor control sobre el dinero de su madre, que se casarían y se marcharían de aquí. ¿Estoy en lo cierto, verdad?

Kirsten fijó en él su mirada. No dijo nada. Estaba como paralizada.

—Lo hizo cruel, despiadada y deliberadamente —continuó Arthur Calgary—. Vino aquí aquella noche, desesperado, en busca de dinero, con la amenaza de ser arrestado y condenado a ir a la cárcel. Mrs. Argyle se negó a darle dinero. Cuando Mrs. Argyle se lo negó, acudió a usted.

—¿Cree usted que yo hubiera cogido el dinero de Mrs. Argyle para dárselo, en vez de darle el mío?

—No, le hubiera dado usted el suyo si lo hubiera tenido. Tenía usted una buena renta, procedente de la anualidad que le había

dejado Mrs. Argyle, pero creo que ya se lo había dado todo. Aquella noche estaba muy desesperado, y cuando Mrs. Argyle subió a la biblioteca a ver a su marido, usted fue a reunirse con Jacko en el lugar en que estaba esperándola y él le dijo lo que tenía que hacer. Primero tenía que darle usted el dinero y luego, antes de que el robo fuera descubierto, debía matar a Mrs. Argyle, porque ella no hubiera encubierto el robo. Le dijo que sería fácil. Sólo tenía que sacar los cajones para que pareciera obra de un ladrón y darle un golpe en la nuca. No le dolería, le dijo. No sentiría nada. Él se buscaría una coartada, de modo que tenía usted que tener cuidado en hacer las cosas dentro del horario previsto, entre las siete y las siete y media.

—No es cierto —chilló Kirsten. Estaba temblando—. Está usted loco.

Sin embargo, en su voz no había indignación. Cosa extraña, era una voz mecánica y cansada.

—Aunque fuera verdad lo que usted dice —añadió Kirsten—, ¿cree usted que hubiera dejado cargar con el asesinato a Jacko?

—Sí, lo creo. Después de todo, él le había dicho que se buscaría una coartada. Usted esperaba, quizá, que lo arrestaran y que luego demostrara su inocencia. Todo eso formaba parte del plan.

—Pero cuando no pudo demostrar su inocencia —dijo Kirsten—, ¿cómo no iba a salvarlo entonces?

—Quizá lo hubiera hecho de no ser por un imprevisto. Durante la mañana siguiente al asesinato, *la mujer de Jacko se presentó aquí*. Usted no sabía que estuviera casado. La chica tuvo que repetir su afirmación dos o tres veces para que usted la creyera. En ese momento, el mundo se desplomó a su alrededor. Vio usted a Jacko tal como era: despiadado, intrigante, sin el menor afecto por usted. Se dio cuenta de lo que le había hecho hacer.

De pronto, Kirsten Lindstrom empezó a hablar. Las palabras salían de sus labios precipitadas e incoherentes.

—Le quería, le quería con todo mi corazón. Fui una estúpida, una vieja estúpida y crédula. Me lo tragué. Decía que nunca le habían gustado las jóvenes. Decía… no puedo decirles todo lo que decía. Le quería. Le digo que le quería. Y entonces vino aquella tonta, con su carita boba, aquella criatura vulgar. Comprendí que todo eran mentiras, perversidad. *Su* perversidad, no la mía.

—La noche que vine aquí por vez primera tuvo usted miedo, ¿no es verdad? Tuvo usted miedo de lo que iba a ocurrir. Tuvo miedo por los demás. Por Hester, a quien quería mucho. Por Leo, a quien profesaba un afecto profundo. Quizá comprendió algo de lo que iban a sufrir. Pero sobre todo tuvo miedo por *usted*. Y ya ve dónde le ha llevado el miedo. Ahora tiene sobre su conciencia dos muertes más.

—¿Está usted diciendo que he matado a Tina y a Philip?

—Desde luego. Tina ha recobrado el conocimiento.

La desesperación hundió los hombros de Kirsten.

—De modo que ha dicho que yo la apuñalé. No creí que se diera cuenta. Estaba loca, claro. Estaba loca, loca de miedo. Estaba acercándose tanto, tanto.

—¿Quiere saber lo que dijo Tina cuando recobró el conocimiento? Dijo: «La taza estaba vacía». Comprendí lo que eso quería decir. Usted hizo como que le iba a llevar a Philip Durrant una taza de café, pero en realidad ya le había apuñalado y *salía* de la habitación cuando oyó venir a Tina. Entonces se volvió, fingiendo que iba a entrar con la bandeja. Después, aunque la muerte de Philip Durrant le impresionó tanto que estaba a punto de perder el conocimiento, Tina observó de un modo automático que la taza que se había caído al suelo estaba vacía y no había manchas de café en el suelo.

—¡Pero Kirsten no pudo haberla apuñalado! —gritó Hester—. Tina bajó las escaleras y se reunió con Micky.

—Querida —dijo Calgary—, se han dado casos de personas que caminaron toda la calle sin darse cuenta de que habían sido apuñaladas. En el estado en que se encontraba Tina, no era probable que sintiera nada. Un pinchazo o un pequeño dolor. —Volvió a dirigirse de nuevo a Kirsten—: Y después deslizó usted el cuchillo en el bolsillo de Micky. Eso fue lo más despreciable de todo.

Kirsten extendió las manos en actitud de súplica.

—No pude evitarlo, no pude evitarlo. Estaba tan cerca. Todos habían empezado a descubrir la verdad. Philip estaba descubriéndola y Tina… creo que Tina debió haber oído a Jacko hablar conmigo junto a la cocina aquella noche. Todos lo estaban descubriendo. Yo quería estar segura. Yo quería… *¡nunca se puede*

estar segura! —Dejó caer las manos—. No quería matar a Tina. Y en cuanto a Philip…

Mary Durrant se puso de pie. Cruzó la habitación despacio, pero con creciente determinación.

—¿Mataste a Philip? ¡Mataste a Philip!

De pronto, como una tigresa, saltó sobre la otra mujer. Fue Gwenda quien se puso de pie de un salto y la contuvo. Calgary unió sus esfuerzos a los de Gwenda y entre los dos la sujetaron.

—Eres… eres… —gritó Mary Durrant.

Kirsten Lindstrom la miró.

—¿Qué tenía *él* que ver con esto? ¿Por qué tenía que husmear y hacer preguntas? *A él* no le amenazaba ningún peligro. Para él no era cuestión de vida o muerte. Era solamente una diversión.

Se volvió para encaminarse lentamente hacia la puerta. Salió sin mirar a nadie.

—Detenedla —gritó Hester—. Tenemos que detenerla.

—Déjala, Hester —replicó Leo Argyle.

—Pero se va a matar.

—No lo creo —intervino Calgary.

—Ha sido una amiga leal para nosotros durante tanto tiempo —se dolió Leo—. Leal y abnegada. ¡Y ahora esto!

—¿Cree usted que… que se entregará? —preguntó Gwenda.

—Es mucho más probable que vaya a la estación más cercana y coja un tren para Londres —opinó Calgary—. Claro que no conseguirá escapar. Le seguirán la pista y la encontrarán.

—Nuestra querida Kirsten —señaló Leo de nuevo. Su voz tembló —. Tan fiel, tan buena con todos nosotros.

Gwenda le cogió de un brazo y se lo sacudió.

—¿Cómo puedes hablar así, Leo, cómo puedes hablar así? Piensa en lo que nos hizo a todos, ¡en todo lo que nos hizo sufrir!

—Ya lo sé, querida, pero ella sufrió también. Creo que era el sufrimiento de *ella* lo que sentíamos en esta casa.

—Por lo que a ella respecta, podíamos haber seguido sufriendo toda la vida —replicó Gwenda—. Si no hubiera sido por el doctor Calgary… —Se volvió hacia él con expresión agradecida.

—De modo que he ayudado en algo, aunque un poco tarde.

—Demasiado tarde —afirmó Mary con amargura—. ¡Demasiado tarde! ¿Cómo no nos dimos cuenta, cómo no lo *sospechamos*? —Se

volvió hacia Hester con actitud acusatoria—. Yo creía que habías sido *tú*. Siempre creí que habías sido *tú*.

—*Él* no lo creyó —replicó Hester, mirando a Calgary.

—Quisiera morirme —dijo Mary en voz baja.

—Hijita, cómo quisiera poder ayudarte.

—Nadie puede ayudarme. Todo fue culpa de Philip, que quiso seguir y meterse en todo esto. Él se buscó que lo mataran. —Los miró a todos—. Ninguno de vosotros puede comprenderlo.

Salió de la habitación.

Calgary y Hester la siguieron. Al cruzar la puerta, Calgary miró hacia atrás y vio a Leo, que rodeaba a Gwenda con un brazo.

—Ella me advirtió —dijo Hester. Tenía los ojos muy abiertos y asustados—. Me dijo al principio que no confiara en ella, que tuviera tanto miedo de ella como de cualquiera de los demás.

—Olvídelo, querida. Eso es lo que tiene que hacer ahora: *olvidar*. Todos son libres. Los inocentes ya no siguen bajo la sombra de la culpabilidad.

—¿Y Tina? ¿Se pondrá bien? ¿No se morirá?

—No lo creo. Está enamorada de Micky, ¿no es verdad?

—Sí, puede que sí —comentó Hester sorprendida—. Nunca se me había ocurrido. Claro, siempre han sido como hermanos. Pero no son hermanos en realidad.

—Por cierto, Hester, ¿tiene usted idea de lo que Tina quiso decir cuando dijo: «La paloma en el mástil»?

—¿La paloma en el mástil? —Hester frunció el entrecejo—. Espere. Me resulta muy conocido. *La paloma en el mástil, cuando íbamos a toda vela, lloraba, lloraba*. ¿Es eso?

—Puede ser.

—Es una canción. Una canción de cuna. Kirsten nos la cantaba muchas veces. Sólo me acuerdo de algunos trozos. *Mi amor permaneció a mi derecha*, luego no sé qué, y luego: *Oh, mi bienamada, no estoy aquí. No tengo lugar, ni patria, ni hogar, ni por tierra, ni por mar, sino en tu corazón*.

—Comprendo. Sí, sí, comprendo.

—A lo mejor se casan cuando Tina se ponga bien. Y entonces podrá irse con él a Kuwait. Tina siempre quiso estar en un sitio donde hiciera calor. ¿Hace mucho calor en el golfo Pérsico, verdad?

—Casi demasiado para mi gusto.

—No hará demasiado calor para Tina.

—Y ahora, querida, será usted feliz —Calgary cogió las manos de Hester e hizo un esfuerzo por sonreír—. Se casará usted con un médico y sentará la cabeza, y se acabarán esas imaginaciones desbordantes y esas espantosas desesperaciones.

—¿Casarme con *Don*? —exclamó Hester con voz sorprendida—. ¡Claro que no voy a casarme con *Don*!

—Pero le quiere.

—No, creo que no, en realidad. Creí que le quería, nada más. Pero él no creyó en mí. Ni *supo* que era inocente. Debía de haberlo sabido. —Miró a Calgary—. ¡*Usted* lo supo! Usted creyó en mi inocencia. Creo que me gustaría casarme con usted.

—Pero Hester, soy muchos años mayor que usted. No es posible que…

—Es decir, si me quiere —señaló Hester con repentina desconfianza.

—¡Claro que la quiero! —gritó Arthur Calgary.

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y Miss Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados honoris causa y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] «Sunny Point» significa «Punta soleada», y «Viper's Point», «Punta de la víbora». < <

[2] La Carta Magna en la que se basa la libertad personal y política del pueblo inglés fue concedida por Juan Sin Tierra en el año 1215. <<